

Wilhelm Reich

El asesinato de Cristo

Primer volumen de
"LA PLAGA EMOCIONAL
DE LA HUMANIDAD"



BRUGUERA

EL ASESINATO DE CRISTO

CONTENIDO

INTRODUCCIÓN	5
CAPÍTULO I	
LA TRAMPA.....	7
CAPITULO II	
EL REINO DE DIOS EN LA TIERRA	25
CAPITULO III	
EL ABRAZO GENITAL.....	35
CAPITULO IV	
LA SEDUCCIÓN PARA EL LIDERAZGO.....	42
CAPITULO V	
LA MISTIFICACIÓN DE CRISTO.....	50
CAPITULO VI	
EL GRAN ABISMO	
El Inmovilismo del Hombre.....	64
CAPITULO VII	
LA MARCHA SOBRE JERUSALÉN	84
CAPITULO VIII	
JUDAS ISCARIOTE	99
CAPITULO IX	
PABLO DE TARSO	
Cuerpo versus carne	102
CAPÍTULO X	
PROTEGIENDO A LOS ASESINOS DE CRISTO.....	111
CAPÍTULO XI	
GIOVANNI MOCENIGO	
El asesinato de Cristo en Giordano Bruno	117

INTRODUCCIÓN

La crisis social en que vivimos obedece básicamente a la inhabilidad de las personas en general para gobernar sus propias vidas. A partir de esta incapacidad, se han desarrollado dictaduras crueles en los últimos treinta años, sin ningún objetivo racional o social.

Por todas partes, hombres y mujeres conscientes están profundamente preocupados por el descarrilamiento que amenaza con extinguir nuestras vidas, nuestra felicidad, y causar la desgracia de nuestros niños. Estos hombres y mujeres desean la verdad cruda. Quieren la verdad cruda sobre el real significado de los modos de ser, de actuar y de reaccionar emocionalmente de las personas. Contar a todas las personas toda la verdad sobre ellas mismas significa respetar sus responsabilidades sociales. Los problemas presentados en el ASESINATO DE CRISTO son problemas agudos de la sociedad contemporánea. Sin embargo, las soluciones a estos problemas, señaladas en el ASESINATO DE CRISTO, son inmaduras, emocionalmente oscuras, insuficientes e inacabadas. Por lo tanto, el ASESINATO DE CRISTO se publica sólo como fuente histórica extraída de los Archivos del Instituto Orgone.

La experiencia Oranur, que comenzó en 1947, proporcionó inesperadamente algunas soluciones básicas a los problemas emocionales y sociales de la humanidad, soluciones que hasta ahora han sido completamente inaccesibles. Una extensa publicación de las implicaciones emocionales de la Experiencia Oranur está en preparación, el ASESINATO DE CRISTO puede servir como una introducción de material biográfico antecedente a Oranur.

“Dios” es Naturaleza, y Cristo es la realización de la Ley Natural. Dios (Naturaleza) creó los órganos genitales en todos los seres vivos. Así lo hizo para que ellos funcionen de acuerdo con la ley natural, divina. Por lo tanto, atribuir una vida de amor natural y divino al mensajero de Dios en la Tierra no es ningún sacrilegio, ninguna blasfemia. Es, por el contrario, el establecimiento de Dios en la profundidad más limpia del hombre. Esta profundidad está presente desde el más temprano comienzo de la vida. La procreación sólo se añade a la genitalidad en la pubertad. El amor genital divino está presente mucho antes de la función de procreación; por lo tanto, el abrazo genital no fue creado por la Naturaleza y por Dios sólo con el propósito de la procreación.

Orgonon, 3 de noviembre de 1952

Después vino, y los halló durmiendo. Y le dijo a Pedro: ¿Simón, duermes? ¿No pudiste vigilar una hora? Vigila y ora, para que no entréis en tentación. El espíritu en realidad está listo, pero la carne es débil. Y volvió a orar, diciendo las mismas palabras. Y, volviendo a venir, los halló otra vez durmiendo (porque tenían los ojos pesados), y no sabían que responderle. Y volvió la tercera vez, y les dijo: ¿dormís aún y descansáis ()? suficiente; se llega la hora; he aquí que el Hijo del hombre va a ser entregado en manos de los pecadores. Levantaos, vamos; he aquí que el que me ha de entregar está cerca.*

(Marcos, 14: 37-42)

Entonces los soldados del gobernador, tomando a Jesús para llevarlo al pretorio, hicieron juntar alrededor de él toda la corte. Y desnudándole, le vistieron un manto carmesí. Y tejiendo una corona de espinas, la pusieron sobre su cabeza, y en su mano derecha le colocaron una caña. Y arrodillándose ante él, se burlaban, diciéndole: «Dios te salve. ¡Rey de los Judíos!» Y escupiéndole, tomaron la caña, y le daban con ella en la cabeza. Y después que se burlaron, lo despojaron del manto, y le vistieron sus hábitos, y así lo llevaron para crucificarlo.

(Mateo, 27: 27-31)

CAPÍTULO I

LA TRAMPA

“El hombre nace libre y por todos lados está encadenado. Incluso quien se juzga señor de los demás; es aún más esclavo que ellos. ¿Cómo se hizo esta transformación? No sé”.

Jean-Jacques Rousseau hizo esta pregunta hace doscientos años, al inicio de su *contrato social*. A menos que se encuentre la respuesta a esta cuestión básica, no es muy útil elaborar nuevos contratos sociales. Hay algo que sucede desde hace mucho tiempo en el interior de la sociedad humana, que hace impotente cualquier intento que pretenda esclarecer este gran enigma, bien conocido de todos los grandes líderes de la humanidad a lo largo de milenios: el hombre nace libre, pero vive su vida como esclavo.

Ninguna respuesta fue encontrada hasta hoy. Debe existir, dentro de la sociedad humana, algo que actúa para impedir que se plantee la cuestión correcta de manera que se llegue a la respuesta correcta. Toda la filosofía humana está impregnada por la horrible pesadilla de que toda búsqueda es vana.

Algo, bien escondido, actúa de forma que no permite que se plantee la cuestión correcta. Por lo tanto, hay algo que actúa, continua y eficazmente, desviando la atención de las vías, cuidadosamente camufladas, que llevan hasta donde la atención se debería enfocar. El instrumento usado por ese algo bien camuflado para desviar la atención del **enigma fundamental** es la EVASIVA de todo ser humano en relación a la **VIDA VIVA**. El elemento oculto es la **PESTE EMOCIONAL DEL HOMBRE**.

Es de la formulación adecuada de este problema que dependerá la focalización apropiada de la atención, y de ello dependerá llegar al descubrimiento de la respuesta correcta a la cuestión de cómo es posible que el hombre, nacido libre, se encuentre siempre y por todos lados reducido al estado de esclavo.

Es evidente que los contratos sociales, cuando buscan honestamente salvaguardar la vida en la sociedad humana, tienen una función crucial. Pero ningún contrato social resolverá jamás el problema de la angustia humana. En el mejor de los casos, el contrato social puede ser un paliativo para mantener la vida. Hasta ahora, nunca ha sido capaz de acabar con la angustia de la vida.

Veamos entonces los términos de este gran enigma:

Los hombres son iguales al nacer, pero no crecen iguales.

El hombre elaboró grandes doctrinas, pero cada una de ellas fue el instrumento de su esclavitud.

El hombre es el «Hijo de Dios», creado a su imagen; pero el hombre es «pecador», expuesto a los ataques del «Demonio». ¿Cómo puede haber Demonio y Pecado, si Dios es el único creador de todos los seres?

La humanidad nunca ha podido responder a la pregunta de cómo puede existir el MAL, si un DIOS perfecto creó y gobierna al mundo y a los seres humanos.

La humanidad ha sido incapaz de establecer una vida moral que esté de acuerdo con su creador.

La humanidad fue devastada por guerras y asesinatos de todo tipo, desde el inicio de la historia escrita. Todos los esfuerzos para suprimir esta peste fracasaron.

La humanidad ha desarrollado muchos tipos de religiones. Todas las religiones se revelaron, sin excepción, instrumentos de opresión y miseria.

La humanidad imaginó muchos sistemas de pensamiento para enfrentar la naturaleza. Pero la Naturaleza, siendo de hecho funcional y no mecánica, siempre se le escapó entre los dedos.

La humanidad corrió siempre detrás de cada ínfima parte de esperanza y de conocimiento. Pero después de tres milenios de investigaciones, de tormentos, de sufrimientos, de asesinatos castigando herejías, de persecuciones por faltas aparentes, no consiguió más que algún consuelo para una minoría, en forma de automóviles, aviones, frigoríficos y aparatos de radio.

Después de haber meditado durante milenios sobre los misterios de la naturaleza humana, la humanidad se encuentra exactamente en el punto de partida: tiene que admitir su ignorancia total. La madre aún queda sin saber qué hacer ante una pesadilla que apasiona a su hijo. El médico todavía no sabe qué hacer ante algo tan simple como un deflujo nasal.

Generalmente, se admite que la ciencia no revela ninguna verdad permanente. El

universo mecánico de Newton no es consistente con el verdadero universo, que no es mecánico, más si funcional. La representación que Copérnico hace de un mundo constituido por circuitos «perfectos» es errónea. Las órbitas planetarias y elípticas de Kepler no existen. La matemática no logró ser lo que, con tanta certeza, prometía ser. El espacio no está vacío; nadie jamás vio los átomos o los gérmenes aéreos de las amibas. No es verdad que la química pueda interpretar los hechos de la materia viva, y las hormonas tampoco cumplieron sus promesas. El inconsciente reprimido, supuestamente la última palabra en psicología, se reveló una creación artificial de un breve período de la civilización, de tipo mecánico-místico. El espíritu y el cuerpo, funcionan como un único y mismo organismo, están todavía disociados en el pensamiento humano. Una física perfectamente exacta no es tan exacta así, de la misma manera que los hombres santos no son tan santos. De nada sirve el descubrimiento de nuevas estrellas, cometas o galaxias. Nuevas fórmulas matemáticas tampoco de nada servirán. Es inútil filosofar sobre el sentido de la vida, si ignoramos lo que es la vida. Y, como «Dios» es Vida, lo que todos los hombres saben, de nada sirve buscar o servir a Dios, ya que ignoramos a quién servimos.

Todo parece entonces converger hacia un solo hecho: Hay algo básicamente y esencialmente equivocado en todo el proceso por el cual el hombre aprende a conocerse a sí mismo. La visión mecánico-racionalista del mundo ha fallado completamente.

Locke, Hume, Kant, Hegel, Marx, Spencer, Spengler, Freud y todos los demás fueron, sin duda, grandes pensadores, pero en cierto modo no llenaron el vacío, y la inmensa mayoría de los humanos no fue tocada por la investigación filosófica. Enunciar la verdad con modestia no altera el problema. Frecuentemente, eso no es más que un subterfugio para esquivar la cuestión esencial. Aristóteles, cuyas ideas fueron ley durante siglos, estaba equivocado; la sabiduría de un Platón, o la de un Sócrates, no sirven para muchas cosas. Epicuro tampoco tuvo éxito, ni ningún santo.

La gran tentación de adherirse al punto de vista católico, tras los desastrosos resultados del último gran intento de la humanidad, hecho en Rusia, de tomar en las manos su propio destino. Los efectos catastróficos de todas las iniciativas de ese tipo estallaron a la vista de todos. A dondequiera que miramos, vemos al hombre correr en círculos, como si estuviera atrapado en una trampa, intentando en vano escapar de su prisión y de su desesperación.

Es posible escapar de la trampa. Pero para que alguien pueda salir de una prisión, primero necesita saber que está en una prisión. **La trampa es la estructura**

emocional del hombre, su estructura de carácter. Poco aporta elaborar sistemas de pensamiento sobre la naturaleza de la trampa, cuando lo único que importa es encontrar la salida. Todo lo demás es inútil: es inútil cantar himnos sobre el sufrimiento en la prisión¹ como hacen los esclavos negros; es inútil componer poemas sobre la belleza de la libertad fuera de la prisión, tal como soñamos con ella desde dentro de la prisión; es inútil proponer una vida fuera de la prisión, después de la muerte, como hace el catolicismo a sus congregaciones; es inútil confesar, como los filósofos de la resignación, un *sem per ignorabimus*; es inútil elaborar un sistema filosófico en torno a la desesperación de vivir en la prisión, como hizo Schopenhauer; es inútil soñar con un superhombre totalmente diferente del hombre cautivo, como hizo Nietzsche, que, al acabar preso en un asilo de locos, finalmente escribió -muy tarde- la verdad sobre sí mismo...

La primera cosa a hacer es buscar la salida de la prisión.

La naturaleza de la trampa sólo presenta interés en la medida en que ayude a responder a esta única cuestión crucial: ¿DÓNDE ESTÁ LA SALIDA?

Se puede adornar la prisión para tornarla más habitable. Esto lo hacen los Miguel Ángel, los Shakespeare, los Goethe. Se pueden inventar artificios para prolongar la vida en la prisión. Esto lo hacen los grandes científicos y médicos, los Meyers, los Pasteur y los Fleming. Puede aparecer alguien muy hábil en soldar los huesos quebrados de los que caen en la trampa.

Pero lo esencial aún es: encontrar la salida de la prisión. ¿DÓNDE ESTÁ LA SALIDA QUE CONDUCE AL INFINITO ESPACIO ABIERTO?

La salida sigue oculta. Ese es el mayor enigma. Pero veamos la situación más ridícula y, al mismo tiempo, más trágica:

LA SALIDA ES CLARAMENTE VISIBLE PARA TODOS LOS QUE ESTÁN PRESOS EN LA TRAMPA², PERO NINGÚNO PARECE VERLA, TODOS SABEN DONDE ESTÁ LA SALIDA, PERO NINGUNO SE MUEVE EN DIRECCIÓN A ELLA, PEOR AÚN, QUIENQUIERA QUE HAGA CUALQUIER MOVIMIENTO HACIA LA SALIDA, QUIEN QUIERA QUE LO INDIQUE, ES DECLARADO LOCO, CRIMINAL, PECADOR DIGNO DE LAS LLAMAS DEL INFIERNO.

¹ En el original, *in the trap*, es decir, “en la trampa”. Tradujimos *trap* como “prisión” cuando se hizo necesario para dar claridad a la redacción, ya que el “encarcelamiento”, término en portugués, no necesariamente implica la idea de la institución, la condena, la ubicación física, que Reich sin duda quería evitar. (N. del E.)

² En el original, *trapped in the hole*. Ver la nota anterior. (N. del E.)

Al final, el problema no está en la trampa, ni siquiera en descubrir la salida. El problema está EN LOS PRISIONEROS.

Desde fuera de la prisión, todo parece incomprendible para una mente simple. Hay incluso algo de insano. ¿Por qué los prisioneros no ven la salida tan nítidamente visible, porque no se dirigen hacia ella? En cuanto llegan cerca, empiezan a gritar y a huir. Si alguno de ellos intenta salir, los demás lo matan. Muy pocos logran escaparse durante la noche, cuando todos duermen.

Esta era la situación en la que se encontraba Jesucristo. Este fue también el comportamiento de los prisioneros que intentaban matarlo.

La función de la vida viva está a nuestro alrededor, está en nosotros, en nuestros sentidos, frente a nuestras narices, nítidamente visible en cada animal, en cada árbol, en cada flor. La sentimos en nuestro cuerpo y en nuestra sangre. Pero para los prisioneros ella sigue siendo el más grande, el más impenetrable de los rompecabezas.

Sin embargo, la vida no era un enigma. El rompecabezas está en cómo esto pudo permanecer insoluble durante tanto tiempo. El gran problema de la biogénesis y de la bioenergía es fácilmente accesible por la observación directa. El gran problema de la vida y del origen de la vida es un problema psiquiátrico; es un problema de la estructura de carácter del hombre, que durante tanto tiempo ha logrado evitar su solución. El flagelo del cáncer no es el gran problema que parece ser. El gran problema es la estructura de carácter de los cancerólogos, que lo ofuscaron tan eficazmente.

El verdadero problema del hombre es la EVASIÓN BÁSICA DE LO ESENCIAL. Esta evasión y fuga forman parte de la estructura profunda del hombre. Huir de la salida de la prisión es el resultado de esa estructura del hombre. El hombre teme y detesta la salida de la prisión. Él se resguarda fuertemente contra cualquier intento por encontrar esa salida. Es este el gran enigma.

Todo esto parece ciertamente insano a los seres vivos encerrados en la prisión. Un hombre que, desde dentro de la prisión, hablara de esas cosas locas, estaría destinado a la muerte; estaría condenado a muerte si fuera miembro de una academia de ciencias que consagrara mucho tiempo y dinero al estudio detallado de los muros de la prisión. O si fuera miembro de una de esas congregaciones religiosas que oran, resignadas o llenas de esperanza, para salir de la cárcel. O si

fuera uno de esos padres de familia preocupados en no dejar a los suyos morir de hambre en la prisión. O si fuera empleado de una de esas industrias que se esfuerzan por tornar la vida en la prisión lo más cómoda posible. De una forma u otra, él estaría condenado a muerte: por el ostracismo, por el encarcelamiento por haber transgredido alguna ley o, en ciertos casos, por la silla eléctrica. El criminal es una persona que encontró la salida y por allí se precipita, violando a sus compañeros de prisión. Los locos que se pudren en los asilos y que se contorsionan, como las hechiceras de la Edad Media, bajo el efecto de choques eléctricos, también son prisioneros que vieron la salida de la prisión y no consiguieron superar el pavor común de acercarse a ella.

Fuera de la prisión, muy cerca, se descubre la vida viva, en todo lo que se alcanza con la visión, la audición, el olfato. Para los prisioneros es una agonía eterna, un suplicio de Tántalo. La ven, la sienten, la tocan, la desean sin cesar, pero salir se ha tornado en una imposibilidad. Sólo es posible conseguirlo en sueños, en poemas, en la música, en la pintura, pero ya no está a su alcance. Las llaves para salir de la prisión están cementadas en la armadura de nuestro carácter y en la rigidez mecánica del cuerpo y del alma.

Esta es la gran tragedia. Y Cristo la conocía.

Si vivimos durante mucho tiempo en el fondo de un sótano oscuro, acabamos por detestar la luz del sol. Es posible que nuestros ojos acaben por perder la capacidad de tolerar la luz. Es porque se acaba por odiar la luz del sol.

Para acostumbrar a sus descendientes a la vida en la cárcel, los detenidos desarrollan técnicas elaboradas, destinadas a mantener la vida en un nivel limitado y bajo. En la cárcel no hay suficiente espacio para grandes lances de pensamiento y de acción. Cada movimiento está restringido por todos lados. Esto tuvo como efecto, en el transcurso del tiempo, la atrofia de los propios órganos de la vida viva; las criaturas encerradas en el fondo de la prisión perdieron el sentido de la plenitud de la Vida.

Se resistió una nostalgia intensa de una vida de felicidad y el recuerdo de una vida feliz, de hace mucho tiempo antes del encarcelamiento. Pero la nostalgia y el recuerdo no se pueden vivir en la vida real. La consecuencia de esa opresión es entonces el odio a la vida.

Bajo el título de «el ASESINATO DE CRISTO», reuniremos todas las manifestaciones de ese odio en vivo. Con efecto; Cristo fue víctima del odio al Vivo por parte de sus contemporáneos. Su destino trágico se ofrece como

lección sobre lo que las generaciones futuras enfrentarán cuando quieran restablecer las leyes de la vida. Su tarea principal consistirá en resistir a la maldad de los hombres («Pecado»). Explorando el futuro y las posibilidades –buenas o malas- que él nos ofrece, veremos la historia de Cristo en toda su trágica significación.

El secreto del porqué de la muerte de Jesucristo permanece indecible. La tragedia que se desarrolló hace dos mil años, y cuyo impacto sobre la humanidad fue inmenso, nos aparece como un requisito lógico intrínseco al hombre acorazado. La verdadera cuestión del asesinato de Cristo permaneció intacta a lo largo de dos mil años, a pesar de los innumerables libros, estudios, pesquisas e investigaciones sobre ese asesinato. El enigma del asesinato de Cristo permaneció en un dominio inaccesible a la mirada y al pensamiento de muchos hombres y mujeres estudiosos; y ese mismo hecho forma parte del secreto. El asesinato de Cristo es un enigma que ha atormentado la existencia humana durante al menos todo el período de la historia escrita. Es el problema de la estructura del carácter humano acorazado, y no sólo de Cristo. Cristo fue víctima de esa estructura del carácter humano, porque mostró cualidades y maneras de comportamiento que tienen sobre un carácter acorazado, el mismo efecto que un objeto rojo sobre el sistema emocional de un toro salvaje. En ese sentido, podemos decir que Cristo representa el principio de la vida en sí. La forma fue determinada por la época de la cultura judía bajo dominio romano. Poco importa que el asesinato de Cristo haya ocurrido en el año 3000 a. C. o en el año 2000 d. C. Cristo habría sido ciertamente asesinado en cualquier época y en cualquier cultura en que las condiciones del conflicto entre el principio de la vida y la peste emocional fueran, en el plano social, las mismas que eran en la Palestina en el tiempo de Cristo.

Una de las características básicas del asesinato del Vivo por el animal humano acorazado es la de estar camuflado de varias maneras y bajo varias formas. La superestructura de la existencia social del hombre, como el sistema económico, las acciones guerreras, los movimientos políticos irracionales y las organizaciones sociales al servicio de la supresión de la vida, ahogan la tragedia básica que asedia al animal humano en un torrente de racionalizaciones, de máscaras y de disfraces de evasiones de la cuestión esencial; además, la superestructura se defiende con una racionalidad perfectamente lógica y coherente, pero que sólo es válida dentro de un sistema que opone la ley al crimen, el Estado al pueblo, la moral al sexo, la civilización a la naturaleza, la policía al criminal, y así sucesivamente, recorriendo todo el rol de miserias humanas. No hay posibilidad, sea cual sea, de conseguir transponer ese lodo, a menos que la persona se coloque fuera del holocausto, y no se deje alcanzar por el escándalo. Nos apresuramos a asegurar al lector que no consideramos ese escándalo y esa agitación vacía como meramente irracionales,

como simple actividad desprovista de propósito y significación. Una característica crucial de la tragedia es el hecho de que ese *nonsense* es válido, significativo y necesario si lo consideramos en el dominio que le es propio y bajo determinadas condiciones del comportamiento humano. Pero aquí la irracionalidad de la peste se apoyaba en roca sólida. Incluso el silencio que, hace milenios, implicaba la función del orgasmo, la función de la vida, el asesinato de Cristo y otras cuestiones cruciales de la existencia humana, parece perfectamente sensato a los ojos del prudente estudioso del comportamiento humano.

La raza humana enfrentaría al peor, el más devastador de los desastres si, de repente, llegase, de una sola vez, a tener pleno conocimiento de la función de la vida, de la función del orgasmo y de los secretos del asesinato de Cristo. Hay buenas y justas razones para que la raza humana se haya negado a conocer la profundidad y la verdadera dinámica de su miseria crónica. Una tal erupción repentina de conocimientos paralizaría y destruirá todo lo que, de cierta forma, mantiene a la sociedad en funcionamiento, a pesar de las guerras, del hambre, de las masacres emocionales, de la miseria de los niños, etc.

Sería una locura iniciar grandes proyectos tales como «Niños del futuro» o «Ciudadanía del Mundo», sin haber comprendido cómo fue posible que toda esta desgracia se mantuviera inexorablemente durante milenios, sin ser reconocida y combatida; sin reconocer que ninguno de los muchos intentos brillantes de esclarecimiento y liberación ha sido exitoso; que cada paso hacia la realización del gran sueño ha sido acompañado por más abyección y miseria; que una religión, a pesar de sus buenas intenciones, ha logrado alcanzar sus objetivos; que cada gran hecho se haya transformado en una amenaza para la humanidad, como por ejemplo el socialismo y la fraternidad, que se han convertido en una forma de estatismo y opresión de la peor especie. En fin, sería criminal pensar en proyectos tan importantes, sin antes mirar alrededor, tratando de comprender lo que mató a la humanidad durante siglos. Esto sólo añadiría más desgracia a la que ya existe. En el punto en que están las cosas, es mucho más importante aclarar el asesinato de Cristo que educar a los más bellos niños. Toda la esperanza de acabar con la decadencia de la educación actual estaría perdida para siempre, irremediablemente, si esta nueva y prometedora tentativa para llegar a un nuevo tipo de educación se malograra y se transforma en su opuesto, como siempre fue el caso de todas las iniciativas tomadas por el alma humana. No nos engañemos: la reestructuración del carácter humano a través de una transformación radical, en todos los aspectos, de nuestra manera de educar a los niños tiene que ver con la propia Vida. Las emociones más profundas a las que el animal humano puede llegar sobrepasan de lejos todas las funciones de la existencia, por su envergadura, profundidad y fatalidad. Así, los males que el fracaso o el desvío de

ese intento decisivo traerían, serían mucho más profundos y mayores. No hay nada más destructivo que la Vida anulada y contrariada por esperanzas frustradas. Nunca olvidemos esto.

No nos es posible lidiar con este problema de una manera perfecta, académica, detallada. Todo lo que podemos hacer es sondear el territorio para ver dónde están escondidos los tesoros que, en el futuro, nos pueden servir, donde hay animales salvajes recorriendo montes y valles, donde están escondidas las trampas para matar al invasor, y cómo todo esto funciona. No nos queremos atar en nuestra propia impaciencia, en nuestra rutina diaria, o incluso en ciertos intereses que nada tienen que ver con el problema de la educación. En una reunión de educadores orgánicos de hace algunos años, se dijo que la educación continuará siendo un problema durante algunos siglos. Es más que probable que las próximas generaciones de los niños del futuro no sean capaces de resistir a los múltiples impactos de la peste emocional. Ellas ciertamente tendrán que someterse; no sabemos exactamente cómo. Pero hay esperanza de que, poco a poco, una conciencia general de la vida se desarrolle en este nuevo tipo de niños, difundiéndose por toda la comunidad humana. El educador que considera la educación como un negocio rentable nunca se interesaría por la educación si creyera en eso. Debemos tener cuidado con esta especie de educadores.

El educador del futuro hará sistemáticamente (y no mecánicamente) lo que todo el auténtico y buen educador ya hace hoy: sentirá las cualidades de la Vida viva en cada niño, reconocerá las cualidades específicas y hará todo para que ellas puedan desarrollarse plenamente. Mientras se mantenga, con la misma tenacidad, la tendencia social actual, es decir, mientras esta está dirigida contra esas cualidades innatas de la expresión emocional viva, el educador auténtico deberá asumir una doble tarea: la de conocer las expresiones emocionales naturales que varían de un niño a otro, y la de aprender a lidiar con el medio social, restringido y amplio, en la medida en que éste se opone a esas cualidades vivas. Sólo en un futuro lejano, cuando una educación consciente haya eliminado la fuerte contradicción entre civilización y naturaleza, cuando la vida bioenergética y la vida social del hombre ya no se opongan una a la otra, sino que, al contrario, si se apoyan y se complementan, dejará esta tarea de ser peligrosa. Debemos estar preparados, pues ese proceso será lento, penoso y exigirá mucho sacrificio. Muchas serán las víctimas de la peste emocional.

Nuestra tarea siguiente será la de esbozar las características básicas del conflicto entre las expresiones emocionales innatas e intensamente variables del niño y las características propias de la estructura mecanizada y acorazada del hombre, la cual odiará y combatirá de manera general y específica aquellas cualidades.

A pesar de las innumerables variaciones del comportamiento humano, el análisis del carácter ha logrado, hasta aquí, esbozar los patrones generales y las leyes de las secuencias en las reacciones humanas. Ella lo hizo ampliamente en lo que se refiere a las neurosis y la psicosis. No intentaremos hacer lo mismo con respecto a la dinámica típica de la peste emocional. Las descripciones específicas de las reacciones individuales a la peste deberán llevarse a cabo para proporcionar a los educadores y a los médicos el necesario conocimiento detallado.

En el mundo cristiano y en las culturas directa o indirectamente influenciadas por el cristianismo, existe un pronunciado antagonismo entre «el hombre pecador» y su «Dios». ¡El hombre fue hecho a la imagen de Dios! Se alienta a «convertirse en semejante a Dios». Pero él es «pecador». ¿Cómo es posible que el «pecado» haya surgido en este mundo, si éste fue creado por «Dios»? En su comportamiento real, el hombre es al mismo tiempo semejante a Dios y pecador. En el principio, el hombre «se asemejaba a Dios»; después, el «pecado» irrumpió en su vida. Un conflicto entre el ideal de Dios y la realidad del pecado es la consecuencia de una catástrofe que transformó lo divino en demoníaco. Esto es verdad, tanto para la historia de la sociedad como para el desarrollo de cada niño, desde que una civilización mecánico-mística comenzó a sofocar los atributos «divinos» del hombre. El hombre tiene su origen en el paraíso, y continúa deseando ardientemente el paraíso. El hombre, de cierta forma, emergió del universo y anhela regresar a él. Estas son realidades incontestables para quienes aprenden a interpretar el lenguaje de las expresiones emocionales del hombre. El hombre es básicamente bueno, pero también es un bruto. La transformación de la bondad en «brutalidad» se opera en cada niño. Dios está, entonces, DENTRO del hombre, y no debe ser buscado sólo fuera. El Reino de los Cielos es el Reino de la gracia y de la bondad interiores, y no el místico «más allá» poblado de ángeles y demonios en que el bruto que hay en el animal humano ha transformado su paraíso perdido.

El cruel perseguidor y asesino de Cristo, Saulo de Tarso, distinguía claramente, pero en vano, el «CUERPO», donación divina y buena, y la «CARNE», poseída por el demonio y mala, a ser quemada mil años más tarde, cuando se tomó a Pablo, el edificante de la Iglesia. La distinción establecida por el cristianismo primitivo entre el «cuerpo» y la «carne» añade la actual distinción orgánica entre los impulsos «primarios» innatos, dados por la naturaleza («Dios»), y los impulsos «secuestradores», perversos y malos (“Demonio”, “Pecado”). Así, la humanidad siempre tuvo conciencia, de algún modo, de su desafortunada condición biológica, de sus atributos naturales y de su degeneración biológica. En la ideología cristiana, la oposición marcada entre «Dios» (el cuerpo espiritualizado) y

el «DEMONIO» (El cuerpo degenerado en carne) es verdaderamente trágico perfectamente conocido y formulado. Para el hombre actual, el abrazo genital, «don de Dios», dio lugar a la noción pornográfica de follar, para designar la relación sexual entre el hombre y la mujer.

El pecado original - un misterio.

La vida es flexible; se adapta - con o sin protestas, con o sin deformaciones, con o sin revueltas - a todas las condiciones de la existencia. Esta plasticidad de la vida viva, que es una de sus mayores bases, será también uno de sus grilletes, cuando la Peste Emocional se utiliza para llegar a sus fines. La misma vida surgirá de modo diferente al manifestarse en el fondo de los océanos o en la cima de una alta montaña. Es diferente en la caverna sombría, y diferente aún en un vaso sanguíneo. Ella no era, en el Jardín del Edén, la misma que es en la trampa que atrapó a la humanidad. En el Jardín del Edén, la Vida no conoce trampas; ella vive simplemente el paraíso, inocentemente, alegremente, sin noción de otro tipo -de vida. Se rehusaría a escuchar el relato de la vida en la cárcel; y si alguna vez hubiera oído, lo habría entendido con el «cerebro» y no con el corazón. La vida en el paraíso es perfectamente adaptada a las condiciones del paraíso.

Dentro de la prisión, la Vida vive la vida de las almas prisioneras. Se adapta rápida y completamente a la vida en la prisión. Esta adaptación va tan lejos que, una vez encerrada en la prisión, sólo le queda en la memoria un ligero recuerdo de la vida en el paraíso. La agitación, la prisa, el nerviosismo, el recuerdo de un sueño distante -mas de cierta manera presente- serán considerados como naturales. La tranquilidad del alma de los cautivos no será perturbada por la idea de que esos sentimientos puedan ser signos de un vago recuerdo de la Vida pasada otrora en el paraíso. La adaptación es completa. Ella alcanza un grado que va más allá de los límites de la razón.

La vida en la prisión pronto se volverá auto-absorbente, como se supone que suceda en la prisión. Asistimos a la formación de ciertos tipos de personajes peculiares a la vida en la prisión, personajes que no tendrían sentido si la vida circulara libremente por el mundo. Estos tipos de caracteres moldeados por la vida contenida en la prisión diferirán grandemente entre sí. Se opondrán y combatirán entre sí. Cada uno proclamará a su modo la verdad absoluta. Tendrán en común sólo un rasgo: se unirán para matar a quien se atreva a plantear la cuestión fundamental: «¿CÓMO ES QUE, EN NOMBRE DE UN DIOS MISERICORDIOSO, PODEMOS LLEGAR A ESTA SITUACIÓN TERRIBLE, A ESTA PESADILLA DE PRISIÓN?»

¿PORQUÉ ES QUE LA HUMANIDAD HA PERDIDO EL PARAÍSO? ¿QUÉ PERDIÓ EN VERDAD CUANDO SE CONVIRTIÓ EN VÍCTIMA DEL PECADO?

El hombre encarcelado produjo, a lo largo de milenios, un gran libro, la BIBLIA, Es la historia de sus luchas y angustias, de las glorias y esperanzas, de sus anhelos, sufrimientos y pecados en el cautiverio. Estos temas fueron pensados y escritos en muchas lenguas, por muchos y diferentes pueblos. Algunos de sus aspectos fundamentales se encuentran en fuentes muy distantes unas de otras, en la memoria escrita o no escrita del hombre. Todos los relatos de un pasado lejano cuentan que las cosas fueron muy diferentes, que en otros tiempos el hombre cedió, en cierta forma, al demonio, al pecado y a la maldad.

Las biblias del mundo cuentan la historia de la lucha del hombre contra el pecado del hombre.

La Biblia habla mucho de la vida en la prisión, pero poco de la manera en que el hombre cayó en la trampa. Es evidente que la puerta de salida de la prisión es exactamente la misma por donde el hombre entró, cuando fue expulsado del paraíso. ¿Por qué nadie dice nada sobre eso, excepto en algunos párrafos que representan un millonésimo de la Biblia, y en un lenguaje velado, utilizado para ocultar la significación de las palabras?

La caída de Adán y Eva se debió, sin duda, a alguna transgresión de las Leyes de Dios en la esfera genital:

Ahora, Adán y su mujer estaban desnudos y no se avergonzaban.
(Génesis, 2:25)

Este texto muestra que el hombre y la mujer no tenían conciencia ni vergüenza de su desnudez, y que ésta era la voluntad de Dios y la manera de vivir. ¿Y qué sucedió? La Biblia nos explica:

Pero la serpiente era el más astuto de todos los animales de la tierra, que el Señor Dios había hecho. Y ella le dijo a la mujer: ¿Por qué los mandó Dios que en los comer del fruto de todos los árboles del paraíso? Le respondió la mujer: Comemos del fruto de los árboles que hay en el paraíso. Pero del fruto del árbol que está en el medio del paraíso. Dios mandó que no lo comiéramos, ni lo tocáramos, so pena de morir. Pero la serpiente dijo a la mujer: bien podéis estar seguros que habréis de morir. Pero Dios sabe que, cualquier día que ustedes comáis de ese fruto, se les abrirán vuestros ojos, y vosotros seréis como dioses, conocedores del bien y el mal.

La mujer, pues, viendo que el fruto de aquel árbol era bueno para comer, y hermoso a los ojos y de aspecto agradable, tomó de él, y comió; y dio a su marido, que comió del mismo fruto. Y se les abrieron los ojos; y vieron que estaban desnudos, cosieron hojas de higuera, y los ataron de sus cinturas.

En cuanto escucharon la voz del Señor Dios, que andaba por el paraíso al caer la tarde, Adán y Eva se escondieron entre los árboles. Y el Señor Dios llamó por Adán, y le dijo: ¿Dónde estás? Adán respondió: como oí tu voz en el paraíso, tuve miedo, porque estoy desnudo, y me escondí. Le preguntó Dios: ¿cómo supiste que estabas desnudo, será porque comiste del fruto del árbol del que yo había ordenado que no comieres? Respondió Adán: la mujer, que tú me diste como compañera, me dio ese fruto, y comí. Y el Señor Dios le dijo a la mujer: ¿por qué has hecho esto? Ella respondió: la serpiente me engañó y comí.

Y el Señor Dios dijo a la serpiente: porque así lo has hecho, serás maldita entre todos los animales y bestias de la tierra; caminarás arrastrándote sobre tu vientre y comerás tierra todos los días de tu vida. Yo puse enemistad entre ti y la mujer; entre tu posteridad y la de ella. Ella te pisará la cabeza y tú buscarás morderle en el talón.

Dijo también a la mujer: multiplicaré los trabajos de tu parto. Tú parirás a tus hijos con dolor, y estarás bajo el poder de tu marido, y él te dominará. A Adán dijo: puesto que escuchaste la voz de tu mujer, y comiste del fruto del árbol, de que yo te había ordenado que no comieras, la tierra será maldita por causa de tu obra; sacarás de ella tu sustento a la fuerza de trabajos penosos. Ella te producirá espinas y abrojos y tú comerás las hierbas de la tierra. Comerás el pan con el sudor de tu rostro, hasta que vuelvas a la tierra, de la cual fuiste formado; porque tú eres polvo, y en polvo te has de convertir. Y Adán puso a su mujer el nombre de Eva, porque ella había de ser madre de todos los vivientes.

Hizo también al Señor Dios a Adán y a su mujer, túnicas de pieles y los vistió. Y dijo: Ahora Adán es como uno de nosotros, conoce el bien y el mal; ahora, para que no suceda que él estire la mano y tome del fruto del árbol de la vida, y coma de él, y viva eternamente, el Señor Dios lo expulsó del paraíso de las delicias para que cultivara la tierra, de la cual había sido formado. Y después de haberlo expulsado del paraíso, puso delante de este lugar de delicias uno. querubín con una espada centelleante, para guardar el camino del árbol de la vida.

(Génesis, 3: 1-24)

Había entonces en el paraíso una serpiente «que era el más astuto de todos los animales que Dios había creado». El comentarista cristiano no ve en la serpiente, en su forma paradisiaca, un reptil que se desliza por el suelo. Al principio, la serpiente era «la más sutil y la más bella de todas las criaturas». Y a pesar de la maldición, conservó rastros de esa belleza. Cada movimiento de la serpiente es

gracioso y muchas especies se destacan por la belleza de sus colores. En la serpiente, Satán apareció primero como un ángel de luz. La serpiente es entonces el símbolo de la vida, el hombre masculino.

Y de repente, venida no se sabe de dónde, la catástrofe aparece. Nadie sabe, ni supo o jamás sabrá cómo se dio el acontecimiento: la más bella serpiente, el «ángel de la luz», la «más sutil de las criaturas», «inferior al hombre», es maldita y se convierte «en la demostración hecha por Dios en la naturaleza, de los efectos del pecado»: se transforma de «la más bella y más sutil de las criaturas en un reptil repugnante».

Y, como, si un concejo se hubiera reunido especialmente para ocultar el acontecimiento más dramático, más diabólico, más desastroso de toda la historia de la raza humana, para sustraer para siempre a la comprensión de la inteligencia o del corazón - la catástrofe se vuelve misteriosa e intocable; es parte integrante del gran misterio del cautiverio de los seres humanos; ella detenta sin duda la solución de este enigma: ¿por qué los humanos nos negamos a dejar la prisión saliendo simplemente por la puerta por donde entramos? El exegeta de la Biblia observa a este respecto que: «el misterio más profundo de la redención está inserto aquí», es decir, en la transformación de la serpiente en de la «más bella y más sutil de las criaturas en un reptil repugnante».

¿Y por qué todo esto? Escuchemos.

Había en el jardín del Edén un árbol peculiar, y Dios le dijo al hombre: «no comerás de todos los árboles del jardín.»

La mujer respondió a la serpiente: nosotros comemos de los frutos de los árboles que hay en el paraíso. Pero del fruto del árbol que está en el medio del paraíso, Dios mandó que no comiéramos, ni lo tocáramos, so pena de morir.

(Génesis, 3: 2,3)

¿Consiguió a alguien, a lo largo de estos seis milenios, elucidar el misterio de este árbol? No. ¿Y por qué? Este misterio es parte del misterio del cautiverio de los seres humanos. La solución del misterio del árbol prohibido proporciona, sin duda, una indicación de la entrada de la prisión, que, usada en sentido inverso, podría también servir de salida. Ahora bien, nunca nadie intentó esclarecer el enigma del árbol prohibido; “durante milenios, todos los prisioneros se ocuparon en escolastizar, talmudizar, exorcizar, sirviéndose de millones de libros y de millares de palabras con el único fin de *impedir la solución del enigma del árbol prohibido*.”

La serpiente, aún bella y sutil, conocía mejor las cosas: «pero la serpiente dijo a la mujer: bien pueden estar seguros de que no van a morir. Pero Dios sabe que el día en que comáis de este fruto, se abrirán vuestros ojos, y seréis como dioses, conociendo el bien y el mal.

Fue entonces esta bella serpiente quien provocó la caída de los seres humanos; pero ¿qué significa todo esto a la luz del sentido común?

Si el hombre, viviendo feliz en el paraíso según la voluntad de Dios, come de un cierto árbol, él será como Dios, y sus ojos se abrirán y “él conocerá el bien y el mal”. Para empezar, ¿cómo es posible que un árbol tan diabólico pueda existir en el jardín de Dios?

¿Y por qué razón, al comer del fruto del conocimiento que lo hace un ser igual a Dios, debe alguien perder el paraíso? La Biblia, por lo que yo sé, no lo dice. Y se puede dudar que alguien ya haya planteado la cuestión. El relato parece desprovisto de sentido: si el árbol en cuestión es el árbol del conocimiento, permitiendo ver la diferencia entre el bien y el mal, ¿qué mal hay en comer de sus frutos? Si alguien come de sus frutos, estará más y no menos apto para seguir los caminos de Dios. Todavía no se ve el sentido de todo.

¿O está prohibido conocer a Dios y asemejarse a Dios, o lo que quiere decir es, hay que vivir según su voluntad, incluso en el paraíso?

¿O es que todo esto es producto de la imaginación del hombre cautivo, recordando vagamente una vida pasada, fuera de la prisión? Esto no tiene sentido. El hombre, a través de los siglos, nunca dejó de ser atormentado por el deseo de conocer a Dios, de recorrer los caminos de Dios, de vivir el amor y la vida de Dios; y cuando comienza a hacerlo seriamente comiendo del árbol del conocimiento, es castigado, expulsado del paraíso y condenado al sufrimiento eterno. Todo esto no tiene sentido y lamentamos que ningún representante de Dios en la Tierra haya levantado la cuestión u osado pensar en esa dirección.

La mujer, pues, viendo que el fruto de aquel árbol era bueno para comer, y hermoso a los ojos y de aspecto agradable, tomó de él, y comió; y dio a su marido, que comió del mismo fruto. Y se les abrieron los ojos; y vieron que estaban desnudos, cosieron hojas de higuera, y las ataron de sus cinturas.

(Génesis, 3: 6,7)

Cuando el hombre se vio así preso por primera vez, la confusión se apoderó de

su espíritu. No comprendió por qué estaba cautivo. Tuvo la impresión de haber hecho algo mal, pero no sabía qué error había cometido. No tenía vergüenza de su desnudez y de repente tuvo vergüenza de sus órganos genitales. Había comido del árbol del «conocimiento» prohibido, lo que quiere decir, en lenguaje bíblico, que él había «conocido» a Eva, que la había abrazado genitualmente. Esto es el porque Dios lo había expulsado del Jardín del Edén. La más bella serpiente de Dios, que le pertenecía en exclusiva, lo tenía seducido; el símbolo de la Vida vibrante y viva y del órgano sexual masculino los había seducido.

Un gran abismo de pensamiento separa esta vida de la vida cautiva. Para adaptarse a la vida en la prisión, la Vida se vio obligada a desarrollar nuevas formas y nuevos medios de existencia; formas y medios innecesarios en el Jardín del Edén, pero indispensables en la prisión.

La masa humana, silenciosa, dolorida, perdida en sus sueños y en sus trabajos penosos, alejada de la vida de Dios, ofrecía un terreno propicio a los sacerdotes y a los profetas que luchan contra los sacerdotes, - a los reyes y a los rebeldes que luchan contra los reyes; a los curanderos de la miseria humana dentro de la cárcel, a toda la corte de charlatanes y de «eruditos» médicos, de taumaturgos y de ocultistas. Con los emperadores, vinieron los vendedores ambulantes de la libertad; con los organizadores de la humanidad cautiva nacieron los prostitutas de la política, los Barrabases, la canalla disimulada de oportunistas; Pecado y Crimen contra la ley, y los jueces del Pecado y del Crimen y sus verdugos; la supresión de las libertades incompatibles con la vida en la cárcel y las asociaciones para las libertades civiles en la prisión. Además, a partir de ese pantano se formaron grandes corporaciones políticas llamadas «partidos», algunos de los cuales defienden lo que llamaron STATU QUO en la cárcel, los llamados «conservadores» (que se esforzaron por mantener las leyes y los reglamentos que hacían posible la vida en la cárcel) y, oponiéndose a ellos, los llamados «progresistas», que combatieron, sufrieron y murieron en las galeras por haber preconizado más libertad en la prisión. Aquí y allá, los progresistas lograron destituir a los conservadores y comenzaron a establecer «Libertad en la Prisión» o «PAN y LIBERTAD EN LA PRISIÓN». Pero como nadie podía «dar» al inmenso rebaño humano el pan y la libertad, pues era necesario trabajar duro para obtenerlos, los progresistas rápidamente se transformaron en conservadores para mantener el orden y la legalidad, como los conservadores habían hecho antes de ellos. Más tarde, un nuevo partido se propuso permitir que las masas humanas sufrientes dirigieran sus propias vidas, en lugar de obedecer a los reyes, a los sacerdotes o a los duques. Este nuevo partido hizo grandes esfuerzos para agitar a las masas y alentarlas a actuar, pero, exceptuando algunos asesinatos y la destrucción de algunas mansiones de ricos, los cambios fueron

mínimos. Las masas humanas repetían lo que se les había enseñado durante milenios, y todo quedó como antes; la miseria se agravó cuando un partido, particularmente elegante, prometió a todos la «LIBERTAD DEL PUEBLO EN LA PRISIÓN», extendiéndose por todas partes, recurriendo a todos los eslóganes viejos y superados, utilizados antes por los reyes, por los duques y por los tiranos. El partido de la libertad del pueblo tuvo, al principio, un franco éxito, hasta que sus verdaderas intenciones fueron conocidas. Su lema de la libertad “DEL PUEBLO” en la prisión, libertad considerada como diferente de las otras libertades en la prisión, el empleo de los viejos métodos de los antiguos reyes, no dejaron de impresionar a las personas, pues los jefes de ese partido, ellos mismos salidos del rebaño de los cautivos, se convirtieron en vendedores de la libertad y así es que pudieron establecer su poder sobre un pequeño territorio, se sorprendieron al descubrir cómo era fácil apretar algunos botones y ver a la policía, los ejércitos, los diplomáticos, jueces, científicos académicos, representantes de las potencias extranjeras actuar de acuerdo con las órdenes de simples botones. Los pequeños vendedores de la libertad disfrutaron tanto de ese juego de ejercer el poder pulsando botones que olvidaron la “LIBERTAD DEL PUEBLO EN LA PRISIÓN” y pasaron a divertirse pulsando botones siempre que podían, en los palacios de los antiguos dirigentes que habían masacrado. La embriaguez del poder se apoderó de ellos mientras apretaban los botones del amplio panel de mando. Pero no se quedaron mucho tiempo, y fueron sustituidos por hombres experimentados al mando de los botones, bravos conservadores que guardaban, en el fondo de sus almas, un poco de decencia y rectitud, reminiscencia lejana del paraíso.

Todos se combatían y se alteraban unos contra otros, empujándose y matando a sus adversarios de manera legal o ilegal; en fin, daban una idea precisa del Pecado de la humanidad y del cumplimiento de la maldición del Jardín del Edén. La masa humana prisionera no tomó parte activa en la masacre de la Vida pestilente en la prisión. Sólo algunos miles de los dos mil millones de almas humanas tomaron parte en el tumulto. Los demás se contentaban con sufrir, con soñar, con esperar... ¿QUÉ? Al redentor o un acontecimiento inédito capaz de liberarlos; la liberación de sus almas de la prisión llamada cuerpo; la reunión con la gran alma cósmica o el infierno. Soñar, sufrir, esperar fueron las ocupaciones principales del vasto rebaño humano que evolucionó lejos de toda la agitación política. Muchos murieron en las grandes guerras de la prisión, y los enemigos cambiaron de año en año, como las cajas de los bancos. Poco importaba, el sufrimiento era el mismo. La masa humana sufriente esperaba durante ese tiempo su liberación de esta vida de pecado, y los pocos agitadores de nada valían, desde el punto de vista de la Vida o de «Dios» en el Universo.

Y la Vida de Dios surgía en billones de niños nacidos en la prisión, pero era pronto extinguida por los prisioneros que no reconocían la Vida de Dios en sus hijos, o quedaban mortalmente aterrorizados al percibir la Vida simple, viva, decente, ingenua. Y así el hombre perpetuó su cautiverio. Los niños, si hubiesen sido abandonados a su propia suerte, tal como Dios les creó, habrían encontrado la salida de la prisión. Pero no se permitió que eso sucediera. Esto estaba estrictamente prohibido durante el período de libertad “DEL PUEBLO” en la cárcel. Era necesario mostrarse leal para con la prisión y no con los bebés, so pena de ser castigado de muerte por el “Gran Jefe y Amigo de Todos los Presos”.

CAPÍTULO II

EL REINO DE DIOS EN LA TIERRA

El mito de Jesucristo muestra las cualidades de «Dios», o mejor, de la Energía Vital innata y dada por la naturaleza de una manera casi perfecta. Lo que no se sabe o no se reconoce es que el Mal, el Diablo, es el Dios pervertido, resultado de la SUPRESIÓN de todo lo que es divino. Esta falta de conocimiento es una de las causas profundas de la tragedia humana.

En el *Orgonomic Infant Research Center* (Centro de Investigación Infantil Orgonómico), vimos esas características «divinas» naturales en los niños pequeños, características que se han considerado, hasta ahora, como el objetivo idealizado e inaccesible de toda religión y de toda moral. De la misma manera, todas las religiones que nacieron en las grandes sociedades asiáticas describieron siempre al animal humano como esencialmente malo, pecador, ruin; todos los filósofos de inspiración religiosa divisaron un único objetivo a través de toda la historia de la humanidad: todos buscan el medio de penetrar en las tinieblas, de descubrir el origen del mal y un remedio contra la maldad del hombre. Los esfuerzos y los pensamientos filosóficos siempre tienden, básicamente, a aclarar el enigma del Mal y su abolición.

¿Cómo puede el mal provenir de la creación de Dios? En cualquier niño recién nacido, Dios está presente para sentir, ver, amar, proteger, desarrollar. Y, hasta hoy, en cada niño recién nacido, Dios es reprimido, contenido, abolido, sofocado, odiado. Este es sólo uno de los aspectos del crónico *Asesinato de Cristo*. El Pecado, (el Mal) es una creación del propio hombre. Esto siempre se ha escondido.

El Reino de Dios está dentro de nosotros. Él nació con nosotros. Pero estamos en falta con Dios, como nos dicen todas las religiones. Nosotros no lo reconocemos, lo traicionamos, somos desleales hacia él, somos pecadores mientras no regresemos a Dios. Durante ese tiempo estamos expuestos a las tentaciones del diablo y debemos rezar para resistir la tentación. ¿Cómo es posible que el hombre no vea a Dios delante de él?

Las características del sistema vital orgonótico funcionando libremente y la observación de niños que crecen libres en sus derechos naturales confirman la sospecha de que una verdad básica fue revestida de religiosidad mistificada.

Subrayamos que nuestro propósito no es explicar la creencia religiosa o preconizar una vida religiosa. Lo que principalmente nos interesa es saber hasta qué punto el hombre ha tenido conocimiento a lo largo de los siglos de la verdad biológica, y hasta qué punto ha sido capaz de encararla, teniendo en cuenta su miedo y su odio a la vida. Cristo representa ese conocimiento del hombre. Por eso debe morir.

Del pasado emergerán los Niños del Futuro. La rapidez y la eficacia del cambio dependerán a gran escala de cuánto pudo salvarse de la anticipación de un futuro mejor en los sueños de la humanidad y de cuánto se ha distorsionado durante el conflicto entre el diablo y la moral. Si esta orientación fundamental no es seguida, todo el esfuerzo pedagógico está destinado al fracaso. Si queremos descubrir al hombre, hay que tomar conciencia de la tendencia de todo el hombre acorazado: *odio en vivo.*

Jesús sabía que los niños poseían «ALGO». Amaba a los niños y él mismo se asemejaba a uno de ellos. Era sabio, pero ingenuo; confiado, pero prudente; desbordante de amor y gentileza, pero sabía ser duro; era fuerte y, sin embargo, dulce, como será el niño del futuro. No se trata de una visión idealizada. Tenemos plena conciencia de que la menor idealización de esos niños equivaldría a ver la realidad a través de un espejo donde ella no podría ser aprehendida.

Ser semejante a Dios no es ser simplemente vengativo y severo, ni ser simplemente bueno e indulgente, dando siempre la otra cara al enemigo. Ser semejante a Dios es conocer todas las expresiones de la vida. Las emociones orgonóticas son benevolentes y dulces cuando la benevolencia y la dulzura se imponen. Son duras y rudas cuando la vida es traicionada u ofendida. La vida es capaz de accesos de cólera, como Cristo demostró expulsando a los mercaderes del templo de Dios. Ella no condena el cuerpo, ella comprende hasta la prostituta y la mujer que es infiel a su marido. Ella no persigue ni condena a la prostituta o a la mujer adúltera. Cuando habla de adulterio, la palabra no tiene el mismo significado que tiene en la boca de los animales humanos, sedientos de sexualidad, malos, endurecidos, estereotipados, que encontramos en algunas ciudades superpobladas.

Dios es vida. Su símbolo en la religión cristiana, Jesucristo, es una criatura de intensa irradiación. Él atrae a las personas, que se agrupan alrededor de él y lo aman. Este amor es, en realidad, sed de amor; se transforma rápidamente en odio cuando no es gratificado.

Los niños que irradia vida nacerán para dirigir los pueblos. Son líderes sin

esfuerzo, sin proclamarse líderes del pueblo, como lo hacen los líderes de la peste emocional.

Los niños irradiantes de felicidad son también líderes natos para los otros niños. Estos se agrupan en torno de aquellos, les aman, les admiran, buscan sus alabanzas y consejos. Esta relación entre líder y seguidores se desarrolla espontáneamente durante las conversaciones y los juegos. El niño del futuro es gentil, amable, natural y alegremente generoso. Sus movimientos son armoniosos, su voz melodiosa. Sus ojos brillan con una luz dulce y echan una mirada profunda y tranquila sobre el mundo. Su contacto es suave. Quien es tocado pasa a irradiar su propia energía vital. Este es el «poder curativo» de Jesucristo, tan mal interpretado. La mayoría de las personas, incluyendo los niños acorazados, son fríos y tienen la piel húmeda, su campo energético es pequeño, no irradian, no comunican ninguna fuerza a los demás. Ellos mismos tienen necesidad de energía y la aspiran en donde la encuentran. Beben la energía y la belleza irradiante de Cristo, como el hombre muerto de sed va a beber al pozo.

Cristo da libremente. Puede dar de manos abiertas, pues su poder de absorber la energía vital del universo es ilimitado. Cristo no piensa estar haciendo demasiado al dar su fuerza a los demás. Lo hace con satisfacción. Más aún, tiene necesidad de darse así; que desborda la energía. Nada pierde al dar generosamente a los demás. Por el contrario, es dando a los demás que él aumenta su fuerza y riqueza. No sólo por el placer de dar; florece con sus donaciones, pues su generosidad acelera el metabolismo de sus energías; cuanto más derrocha su fuerza y su amor, más fuerza obtiene del universo; cuanto más intenso su contacto con la naturaleza que lo rodea, más aguda es su percepción de Dios y de la Naturaleza, de los pájaros y de las flores, del aire y de los animales, de los cuales está cerca, aprendiéndolos en un primario sentido orgonótico; seguro en sus reacciones, armónico en su autorregulación e independiente de todos los «debes» y «no debes» obsoletos. Él no se da cuenta de que otros “debes” y “no debes” surgirán más tarde, de manera más trágica, para asesinar a Cristo en cada niño.

El «poder curativo» de Cristo, que los hombres acorazados más tarde deformaron, transformándolo en mediocridad interesada, es, en realidad, un atributo perfectamente comprensible y fácilmente observable en todos los hombres y mujeres naturalmente dotados de las cualidades de líder. Sus poderosos campos orgono-energéticos son capaces de estimular los sistemas energéticos inertes y «muertos» de los miserables y de los «infelices». Este estímulo del sistema vital agotado es sentido como un relajamiento de la tensión y de la angustia, relajación debido a la dilatación del sistema nervioso, que se traduce por una chispa de amor verdadero en un organismo lleno de odio. La

excitación de la bioenergía en el ser débil es capaz de dilatar sus vasos sanguíneos, de irrigar mejor los tejidos, de acelerar la curación de las heridas, de contrariar los efectos paralizantes y degeneradores de la energía vital estancada.

Cristo mismo no se preocupaba por sus dones de sanador. Ningún gran médico se jacta de saber curar. Ningún niño sano tiene la consciencia de su poder de redención. Es la función de la vida que actúa en ellos. Ella forma parte de la expresión vital de Cristo en los niños, en el auténtico médico, en el mismo Dios. Cristo va al extremo de prohibir a sus místicos adeptos y pasmados admiradores de revelar a los demás su poder de sanación. Algunos historiadores del cristianismo, mal informados, interpretan esa actitud de Cristo como una «retirada ante los enemigos» o «miedo a ser acusado de brujería». En realidad, esta cuestión no tiene nada que ver con enemigos o brujería, aunque Cristo también es atacado más adelante por la peste, por las mismas razones. La verdad es que no presta mucha atención a sus poderes curativos. Ellos forman parte integrante de su ser, a punto de no suscitar más interés u orgullo que su manera de andar, de amar, de comer, de pensar o de dar. Esta es una de las características básicas del CARÁCTER GENITAL.

Cristo dijo a sus compañeros: el Reino de los Cielos está en vosotros. También está más allá de vosotros, en toda la eternidad. Si tomas conciencia de esto, si vives conforme a tus leyes y objetivos, sentirás a Dios y lo conocerás. ÉSTA es tu redención, este es tu salvador.

Pero ellos no comprenden a Cristo. ¿De qué habla? ¿Dónde están los «signos»? ¿Por qué no les dice si es o no el Mesías? ¿Es el Mesías? Debe probarlo, haciendo milagros. Él no habla. Y en sí mismo es un misterio. Es necesario que se haga luz sobre él, que el velo de su secreto sea levantado.

Cristo no es un misterio. Si él no dijo nada, fue porque nada tenía que decir que pudiera satisfacerles sus aspiraciones místicas. Cristo es. Él vive su vida. Él no tiene conciencia de que es tan diferente de todos los demás.

Para Cristo, que es naturaleza, la Naturaleza y Dios son una sola cosa. Los niños lo saben, dijo a sus amigos. Y cree que todos son niños en Dios. Para él, Dios es crecimiento y crecimiento es Dios.

Sin embargo, ellos no entienden lo que Cristo les habla. Para ellos. Dios es un padre barbudo, colérico, vengativo. Por eso. Cristo parece hablarles por parábolas veladas. Para ellos, Dios hace el crecimiento. Y ellos no se sienten niños en Dios, sino los siervos de un Dios rabioso. Para ellos, la Naturaleza fue

creada por Dios en siete días a partir de la nada. ¿Cómo entonces puede Dios ser la naturaleza?

Cristo no ignora la moral innata y la sociabilidad natural de la vida. En sus sermones, evoca la bondad inherente a los pobres y a los infelices. Los pobres se asemejan a los niños. La fe es fuerza. La fe puede mover montañas. La fe da energía. La fe es el sentimiento de Dios, o de la Vida, en nosotros. Ella es confianza en sí, energía, dinamismo.

Ellos no entienden lo que Cristo les habla. Están tristemente privados de su propia naturaleza. Es necesario amenazarlos para que observen las leyes de la moralidad y de la sociabilidad. Ellos perdieron el Reino de Dios y guardan con ellos la nostalgia del paraíso. Imaginan el paraíso como una tierra en la que no es obligatorio trabajar para crear abejas que den miel. Allí la miel corre en grandes ríos, sin que nadie necesite mover un dedo. La leche también se obtiene, por supuesto, sin el menor esfuerzo. También corre en los ríos.

Si es verdad que Dios se preocupa por cada criatura del universo, ¿por qué no tomarlas en el paraíso? Entonces, nada de trabajo, nada de esfuerzos, nada de preocupaciones: sólo la leche y la miel corren en los ríos. Y el maná también caería del cielo sobre la tierra. Bastaría bajarse, cogerlo y ponerlo en la boca. Pero sucede que el maná no cae del cielo, y que es necesario trabajar mucho para obtener leche y miel. Y es así porque Dios aún no ha enviado a su Mesías para redimirles. Moisés ya había prometido a los suyos una tierra donde tendrían leche y miel en abundancia. Pero fue un sueño que acabó por convertirse en pesadilla con la ocupación romana, los impuestos, la esclavitud, las persecuciones. Sin embargo, el Mesías está llegando. Cristo es tan diferente de ellos. Él tiene un lenguaje y vive una vida que no entienden. Esto confirma su opinión de que él es el Mesías que vino para salvarlos. Las personas temen y admiran lo que no entienden. Se sienten felices cuando están cerca de él. Los niños lo aman y lo rodean como si fuera Dios en persona. En aquella época, aún no se había adquirido el hábito de mandar niños vestidos de blanco a entregar flores a los hombres de Estado. Este hábito fue instituido cerca de dos mil años más tarde.

Cristo no percibe muy bien lo que le está ocurriendo. Él no se revela, porque nada tiene que revelar. Él sólo vive a su manera. Y como ve y siente que ellos son infelices y diferentes de él, intenta ayudarlos. Intenta inculcarles sus propios sentimientos de sencillez, de franqueza, de intimidad con la naturaleza. Él ama a las mujeres; se rodea de mujeres, así como de hombres, vive su cuerpo «en el cuerpo», como Dios lo creó. No vive su carne, sino su cuerpo. El sentimiento vivo que tiene de Dios es muy diferente de lo que tienen los escribas y los

talmudistas. Estos perdieron a Dios dentro de sí, y buscan a Dios con sufrimiento, preguntan a Dios en sus oraciones, implorando a aquel que nunca conocieron que se les revele. Son obligados a predicar la fe porque no tienen fe. Se les obliga a predicar la obediencia a las leyes de Dios, porque los hombres ya no se asemejan a Dios. Dios es para ellos un extraño colérico y duro. En el pasado los castigó, expulsándolos del paraíso. Después colocó un ángel en la entrada, con una espada de fuego. Ellos se convirtieron en víctimas del demonio.

El demonio es la enfermedad, la lujuria de la carne, la avaricia, el asesinato, la deslealtad hacia los semejantes, la farsa, la mentira, la caza del dinero. Ellos perdieron a Dios y ya no lo conocen. Durante siglos, muchos profetas nos exhortaron a regresar a Dios, pero nadie osó reconocer a Dios tal como él vive y actúa en el hombre. La carne suplantó completamente el cuerpo. Incluso los recién nacidos ya no se asemejaban a Dios, pero salían pálidos, enfermos e infelices del vientre materno contraído, frío y marchito.

Evidentemente, Dios continuaba en ellos; pero se encontraba oculto y deformado, hasta el punto de que nadie lo reconoció. El sentimiento de Dios que habitaba en ellos estaba íntimamente ligado a un sentimiento de angustia. En cierto modo se imponía la convicción de que no se debía conocer a Dios, a pesar de que la Ley ordena que sea reconocido y que se viva según su voluntad. ¿Cómo se puede vivir según la voluntad de alguien que no se conoce y que jamás se conocerá? Nadie les dice. Nadie les puede decir. Todo lo que se relaciona con Dios es transportado hacia un futuro lejano, hacia una gran y terrible esperanza, hacia un espejismo hacia el que los hombres extienden desesperadamente los brazos. Y, sin embargo, Dios se encuentra en el fondo de ellos, inaccesible, protegido de su contacto por el miedo y la angustia. Un ángel espeluznante protege a los ángeles contra ellos mismos.

Cristo sabe que los hombres son infelices, pero no sabe exactamente cómo, pues es diferente de ellos y no conoce la infelicidad. Crees que los hombres se hacen como él. ¿No es su hermano? ¿No creció en medio de ellos? ¿No jugó con ellos, de niño, compartiendo las alegrías y las tristezas? Siendo así, ¿cómo podía él saber que era tan diferente? Si hubiera tenido conciencia de ello, se habría aislado, separado de los demás, habría buscado la soledad, no habría compartido con los demás niños sus alegrías y tristezas infantiles.

Sin embargo, Cristo era tan diferente de todos los demás que sólo la ausencia flagrante en ellos de las cosas que él poseía en abundancia podría revelar la diferencia.

Cristo no se juzgaba santo. Él simplemente vivía lo que sus compañeros pensaban que era la vida de un santo. ¿Una flor vive «como si» fuera una flor? ¿Un ciervo, «como si» fuera un ciervo? ¿Una flor o un ciervo andan por ahí diciendo «soy una flor» o «soy un ciervo»? Ellos son como son. Viven la vida. Cumplen una función. Existen, siendo de manera ininterrumpida la realidad que representan, sin pensar en ella o hacer preguntas. Si alguien resolviera decir a una flor o a un venado: «escucha, tú eres maravillosa, eres una flor, un ciervo», ellos miraría a su interlocutor con sorpresa. «¿Qué está diciendo? No entiendo. Por supuesto que soy una flor, un ciervo. ¿Qué quería que yo fuera? »

Y los admiradores místicos no comprenderían lo que el venado y la flor habían intentado decirles. Se iban mudos de admiración ante el milagro. Me gustaría ser como la flor o el ciervo. Y, finalmente, cosechar la flor y matar al venado. Este es el desenlace inevitable, dado el estado de las cosas.

Ellos aman a Jesús porque él es lo que no son y nunca podrán ser. Intentan imbuirse de su fuerza, de su sencillez, de su belleza espontánea. Pero no lo logran. No pueden asemejarse a él, ni absorberlo. Para sentirse mejor, más fuertes, más sabios, diferentes de lo que son, bastaría que miraran hacia él, escuchasen lo que él dice, que oyeran la simple y extraña verdad que sale de su boca y va directamente, sin nunca equivocarse, a su objetivo. Cristo no erra el blanco porque mantiene un contacto perfecto con lo que pasa a su alrededor. Él puede ver lo que no ven porque está abierto para ver. Él contempla un paisaje y se da cuenta de la unidad que allí reina. Él no ve, como ellos, árboles aislados, montañas aisladas, lagos aislados. Él ve árboles, lagos y montañas como son en realidad: elementos integrados de un flujo total y unitario de ocurrencias cósmicas. Él ve, oye y toca todas las cosas con la totalidad de su ser, derramando en ellas sus energías vitales, y recibiendo de los árboles, flores y montañas la misma energía, pero centuplicada. Él no retiene su fuerza ni se aferra a ella. La da generosamente, sin preguntar nunca si, al actuar así, se empobrece. Él no se empobrece, sino que se enriquece al dar. La Vida devuelve en metabolismos ricamente desbordantes lo que recibe. Recibir y dar nunca son actos de un solo sentido. Es un proceso, un va y viene.

Una vez más, ellos no saben lo que Cristo les habla. Para ellos, dar es empobrecer. Recibir es juntar fuerzas, llenar el vacío, llenar un abismo en lo más profundo del ser. Ellos sólo pueden recibir, no pueden dar. El que da es, a sus ojos, un loco o un buen fruto para ser exprimido, para ser explotado. Así desalientan muchos seres generosos, condenan a la soledad muchas almas bondadosas. Y el mundo se vuelve cada vez más pobre.

Cristo, que ama al pueblo, vive solo. Aquellos que se detesta, así como detestan a todos los demás, viven solitarios y abandonados en medio de la multitud. Tienen miedo los unos de los otros. Se dan palmaditas en la espalda unos a otros y hacen sonrisas grotescas que les parecen amables. **Se ven obligados a representar una comedia, con miedo de degollarse unos a otros.** Y saben que todos se están engañando unos a otros. Se reúnen en congresos, como hace dos mil años, para conseguir la «paz definitiva», pero saben muy bien que se están engañando unos a otros con subterfugios y formalismos. Nadie dice lo que realmente piensa. Cristo, él sí, dice lo que piensa. Él no es formal, no finge, ni hace esfuerzo para no fingir. Simplemente no finge. A veces se calla, pero ignora la mentira deliberada y malvada. En cuanto a los demás, no dicen la verdad, por la simple razón de que la verdad no puede ser dicha; en ellos, el órgano que hace decir la verdad murió dentro de ellos cuando perdieron la corriente de la Vida y del vivir sincero.

Así, honran la verdad y viven en la mentira. La verdad está indisolublemente ligada a las corrientes de la Vida en el organismo y en su percepción. La vida no es verdadera porque debe ser o porque fue hecha para ser verdadera; pero en cada uno de sus movimientos está expresada la verdad. La expresión del cuerpo es incapaz de mentir. Podemos ver la verdad si sabemos el lenguaje expresivo de los movimientos del rostro o del modo de andar de cada hombre. El cuerpo dice la verdad, aunque tenga que decir que mora habitualmente y que esconde sus mentiras bajo un barniz de actitudes dudosas. Así, la Vida «interpreta los signos» como los hombres juzgaron que Cristo era incapaz de interpretar. Sin embargo, en ciertos contextos en que la propia existencia de la raza está en juego, también sucede que la verdad no puede ser expresada, permaneciendo oculta.

El mono que existe en el hombre se manifiesta raramente. Esto también se aplica a los orígenes del hombre, a partir del funcionamiento de la segmentación vermicular de los seres vivos. Aunque la historia de un acontecimiento está siempre de algún modo presente en el instante en que lo consideramos, es necesario tener conocimientos de anatomía y fisiología para comprender bien ciertas verdades que sobrepasan las posibilidades comunes de los hombres. El significado cósmico que los hombres atribuyeron a Cristo, en una óptica mística, residía en la expresión verídica de la vida, en la completa coordinación del cuerpo y de las emociones, en la inmediatez de su contacto con las cosas. Así, se colocaba más allá de las posibilidades del hombre que, con su coraza, se halla confinado en un ámbito estrictamente «humano». Es esa coraza que envuelve a los humanos en el mundo de los problemas estrictamente humanos lo que le impide alcanzar el universo, comprender la vida a su alrededor y a sus niños recién nacidos, desarrollar su sociedad de acuerdo con un saber que sobrepasa su propia biología. Encerrado en un estrecho espacio, él está obligado a desarrollar

sueños y utopías que nunca entraron en el dominio de lo posible.

Ahora bien, todas las experiencias humanas se hacen desde dentro del espacio estrecho en que el hombre está confinado, y él será incapaz de juzgar su existencia a no ser oponiéndole a su miserable realidad alguna realidad trascendente de orden místico. Él será incapaz de cambiar la primera y discernir la verdadera naturaleza de la segunda. La vida, que se desarrolla fuera de su espacio estrecho, le parecerá inevitablemente incomprensible e inaccesible. La exploración de las estructuras humanas profundas por el análisis del carácter mostró que son sus problemas genitales, que es su impotencia orgánica, lo que lo tiran a su estrecha prisión. Entonces es perfectamente lógico que no haya nada que persiga y reproche con más ardor, que él más deteste, que los buenos aspectos de la potencia orgánica, es decir, la Vida o el Cristo, o sea, su propio origen cósmico y potencialidad actual. La primera, la interpreta erróneamente, pero con una coherencia inexorable, como una simple joda desprovista de amor, las segundas son transferidas para siempre al dominio de los sueños irrealizables.

De esta confusión sin remedio deriva el *Asesinato de Cristo*. El camino que lleva al asesinato final es largo; las formas que él toma son muchas; sin embargo, hasta este siglo XX, el asesinato acabó por no dejar de ocurrir. Una de sus características fundamentales es el hecho de haber permanecido tan secreto y tan inaccesible.

El núcleo bioenergético de la vida y su sentido cósmico se expresan en la función del orgasmo, es decir, en la convulsión involuntaria de todo el organismo vivo durante el abrazo del macho y de la hembra, con el fin de comunicar recíprocamente sus cargas bioenergéticas. Si no hubiera otros medios de identificar la función de la vida con la función del orgasmo, se deduciría de la identidad de sus destinos a lo largo de la historia escrita de la especie humana. Y entre las características más típicas y menos aceptables del hombre acorazado están la incomprensión, la persecución y la desaprobación de sus manifestaciones, la transformación mística de la conciencia que tiene de su importancia, el terror que inspira la perspectiva de un estrecho contacto con la Vida y el orgasmo.

La comparación sistemática del comportamiento de la vida con el de la vida acorralada durante el abrazo genital permitirá, mejor que cualquier otra cosa, una buena comprensión del odio y del consecutivo asesinato de Cristo. Cristo describió el Reino de los Cielos en una parábola, cuya profunda significación biológica no podía escapar a quien se interesa por la profundidad de la bioenergía humana:

Entonces el reino de los cielos será comparado a las vírgenes que, tomando sus lámparas, salieron a recibir al esposo y a la esposa. Pero cinco de ellas eran locas, y cinco prudentes. Y cuando las cinco que estaban locas tomaron las lámparas, no llevaron consigo aceite; las prudentes, sin embargo, llevaron aceite en sus vasos junto con las lámparas. Y, tardando el esposo, empezaron a sentirse somnolientas, y así vinieron a dormir. Y a la medianoche se oyó un grito: «He aquí el esposo, salí a recibirlo.» Entonces se levantaron todas vuestras vírgenes y prepararon sus lámparas. Y dijeron las locas a las prudentes: «Danos de tu aceite, porque nuestras lámparas se apagan.» Respondieron las prudentes, diciendo: «Para que no suceda tal vez nos falte a nosotras, y a vosotras, id antes a los que venden, y comprén para vosotras». Pero, mientras ellas fueron a comprarlo, vino el esposo; y las que estaban preparadas entraron con él a celebrar las bodas, y se cerró la puerta. Y por fin vinieron también las otras vírgenes, diciendo: «Señor, Señor, abrínos!» Pero él, respondiendo, dijo: «De cierto os digo que no os conozco.» Vigilad, pues, porque no sabéis ni el día ni la hora.

(Mateo, 25: 1-13)

CAPITULO III

EL ABRAZO GENITAL

El deseo de fusionarse con otro organismo en el abrazo genital es tan fuerte en el organismo acorazado como en el no acorazado. En el organismo acorazado él será hasta más violento, porque la satisfacción total está bloqueada. Mientras la Vida simplemente ama, la vida acorralada «folla». Dondequiera que la vida se desarrolle libremente en sus relaciones de amor, como lo hace en todas las demás cosas, ella permite que sus funciones progresen lentamente, desde los primeros estímulos hasta la plenitud de la alegría en el clímax, ya se trate de una planta que pasa de la minúscula semilla al árbol en flor, y después el árbol produce frutos, como de la fe en una ideología liberadora; de la misma manera, la Vida deja madurar lentamente sus relaciones de amor, desde la primera mirada hasta el abandono completo durante el abrazo palpitante. La vida no se precipita para el abrazo. No tiene prisa, a menos que un largo período de continencia total haga necesaria una descarga instantánea de energía vital. El hombre acorazado, encerrado en la cárcel de su organismo, va directo a follar. Su horrible lenguaje demuestra sus disposiciones emocionales: quiere «engancharse a una mujer», por la fuerza o la seducción. Le parece absurdo al hombre acorazado quedarse a solas, durante cierto tiempo, con una persona del sexo opuesto, sin «intentar agarrarla» contra su voluntad, o sin que ella tenga miedo de ser objeto de una agresión. Así se explica el hábito del chaperon³, que es una afrenta a la dignidad humana. Actualmente ese hábito tiende a desaparecer, pues la genitalidad natural empieza a ocupar el espíritu de las personas.

La vida puede compartir el lecho con una compañera sin pensar en el abrazo, si faltan las condiciones espontáneas para ello. La Vida no comienza por la realización, ella se encamina hacia la realización. Ella lo hace por el amor y el amor, así como en todos los campos en los que funciona. **La vida no escribe un libro con el fin de tener «también» escrito un libro;** no se esfuerza por encontrar eco en los periódicos; no escribe «para las personas», sino sobre procesos y hechos. La Vida construye un puente para que se pueda atravesar el río con seguridad y no para obtener un premio en el congreso anual de la Orden de los Ingenieros.

³ *Chaperon*: persona que acompaña o supervisa a uno o más jóvenes, hombres o mujeres solteras durante actividades sociales, usualmente con la intención de prevenir interacciones sexuales o sociales inapropiadas así como también para prevenir conductas ilegales, como beber en exceso o usar drogas.

De la misma manera, la Vida no piensa pronto en el abrazo cuando encuentra compañía. La vida encuentra porque encuentra. Ella puede separarse del compañero, puede caminar un poco con él antes de dejarlo, o bien el encuentro puede llegar a una fusión completa. La vida no tiene una idea precisa de lo que el futuro le reserva. La Vida acepta el curso natural de las cosas. El futuro emerge de la corriente continua del presente, así como el presente emerge del pasado. Por supuesto, puede haber pensamientos, sueños, espejos relativos al futuro; pero el futuro no gobierna el presente, como ocurre en el dominio de la vida acorazada. La vida, cuando fluye libremente, se interesa por sus funciones y desarrolla ciertas habilidades que le permiten funcionar bien. El biólogo y el médico aprenden su arte a partir de una habilidad que resulta naturalmente de la realización de ciertas funciones. La vida acorazada sueña ser un gran médico, un cirujano célebre y admirado por las multitudes, que todo hará para obtener artículos elogiosos sobre su gran clínica en los grandes periódicos de un gran país, y, para terminar, pone en caja gordos honorarios. El hombre acorazado imagina así el “éxito”. Este ejemplo puede aplicarse, *ad libitum* (a placer, a voluntad), al gran führer de la nación, al gran tribuno del pueblo, al gran padre de los grandes rusos de la gran Rusia, al mayor país del globo. Es siempre la misma música, la misma anticipación de lo que debería desarrollarse de manera orgánica, el mismo hábito de comenzar por el fin. La antigua patología del cáncer pretendía empezar por elucidar el enigma de las células cancerosas y se atascó en la teoría de los gérmenes aéreos. El enigma fue resuelto donde menos se esperaba: observando un simple brote de planta en un poco de agua pura y simple. La vida, al escribir un libro, no comienza por el título y el prefacio. El prefacio y el título son los últimos a ser escritos, pues deben englobar el todo; nadie puede tener una visión del conjunto antes de haber terminado el todo. No se construye una casa empezando por los muebles, sino por los cimientos. Pero el plano de los cimientos debe ser precedido por la idea general que se hace del interior de la casa cuando quede terminada.

Todos los sueños de la boda romántica empiezan por la defloración en la noche de nupcias y terminan en el alcantarillado de los conflictos conyugales. Una vez más, es el hombre acorazado quien impide a la gente comprender que el matrimonio crece lentamente, como la planta que se convierte en árbol fructífero. Ahora bien, es necesario mucho tiempo para que un árbol dé frutos. El amor conyugal no tiene nada que ver con el certificado de matrimonio. El amor conyugal se desarrolla con sencillez. No requiere esfuerzo. El crecimiento progresivo, el acceso a una nueva fase, el descubrimiento de una nueva manera de mirar, la revelación de un nuevo detalle de su manera de ser, agradable o no, son experiencias deliciosas. Ellas nos mantienen en movimiento. Ellas nos incitan

a cambiar dentro de las tendencias naturales de nuestro desarrollo. Ellas contribuyen mucho más al embellecimiento físico que todos los jabones cantados por la publicidad; que resguardan la capacidad de enrojecimiento en el momento oportuno. Es necesario meses, a veces años, para conocer el cuerpo del compañero amoroso. El descubrimiento del cuerpo del bien amado proporcionará una gran satisfacción. Se puede experimentar esto al superar las primeras dificultades en el ajuste de dos organismos vivos. Al hombre puede faltarle delicadeza en sus momentos de gran excitación; la mujer puede temer la dulzura del abandono involuntario. El hombre puede ser muy «rápido» al principio, y la mujer muy «lenta», o viceversa. La búsqueda de la experiencia común del goce supremo por la fusión completa de dos vibrantes sistemas de energía -que llamamos macho y hembra-, esta búsqueda, así como la búsqueda mutua y silenciosa del camino hacia las sensaciones y vibraciones cósmicas del ser amado, son placeres supremos, limpios como el agua del río, deliciosos como el perfume de una flor una mañana de primavera. Esta experiencia cálida y duradera del amor, del contacto y del abandono recíproco, del placer de los cuerpos, es una servidumbre perfectamente digna que acompaña todo el matrimonio que crece naturalmente. El abrazo genital corona esta alegría ininterrumpida, él es como el canto que se alcanza después de una larga escalada, y de donde se desciende de noche y en la tempestad. Pero se parte al encuentro de nuevas cumbres, que están muy por encima de los valles sombríos. Y cada canto se presenta con un aspecto diferente de los precedentes, pues la vida nunca se repite totalmente, incluso en un intervalo de pocos segundos, durante la misma operación. Su ambición no es estar «en lo alto», no es mirar los valles y contar a los otros cuántas cumbres ha escalado en una quincena. Su actitud fundamental es el silencio. Se prosigue la caminata y se siente feliz por haber alcanzado una nueva altura, después de una ascensión continua. La preparación para la ascensión es tan delicada como la propia ascensión. El reposo en la cima de la montaña es tan hermoso como la llegada palpitante, cuando los ojos y el cuerpo descubren el paisaje. Durante los preparativos y en la subida, la persona no se pregunta si se conseguirá llegar a la cima. No inventa un motor de bolsillo especialmente diseñado para hacerle alcanzar los últimos cien metros. No ahoga el grito de alegría que le llega a la garganta cuando alcanza la cima, no es tomada por los pantanos de la primera impresión de placer. Vive plenamente las diferentes fases de la experiencia. En el fondo sabe que no es difícil alcanzar la cima, por cuanto cuidó de todos los pasos en esa dirección. Está segura de sí misma, ya que ha escalado otras montañas y sabe cuál es la impresión que le dan. No permite que nadie la conduzca hacia la cima, ni se imagina lo que su malvado vecino pueda estar pensando o decir, si sabe lo que está haciendo. Los deja atrás, haciendo la misma cosa o soñando con hacerla.

El abrazo natural pleno se asemeja a esa escalada; no se distingue esencialmente de cualquier actividad vital, importante o no. Vivir en la plenitud es abandonarse a lo que se hace. Poco importa que se trabaje, que se hable con amigos, que se eduque un niño, que se escuche una conversación, que se pinte un cuadro, que se haga esto o aquello.

El abrazo genital emerge naturalmente de la necesidad -que se desarrolla lentamente- de fundir un cuerpo con otro. Es fácil percibir este rasgo fundamental observando los pájaros, los sapos, las mariposas, los venados en el cielo y otros animales que viven en libertad. El placer final de la descarga total de energía en el orgasmo es el resultado espontáneo de la acumulación continua de placeres menores. Estos pequeños placeres pueden proporcionar la felicidad, aunque excitando la necesidad de otros placeres. No siempre esos placeres menores terminan en el placer supremo. Dos mariposas, macho y hembra, pueden jugar juntas durante horas sin llegar a la unión. Pueden ir más lejos y superponerse, sin haber penetración. Pero una vez que los sistemas energéticos de sus cuerpos se encuentren, van hasta el final. Ellas no se frustran una a la otra, a menos que sean interrumpidas por un coleccionista de mariposas o un pájaro hambriento. La excitación del organismo entero precede a la excitación genital propiamente dicha. La potencia orgánica es la realización del placer total de los cuerpos y no sólo del genital. Los órganos genitales son sólo los instrumentos de la penetración física que ocurre después de la fusión de los dos campos de energía orgone, fusión esta que se opera mucho antes de la realización final. Los contactos son suaves. No se agarra ni se prende, no se sostiene ni se aprieta, no se tira ni empuja o pellizca al otro. El contacto no va más allá de lo que la situación particular exige. Un hombre puede amar tiernamente a una mujer durante meses, desearla con todo su ser, encontrarla todos los días, sin hacer otra cosa que apretarle calurosamente las manos o besarla en los labios. Una vez que los dos sienten la necesidad del abrazo, éste sucederá inevitablemente, y ambos elegirán el mejor momento, tan pronto como estén listos, sin intercambiar una sola palabra sobre ese asunto. Pero entonces la naturaleza desarrollará sus mejores poderes para unificar a los dos seres vivos.

Como estos organismos permitieron que su amor alcanzara, orgánica y progresivamente, el punto exacto que Él deseaba alcanzar, y como ellos supieron esbozar en el momento correcto el gesto correcto, sus cuerpos saben exactamente cómo encontrarse en el abrazo. Cada uno buscará las sensaciones del otro y en ellas encontrará su propio placer. Cada uno descubrirá las inflexiones del cuerpo del otro, teniendo conciencia del grado de abandono mutuo a cada instante, y eligiendo el camino perfectamente correcto. Así, tal vez verifiquen que sus cuerpos están dispuestos, en un primer encuentro, a ir hasta

cierto punto y no más allá. Si la fusión genital no emerge naturalmente de esta fase, no se unirán y se separarán, para siempre o sólo por algún tiempo. Ellos procuran «estructurar» su experiencia recíproca y habituarse entre sí, preparándose para una realización más plena. El placer no será atado por la pretensión de poseer el compañero o de probar la propia potencia. No se trata de «probar», de «conseguir» o de «obtener» lo que sea.

La dulce fusión se realiza o no. Puede suceder durante unos instantes y desaparecer a continuación. No puede ser obtenida o mantenida por la fuerza. Si no se mantiene y no crece, el abrazo no terminará en la unión genital. Si la unión genital se produce finalmente sin que se desarrolle la dulce sensación de fusión, los socios lo lamentan enseguida; su placer será turbado y podrá ser anulado para siempre. Así, el cuidado con un comportamiento auto-regulado durante la superposición orgonótica del macho y la hembra es la mejor garantía de un placer completo.

El orgasmo ocurre cuando tiene que suceder, y no cuando él o ella lo desean. No se puede «querer» un orgasmo y «conseguirlo» como quien obtiene una cerveza en un bar.

El orgasmo, en su verdadera acepción biológica, es el resultado de un progresivo crecimiento de ondas de excitación, y no un producto acabado que se puede conseguir con trabajo arduo. Es una convulsión unitaria de una sola unidad energética que, antes de la fusión, estaba constituida por dos unidades y que, terminada la fusión, se separará nuevamente en dos existencias individuales. Desde el punto de vista de la bioenergética, el orgasmo se presenta como la pérdida total de la individualidad propia en beneficio de un estado de ser absolutamente diferente: no se trata de obtener el orgasmo de él para ella o de ella para él, como lo imaginan los hombres mentalmente enfermos del siglo I o del siglo XX. La prueba es el hecho de que un tratamiento médico puede hacer desaparecer esa manera de «obtener» el orgasmo, mientras que la auténtica fusión bioenergética no desaparece, sino que se refuerza. Estos hechos son de importancia fundamental.

El orgasmo es algo que sucede a dos organismos vivos, y no una cosa que pueda ser «producida». Él es como la brusca proyección de protoplasma en una ameba que se desplaza. No se puede «tener» un orgasmo con cualquier persona. Es posible coger con cualquiera, para provocar una descarga de líquido seminal o un prurito vigoroso, basta frotar suficientemente los órganos genitales. Pero el orgasmo es más que un fuerte prurito, del que se distingue esencialmente. No se puede «obtener» el orgasmo a la fuerza de arañar o morder. El macho y la

hembra que se arañan o se muerden buscan, por todos los medios, el contacto bioenergético. El contacto orgástico ocurre al organismo. No hay necesidad de «hacerlo». Se produce espontáneamente al contacto con ciertos organismos y no ocurre al contacto con los demás en general. De este modo, el orgasmo es la base de la auténtica moral sexual.

El organismo que folla debe «avanzar» rápidamente, para no dejar de «conseguirlo». Él “se alivia” o “hace el amor”. El organismo que ama se deja sumergir en la marea de las sensaciones y llevar por el flujo, señor de cada movimiento como el canoero experimentado en el control de su embarcación al bajar un río de montaña. De la misma manera, un caballero que sabe montar un puro sangre se deja llevar por su montada y, aún así, la domina. El organismo esclerosado necesita grandes esfuerzos, como un corredor cuyos pies estaban atados a un peso. Todo lo que puede hacer es avanzar cojeando. Después de una marcha penosa, zozobra, exhausto. El organismo que folla mantiene la cabeza fría durante el «acto» (esta palabra, por sí sola, ya es reveladora). Él puede «conseguirlo», «hacerlo», «acabar», siempre y en todas las ocasiones, como un toro o un semental fogoso y frustrado, privado de hembra durante años. Existen incluso técnicas particulares y laboriosas para atraer y seducir a la hembra. El valor vital de tales actividades puede ser comparado a un remolque que tira de un coche averiado – con las dos ruedas delanteras suspendidas en el aire.

Las características internas de la función amorosa determinan los diferentes aspectos de todas las actividades del individuo. El follador conseguirá siempre lo que quiere; forzará las cosas, se frotará dentro y fuera, tendrá técnicas especiales para alcanzar sus objetivos de manera eficiente; el tipo pasivo es víctima de lo que el activo le impone. El carácter genital, al contrario, deja siempre que las cosas funcionen y sucedan; se sumerge activamente en todo lo que hace, desde amar a una mujer o un hombre, a montar una organización o ejecutar un trabajo.

El follador violento y el tipo sufriente serán atraídos por el carácter genital e intentarán imitarlo. De este primer impulso del organismo acorazado para imitar a Cristo deriva la tragedia, con una lógica implacable. Se producirá necesariamente, siempre que estos dos modos de vida se enfrentan, sea cual sea la época, país o capa social. Es en la Tierra de Nadie, entre los dos campos, que los Niños del Futuro tendrán que crecer. Si queremos instaurar un sistema de educación racional, es indispensable reflexionar sobre los medios de proteger al niño de la peste emocional, consecuencia de esta tragedia. No hay problema de educación, precoz o tardío, que no transcurra, en su estructura y realización, en las condiciones que conducen al *Asesinato de Cristo*.

Para el orgonomista analista del carácter del siglo xx, Cristo posee todas las marcas del carácter genital. Él nunca podría haber amado a los niños, a las personas, a la naturaleza, nunca podría haber sentido la vida y actuado con la gracia suprema con que actuó, si hubiera sufrido frustración genital; pensamientos obscenos, lascivia, crueldad directa o disfrazada en exigencias morales, falsa dulzura - en fin, todos los signos de frustración genital-, no se encuadran en la imagen de Cristo tal como se nos ha transmitido, y la pregunta surge de manera espontánea: ¿por qué nadie entendió esto?. Eso está de acuerdo con el hecho de que ningún biólogo haya mencionado nunca las pulsaciones orgonóticas ondulatorias de los seres vivos o que ningún especialista en higiene mental haya mostrado las devastaciones de la frustración genital durante la pubertad.

Cristo nunca podría haber sido puro como el agua de un arroyo y alerta como un ciervo si su espíritu estuviese lleno de las inmundicias de una sexualidad pervertida por la frustración del abrazo natural. **No puede haber duda: Cristo conoció el amor físico y las mujeres, como conoció tantas otras cosas naturales.** La bondad de Cristo, su capacidad para el contacto, su actitud comprensiva frente a la fragilidad del hombre, de las mujeres adúlteras, de los pecadores, de las prostitutas, de los pobres de espíritu, no se enmarcan en ni ninguna otra imagen biológica de Cristo. Sabemos que hubo mujeres que amaron a Cristo - mujeres respetables, bellas, generosas. Este es un punto importante si queremos comprender su último asesinato. Cualquier otra concepción es completamente aberrante. Autores independientes, como Renan, expresaron claramente este pensamiento, y todos los que estudiaron sin prejuicios la vida de Cristo conocen el secreto.

El más incomprensible de los enigmas es que esa vida haya dado origen a una religión que, en flagrante contradicción con su fundador, ha prohibido de su esfera el principio del funcionamiento natural de la vida y ha perseguido, por encima de todo, el amor físico. Pero hasta eso encontrará una explicación racional.

CAPITULO IV

LA SEDUCCIÓN PARA EL LIDERAZGO

Cristo posee, como consecuencia de la armonía de su organismo, el poder de la FE. Él mantiene el contacto con lo que pasa a su alrededor; tiene la plena sensación de su cuerpo y no carga con él, en secreto, como carne frustrada y perniciosa. Él no “intenta” hacer las cosas; Él hace las cosas. Posee todo el poder de la fuerza Vital dada por Dios. Comprende los pájaros y sabe distinguir un grano de centeno de un grano de trigo.

Cristo conoce el Reino de Dios, que es el Reino de la Vida y del Amor sobre la Tierra. Él está muy cerca, en cada flor, en cada pájaro, en cada árbol, en cada rama de olivo. Sus compañeros no tienen conciencia de la presencia de Dios. No sienten la vida. Intercambian riquezas, se entregan a la lujuria sin conocer el amor. Pagan pesados impuestos y obedecen a emperadores estúpidos, vanidosos, voraces, horrendos. Son personas explotadas y dependientes en el plano emocional, que se dejan engañar por el primer socorro que aparezca o que limitan la vida a la ambición egoísta de convertirse, ellas mismas en emperadores. Cristo ve y conoce todo esto y sufre por ello. Él viene del medio de los pobres que se asemejan a los niños, que viven todavía en la cercanía de Dios, que aún no están pervertidos y desnaturalizados, que aún conocen el amor. Los pobres se asemejan a los niños, y su manera de conocer y sentir es como la de los niños. Viven alejados del tumulto, no se involucran en él, aunque el tumulto sólo pueda existir porque ellos no reaccionan o no pueden reaccionar.

Hay los Barrabases y los Macabeos, los males necesarios. Sin ellos, nada andaría. Son ellos quienes, a golpes de espada, luchan contra los emperadores extranjeros. ¿Quién, si no ellos, podría luchar y morir en los campos de batalla? Cristo no combate a los emperadores. Él da a César lo que es de César y a Dios lo que es de Dios. Cristo no desea combatir al César. Él sabe que no se puede hacer señor de César. Pero también sabe que César será olvidado con el tiempo, mientras que lo que Cristo siente en su cuerpo, y que vibra en todos sus sentidos al unísono con el universo, gobernará el mundo para el bien de todos los habitantes de la Tierra. El Reino de Dios sobre la Tierra, que es ese sentimiento y esa vibración de la Vida viva, en Cristo como en todos los habitantes de la Tierra, no dejará de venir. Él ya existió, antes. No dejará de regresar. Esto es tan evidente que puede suceder de un momento a otro. Puede considerarse como una pesadilla el hecho de que este Reino de los Cielos en la Tierra aún no haya comenzado. Este retraso

debe tener una razón, pues su llegada abriría, seguramente, una era fácil y encantadora.

Cristo no se considera al principio un ser extraordinario. Él es como es. ¿Por qué los otros no son así? Eso está en sí mismo: basta bajar al fondo de su ser para encontrarlo. ¿Por qué se perdió? ¿Cómo aconteció eso? Dios no abandonó a sus hijos. Entonces, fue el hombre que lo había abandonado. ¿Pero por qué? ¿Cómo? ¿Cuándo sucedió esto? ¿Y donde? Todavía lo ignoramos. Pero Jesús sabe exactamente lo que perdieron, aunque ignoran que todavía lo tienen en el fondo de sí mismos. Cristo no sabe, pero aprenderá a su costa, que ellos perdieron el sentimiento de Dios, porque insisten en matarlo en cada segundo de cada minuto, cada hora de cada día del año, a través de los milenios. Este es un hecho tan absurdo que se podría dudar de su realidad. ¿Por qué el hombre mataría a la vida en sí misma? Es una absoluta monstruosidad pensar que eso sea posible.

Pero es precisamente esa monstruosidad que constituye el dominio del adversario de Dios-Vida, del paganismo y del pecado diabólico. El hombre ha perdido su libertad desde hace mucho tiempo, y no deja de apretar los nudos que lo mantienen prisionero, mientras lamenta su triste destino y sueña con la venida del Mesías.

Los hombres que habían perdido el sentimiento de Dios comenzaron a unirse alrededor de personajes que irradiaban Vida, pero que no la poseían en el mismo grado que Cristo. Ellos rodeaban a los Cristos frustrados, a los políticos de todas las épocas, para conseguir un poco de su fuerza. Los Cristos frustrados eran colocados en un pedestal y les gustaba ser adulados por las personas. Apreciaban la admiración que les testimoniaban, los elogios, los cantos, las danzas en su honor; los llamamientos que les dirigían para que se hicieran tribunos de los débiles llenaban sus corazones de consuelo. Así se instalaron los primeros jefes de tribu, los reyes, los duques, los fùhrers, los generales, los sargentos, los estalines, los Hitlers, los Mussolinis; y, por increíble que parezca, eran llevados al poder por el propio pueblo, por razones perfectamente racionales: los hombres sentían necesidad de una fuente exterior de energía para sustituir la torsión interior, la fe y el sentimiento de seguridad que habían perdido. Habiendo perdido la espontaneidad interior de sus funciones vitales, ellos eran obligados a recurrir a muletas, y esta situación no ha cambiado hasta hoy. ¿Por qué se mantuvo durante milenios? ¿Por qué los hombres no descubrieron pronto la causa de su desgracia? ¿Por qué les estaba estrictamente prohibido atacar el mal por la raíz? No se debe conocer a Dios y no se debe conocer la Vida. Esta se tomó la ley más sagrada y la más implacable de la humanidad prisionera. Es increíble, es ridículo, pero es verdad...

Los pequeños líderes perdieron el sentido de la vida, hasta el punto de dejarse seducir por la presión del pueblo. Ellos no viven suficientemente cerca de la Tierra, como Cristo, ni sienten, como Cristo, el pudrimiento del orden establecido, para rechazar un puesto de liderazgo. Asumen el liderazgo, que es inmediatamente necesario y crucial. Hay que luchar contra los impuestos muy elevados, hay que mantener y proteger las viejas costumbres religiosas, hay que concluir un acuerdo con el emperador pagano para asegurar los oficios sagrados en los templos, aunque esos oficios sean la sombra cada vez de una religión otrora viva y brillante. Esta religión es absolutamente necesaria para su existencia. Es ella la que lleva a las almas infelices un poco de equilibrio, de orientación, de esperanza, de consuelo. En caso contrario, el diablo, cuya acción se ve así obstaculizada por la ley moral, reinaría sin restricciones.

Todo eso Cristo lo siente más de lo que lo sabe. El pueblo lo designó como un líder, un salvador encargado de luchar por su felicidad. Pero lo trágico está en que los deseos y la vida de Cristo difieren tanto de los deseos y de la vida de sus contemporáneos que nunca podrá haber un acuerdo entre los dos modos de vida.

Cuando Cristo habla del Reino de los Cielos en la Tierra, piensa en la libertad interior del animal humano, que es parte legítima de toda la creación. Cuando Cristo les dice que es el Hijo del Hombre, o -lo que es exactamente lo mismo -el Hijo de Dios, él expresa una realidad auténtica, verdadera, esencial: él es el descendiente de la Vida, de la fuerza cósmica que conoce tan bien y que se siente tan nítidamente en sí mismo. Pero ellos no lo entienden. Lo obligan a revelarles su identidad y que les de una demostración de su poder divino. Reclaman señales que provienen de su divinización. Aquí está el origen de la futura mistificación de Cristo.

Para la inteligencia de estos hombres, roídos por la peste, el Hijo de Dios debería ser diferente de lo que Jesús parece ser. En realidad, el Hijo de Dios debería ser como Jesús: él sería dulce, amable, comprensivo, siempre generoso, siempre seguro, acogedor para con los pobres, amando a los niños y amado por ellos. Tendría el andar suave de Cristo, sus ojos profundos y graves. Nunca pronunciaría palabras groseras, no en virtud de algún principio, sino porque nunca se le ocurriría decir cosas groseras. Su rostro sería radiante como el de Jesús, animado por un rayo dulce e invisible, que se transformaría, en la representación de los iconos, en un horrendo círculo amarillo y brillante con forma de aureola, de acuerdo con la idea que los hombres atacados por la peste e imbuidos de un misticismo de mala fe, hacen del campo de energía orgone del cuerpo. Sólo los mejores artistas iban a ser capaces, a lo largo de los siglos

futuros, de sentir la sutilidad vibrante y fina de esta radiación orgonótica e intentar, sin más éxito, expresarla en sus cuadros.

La fisonomía de Cristo evoca una pradera inundada de sol, en una hermosa mañana de primavera. Es imposible fijarla con la mirada, pero sentirla si no estamos atacados por la peste. Nos perfeccionamos por él, él nos inunda con su radiación, no lo despreciamos como lo haría un cerebro seco, astuto, insensible de un fascista rojo o de un pequeño burgués sentimental. ¿Podemos imaginar a un Molotov o a un Malenkov en un prado primaveral, mirando los ciervos que pasan bajo la luz de la mañana? Imposible. Cristo es como una flor radiante y brillante, y él lo sabe, eso le agrada. Él intenta ingenuamente transmitir sus sentimientos a sus compañeros, a los que eso, evidentemente, falta. Él sabe que ellos sufren por ser privados de esos sentimientos, que ellos los mataron; pero Cristo ignora que ellos odian esos sentimientos tanto como los desean. Él ignora también que matan esos sentimientos en cada recién nacido, después del nacimiento, mutilando sus órganos genitales, colocando gotas de ácido en sus ojos, administrándole una palmada en el trasero como primera señal de bienvenida a este mundo. Serán necesarios milenios de miseria, pilas de santos quemados vivos, montañas de cadáveres esparcidos por los campos de batalla, para que ellos se den cuenta de ello. No saber de esto es la fatalidad que cae sobre Cristo. Él cree que sus compañeros son simplemente ignorantes, que el hambre y el trabajo duro los embrutecieron. Él piensa que ellos se sienten atraídos por su sabiduría, como un sediento por una fuente. Al final, lo matarán, tendrán que matarlo.

Sus compañeros se precipitan sobre su Fuerza Vital, como un sediento se precipita sobre la fuente. Todos ellos beben grandes tragos, los ojos abiertos, las caras cortas. Ellos se sienten revivir, irradiando una dulce luminosidad; de vez en cuando hasta tienen rasgos de pensamientos brillantes, pueden hacer preguntas inteligentes, lo que permite al Señor hacerlos participar de su plenitud. Todos beben y vuelven a beber. Y el Señor no se cansa de dispensar, a todos los que le rodean y vienen a él, las palabras límpidas de su boca, la fuerza irradiante de su cuerpo, su consuelo, sus consejos, su gran sabiduría. La noticia de su generosidad se extiende por todas partes. Y no para de crecer el número de hombres y mujeres sedientos, que vienen a llenar sus vasos secos con esta savia de la Vida, que aspiran a la gracia radiosa de su simplicidad y de su plenitud de vida.

Ellos lo acompañan en sus paseos matinales a través de los campos y recogen sus bellas palabras sobre la creación de Dios. Él parece comprender el canto de los pájaros y los animales no tienen miedo de él. No hay en su alma el mínimo deseo asesino. Su voz es melodiosa y expresiva. Ella emerge directamente del vientre, y

no, como en ellos, de una garganta crispada o de un pecho rígido. Él sabe reír y gritar de alegría. Él no impone ninguna represión a la expresión de su amor; abandonándose a sus compañeros, no sacrifica nada de su dignidad natural. Cuando camina, sus pies se apoyan firmemente en el suelo, como si allí quisieran crear raíces, para sacarlas a cada paso y de nuevo enraizar un poco más lejos. Su andar no se parece en nada con el de un profeta, de un sabio o de un profesor de matemáticas. Él camina simplemente. Cuando lo vemos caminando, preguntamos: ¿Qué es él? ¿Quién es él? Él es tan diferente de todos los demás. El andar de cada uno de sus compañeros expresa algo, algo que nada tiene que ver con el acto de andar. Uno camina con humildad, otro anda sumido en profundos pensamientos. El tercero anda como si, tomado de horror, emprendiera una fuga. El cuarto anda como un rey, el quinto como un servidor dedicado a su Maestro. El sexto como un ciervo. El séptimo camina como un zorro. El Maestro camina, simplemente. Ni siquiera como un ciervo. Él camina.

Su marcha solitaria es un desafío a todas las doctrinas, sean ellas la Gnosis, el Solipsismo, el Talmudismo o el Existencialismo. Su comportamiento está tan en desacuerdo con cualquier especie de ismos que incluso un experto en «catalogar» a las personas no sabría dónde encajarse. Esto inquieta a los hombres vulgares, pues cada uno pertenece siempre a algo, tiene que encajar en algo, so pena de ser sospechoso de actividades subversivas. Debe ser miembro de una corporación, del Sinedrio, de la clase de los sacerdotes, de la legión de salvadores de la práctica o de la liga de los héroes de la tierra natal. Cristo es bien conocido como conferencista y maestro. Pero aún así, es difícil clasificarlo. Para empezar, él hace preguntas demasiado directas. Eso es desagradable. Él da respuestas muy simples a las cuestiones más complicadas, incluso a las que, durante milenios, fueron el nudo gordeano de miles de sabios y que quedaron sin respuesta. Él es entonces un líder popular nato. El pueblo lo siente. Continúa haciéndole siempre la misma pregunta: ¿Quién eres tú? ¿Qué eres tú? ¿Eres o no el enviado de Dios? ¿Has venido para salvarnos? ¿Eres el Mesías? Si lo eres, dice. Le encanta - lo haremos. Seremos tus seguidores. Te daremos el poder para que puedas derrotar a nuestros enemigos. Revela tu verdadera naturaleza. Nos da una señal, hace un milagro para mostrarnos quién eres.

El Maestro guarda silencio sobre su procedencia y su destino. Pasea con ellos a través de los campos, visita varios lugares. Sigue dando respuestas sencillas a cuestiones complicadas, a darles la fuerza del saber sin tocar nunca un libro erudito.

Él debe ser el enviado del cielo, piensan ellos. No sólo es diferente de los demás, sino que también guarda un silencio misterioso sobre su verdadera naturaleza y

misión. Él debe tener una misión. Él vino a rescatar a su pueblo, a los pobres, a arrancar la nación de la esclavitud. Así, ellos elaboran la imagen de ellos, la falsa imagen del Hijo de Dios, que es, en realidad, el Pilato de una Fuerza Vital Cósmica no corrompida. Él guarda silencio, porque no sabe responder a preguntas sobre naturaleza, misión, visión, señales, poderes. Él tiene evidentemente conciencia de que es diferente, si no se comportan como se comportan. Pero no comprende por qué le piden señales sobrenaturales, porque le imploran que revele el misterio de su ser, que para él nada tiene de misterioso. Él siente que es hijo del cielo, pero no se siente investido de ninguna misión divina. Al menos no habla de ello. Él no siente que está en misión. Esta idea se le sugiere, poco a poco, por los que lo rodean, sus admiradores, adeptos y discípulos. Al principio, él no piensa en términos de misión. Ejecuta trabajos de carpintería, microscopía, cuida de las heridas de las personas o cultiva sus campos. Son ellos, los ávidos de salvación, los hambrientos de amor, que le inyectan los gérmenes del mito, por el cual él acabará por morir, y con él muchos hombres, mujeres y niños. Todo lo que hace es trabajar, vivir, hablar y caminar de modo diferente al de ellos. Eso es todo. Y él ama a las personas. Conoce sus males. Y en cada día que pasa aprende a conocerlas mejor. No piensa en curarlas. Pero, poco a poco, se da cuenta de que efectivamente las alivia, de que tiene el poder de reconfortarlas, de consolarlas. Esta convicción se transforma poco a poco en la obligación moral. Si las personas sufren, hay que ayudarlas, hacer lo máximo por ellas, darles lo que se tiene en abundancia, vivir pobremente, contentándose con lo estrictamente necesario. Lo que sentimos como la gracia divina es tan fácil de sentir y vivir, nos enriquece tanto a nosotros y a todo lo que tocamos, que sería intolerable NO beneficiar a nuestros hermanos y hermanas. Es de esta manera que la gracia divina y la necesidad humana de consuelo se encuentran. Uno da, los otros toman, succionan, aspiran y acumulan.

La idea fundamental del portador de la gracia divina y natural, es decir, de la vida no corrompida, es simple: todas las almas tienen la gracia divina dentro de sí. Basta que, hambrientas, beban de lo que tengo en abundancia, para que se vuelvan fuertes y empiecen a dar su propia fuerza a los demás; y esos otros, liberados de su hambre emocional, darán a otros aún. Aquí nuestro Maestro comete su primer error fatal. Él cree, lógicamente apoyado en la perspectiva de su propia Vida, que los hombres recuperados sólo piensan en dar a los demás. El donante supremo olvida que los largos años de hambre nos han tornado incapaces de dar. Se transforman en canales que sólo dejan pasar el agua en un sentido. Son como sanguijuelas. Y es precisamente esto lo que conducirá al asesinato del donador supremo.

La tierra abonada produce buen grano. Ésta recibe la semilla y le permite que

crezca y produzca otro grano, dando alimento, sal, agua y energía vital a cada una de sus fibras, en cada instante de cada día. El suelo se enriquece reteniendo un poco de la paja, cuando el grano madurado es llevado por el viento o cosechado por el hombre o por un animal. El suelo, así enriquecido, da nueva vida a un nuevo grano. Y el nuevo grano transmite su vida a otra Vida.

El animal recoge la semilla de la unión, deseada por Dios, del macho y de la hembra; por lo tanto, su descendiente a su imagen y, sin embargo, diferente de él. Él transfiere sus energías vitales a la cría, hasta que ésta pueda hacerlo por su cuenta. Después de crecida, la cría vivirá y actuará de la misma manera.

El universo entero se rige por este ciclo de dar y tomar, absorber y reflejar, crecer y morir, concentrar energía cósmica y disiparla enseguida en el inmenso océano cósmico.

Si un pozo se seca después de una larga sequía, sólo se puede esperar agua de él después de otras lluvias. Cuando esté de nuevo lleno, comenzará a dar de su agua a la tierra alrededor y a los arroyos lejanos que, a su vez, darán la savia de la Vida a otras vidas.

De esta manera, la Vida se reproduce, se mantiene y se multiplica sin cesar. No sucede lo mismo con el hombre acorazado. Él se transformó en un canal de sentido único, cuando mató a Dios dentro de sí y perdió el paraíso. Ahora bien, es precisamente el representante de Dios en la Tierra que bloquea la entrada del dominio donde se esconde la respuesta al enigma de la pérdida del paraíso por el hombre. Esta interdicción forma parte de la peste que desde hace tantos años devasta cruelmente a la humanidad. No tenemos el derecho de conocer a Dios o la Vida como dulzura en nuestro propio cuerpo. A no ser así, entonces sabríamos porque perdemos a Dios. Es necesario entonces que jamás conozcamos a Dios. Este absurdo es enseñado, en miles de lugares, por maestros versados en el arte de la evasión, en miles de universidades en todo el mundo. Una vez más: debemos buscar a Dios y la Vida, obedecer a Dios y a la Vida, adorar a Dios y la Vida, ofrecer sacrificios a Dios y a la Vida, construir templos y palacios en el nombre de Dios y de la Vida, escribir poemas y componer músicas por la gloria de Dios y de la Vida, pero nunca, bajo pena de muerte, deberemos *conocer* a Dios como Amor. Esta regla no admitió excepciones a lo largo de los últimos milenios. Y más: *nunca ningún hombre o mujer se atrevió a hacer preguntas al respecto.*

Conocer a Dios como Amor es confirmar la existencia de Dios, es tornarlo accesible, es hacer al hombre capaz de vivir efectivamente lo que él es incapaz de vivir ahora: este conocimiento llenaría cualquier exigencia de todas las religiones,

constituciones, leyes, códigos de conducta moral y ética, valores, ideales y sueños. ¡Pero no! Es prohibido conocer a Dios como a la Vida como amor físico.

Todo esto se debe al hecho de que sólo existe un camino que lleva al conocimiento de Dios y de la Vida viva: el ABRAZO GENITAL; un camino prohibido para siempre, NUNCA TOQUES ESO! Todos los niños pasaron por eso. No toques eso - es decir, los órganos genitales.

Y es así que el hombre sufre la nostalgia de Dios y de la Vida, que él bebe a Dios y la Vida, exhala a Dios y la Vida, mata a Dios y la Vida dentro y fuera de sí. Pero el hombre nunca podrá distribuir a Dios y la Vida. Él no sabe lo que es sentir Dios o la Vida de una manera activa. Sólo puede experimentarlos pasivamente, recibirlos, imbuirse de ellos, disfrutar de ellos, utilizarlos para los más diversos fines; para sentirse mejor, para curarse, para hacerse rico con ellos, para volverse poderoso, para influenciar a los demás, para engañar. Pero un hombre rígido nunca podrá irradiar a Dios o a la Vida. Esto está inextricablemente ligado al DAR AMOR, AMOR GENITAL, EN EL ABRAZO AMOROSO; esto está prohibido, maldito y asesinado en el recién nacido.

Así, el hombre sólo puede recibir el amor, no puede darlo. La fuerza vital, de la cual se alimenta, sirve a otros fines que no le gustan dar. Penetrando en el cuerpo, ella se torna «carne», pues el cuerpo quedó rígido e inmóvil. El amor divino se transforma en lujuria; el abrazo, una fosa hedionda y cínica, hecha de odio, codicia, represión, posesión, violencia y desgarramiento, fricción y alivio, lucha y cobranza de responsabilidades matrimoniales, con abogados, reporteros, difamación pública, hijos despedazados carentes de amor, la venganza, las pensiones alimenticias, la amargura.

El resto viene naturalmente, en virtud de una lógica cruel y despiadada, hasta la crucifixión de Cristo.

CAPITULO V

LA MISTIFICACIÓN DE CRISTO

Leamos atentamente, reflejando bien, el Sermón de la Montaña. Sustituyamos la palabra «Padre», que quiere decir «Dios», por «Fuerza Vital Cósmica». Entendamos por «mal» la degeneración trágica de los instintos naturales del hombre. Tengamos siempre en mente el encadenamiento de las tendencias primarias y naturales y de las tendencias secundarias, pervertidas, crueles. No olvidemos que lo que se llama «naturaleza humana» encierra el mal «diabólico», es decir, la crueldad, consecuencia de la frustración de la necesidad primaria del amor y de la satisfacción del amor en el abrazo de unión. Consideremos este “mal” como el dragón que defiende el acceso al amor divino en el hombre. Y ahora leamos el Sermón de la Montaña:

*Padre Nuestro que estas en el cielo,
Santificado sea vuestro nombre.
Venga a nosotros tu reino,
Sea hecha tu voluntad. Así en la tierra como
en el cielo.
El pan nuestro de cada día dánoslo hoy.
Y perdonad nuestras ofensas,
Así, como nosotros perdonamos
A los que nos han ofendido.
Y no nos dejes caer en la tentación, sino
líbranos del mal.
(Mateo, 6: 10-13)*

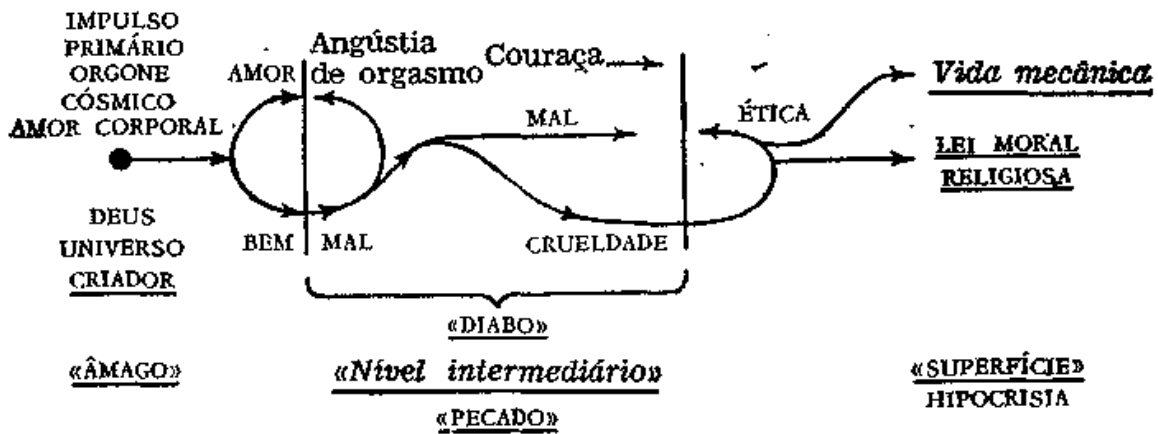
*Nuestro Amor-Vida que estás en el cielo,
Santificado sea tu nombre.
Venga a nosotros su reino.
Sea hecha tu voluntad. Así en la tierra como
en el cielo.
El pan nuestro de cada día dánoslo hoy.
Y perdonad nuestras ofensas,
Así, como nosotros perdonamos
A los que nos han ofendido.
Y no permitas que nuestro [amor sea
desvirtuado, pero líbranos de nuestras
perversidades]*

Dios Padre es la energía cósmica “fundamental”, de donde toda la existencia deriva y cuyo flujo atraviesa nuestro cuerpo, como atraviesa todo lo que existe. Pero Dios Padre es también la realidad inalcanzable del AMOR CORPORAL, mistificado e idolatrado a través de la noción de Cielo.

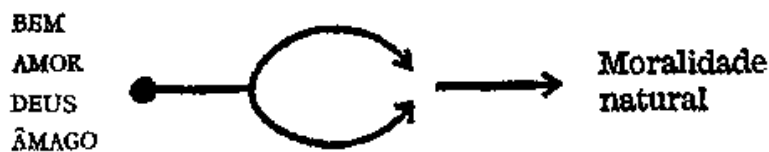
La mistificación consiste en adorar, en el espejo, la imagen de una realidad inaccesible, tantalizante, impracticable, inabordable y, por lo tanto, insoportable que está en el fondo de nosotros mismos.

La humanidad:

1. No distingue la naturaleza humana primaria de la secundaria, y no las disocia.
2. No comprende el mal diabólico («Peste Emocional» - «Pecado») como la primera consecuencia de la frustración del BIEN-DIOS-VIDA-AMOR (incluso el ABRAZO GENITAL).
3. No sabe, por lo tanto, cómo el mal pudo venir al mundo, si su creador es bueno.
4. No es capaz de liberarse sola del Diablo y de la dicotomía mecánico-mística.
5. No sabe crear leyes (no las leyes morales, sino las leyes naturales) que protejan el amor primario, divino, corporal, contra la peste emocional llamada «pecado».
6. No puede abrir las puertas de la prisión en que los fundamentos biológicos del hombre se encuentran cerrados, impidiendo que éste de a conocer a Dios y el Amor.
7. No es capaz de dejar de proteger el mal, la peste emocional.



8. . No es capaz de hacer accesible su propio medio para anular la peste emocional («pecado») del nivel intermedio, de modo que:



El amor que proviene del núcleo, una vez hecho inalcanzable, constituye la esencia de la mistificación de Dios.

El asesinato de Cristo, que representa el amor divino en el cuerpo, se desarrolla a

través de las épocas con una lógica implacable.

A partir de este momento, la Vida sólo puede ser concebida como algo divino e inaccesible, trascendente y no pasible de ser conocido. Así, a través de las épocas, el hombre sólo verá sus experiencias de la Vida viva como a través de un espejo, como espejismos. Y el hombre empleará todas sus energías, todo su espíritu, toda su habilidad, toda su creatividad, para mantener alejada de sí la realidad de la vida; transformará cada simple realidad (excepto las realizaciones mecánicas, sin vida) en una imagen mística, para no ser obligado a enfrentarla. Él sentirá la Vida, pero de lejos, como a través de una pared o de la niebla. Sabrá que hay algo que tiene atributos divinos, quiere darle el nombre de Dios, de Eternidad, de Destino Superior de la Humanidad, de Éter, de Absoluto o de Espíritu del Mundo; pero cerrará cuidadosamente todas las entradas que le permitan conocerlo mejor, familiarizarse con él, desarrollarlo. Este alejamiento del Cristo auténtico, real y vivo no se produjo sólo una vez, al inicio de la era cristiana. Sucedió mucho tiempo antes de la aparición del nombre de Cristo en la historia de la humanidad; y prosiguió después de que Cristo fue muerto. Cristo fue sólo una de las víctimas, la más ilustre, de esta tragedia permanente. Y más: Cristo se convirtió en el símbolo del sufrimiento y de la redención del pecado del hombre, porque nadie mostró tan claramente como él las virtudes de la vida viva, y nadie fue asesinado de una manera tan tonta, tan vergonzosa. *En la historia de Cristo, el hombre intentó, en vano, comprender y resolver el enigma de su existencia miserable.* El esfuerzo no tuvo éxito, pues el hombre no pudo, ni antes ni después del Asesinato de Cristo, llegar a donde quería: *llegar a su propio yo.* Él hizo de Cristo el símbolo de su propio misterio y de su propio sufrimiento y, al mismo tiempo, se vedó a sí mismo la posibilidad de comprenderlo, porque lo sometió al proceso de MISTIFICACIÓN. Mirando a Cristo a través de un espejo, haciendo de él una imagen real pero inaccesible, el hombre bloqueó el acceso a su propia naturaleza. Se comprende ahora porque no se encuentra, en los miles de libros escritos sobre Cristo, una sola referencia al hecho de que fue *el mismo hombre quien mató a Cristo*, porque Jesús representaba la Vida.

Pero el mismo hombre que asesinó a Cristo y después hizo de él su Dios más amado guardó, de una cierta manera, a través de los tiempos, la noción de su error trágico, pero lógico. Como prueba tenemos las iglesias magníficas, las grandes obras de arte, la música espléndida, los sistemas de pensamiento extremadamente elaborados que él creó en honor de Cristo, para glorificarlo. No podemos dejar de tener la impresión de que toda esa celebración en torno a Cristo servía para hacer olvidar su asesinato, para apagar, hasta el último vestigio, cualquier sospecha de tal crimen, y para hacer posible la continuación de la masacre, desde los tiempos que se siguieron a la crucifixión y al final de la Edad

Media, hasta la quema de cruces, a la matanza de negros de habla suave y cuerpo suave en el Sur de EEUU, y a la matanza de seis millones de judíos y franceses indefensos, y otros, en la Alemania de Hitler.

Desde el verdadero asesinato de Cristo, y todo lo que llevó a él, hasta el asesinato de negros en Cícero, Estados Unidos, de pacifistas en la Unión Soviética, de judíos en la Alemania de Hitler, mucho tiempo pasó, marcado por acontecimientos de importancia primordial. Sin embargo, el examen detallado de todos estos acontecimientos no revelará el mínimo rasgo de la verdadera naturaleza del Asesinato de Cristo, pues esconder el asesinato y sus motivos es una de las características de la peste. Las víctimas del asesinato varían. Las razones *post hoc* (*después de ello*) del asesinato varían. Los métodos de ejecución varían de un país a otro y de una época a otra. Poco importa si Danton fue a la guillotina, si Lincoln fue muerto por una bala en la cabeza; si Gandhi recibió una bala en el pecho, si Wilson o Lenin, aplastados por el sufrimiento de ver sus sueños despedazados, murieron de un ataque apopléctico; es siempre el mismo hilo rojo básico que marca el camino oculto que lleva a Dreyfus a quedarse preso durante cinco años por un crimen que no cometió; o un juez criminal a condenar a veinte años de prisión a un inocente, que agradece y perdona como un buen cristiano, mientras el juez y el fiscal criminal quedan en libertad; o miles de personas buenas que CONOCEN la verdad y no tienen coraje de hablar, porque hay gente maledicente y calumniadora a la izquierda en la ciudad. Y todo esto comenzó con la primera mistificación de Cristo por sus discípulos.

Los discípulos de Cristo no entienden realmente lo que él les dice. Tienen sólo una vaga idea de la gran promesa que les trae. Ellos la sienten y beben de ella a grandes tragos, pero no pueden digerirla. Es más o menos como si alguien arrojase agua en un barril sin fondo. Los hombres vacíos se llenan de agua, pero el agua desaparece como en la arena, y ellos desean más. Soportan el sufrimiento de una frustración continua. Es el Cristo, el redentor, el que se coloca delante de ellos y les da de comer, que los consuela, que los intriga, que les habla del tiempo del reino de Dios sobre la Tierra y que todavía les muestra, aquí y ahora, señales del reino de Dios... Y, sin embargo, todo sigue lejos, inaccesible, frustrante; ellos deben contentarse con la imagen, sin tocar nunca la esencia. Pueden devorar el puro fluido, pero no sabrían retenerlo. Él los atraviesa rápidamente, como en un estremecimiento nervioso, pero no permanece y, peor aún, queda SIN EFECTO. Ellos escuchan las palabras de Cristo con el oído atento; pero esas palabras sólo los intrigan. Intentan repetir las, pero no sirve nada. Incluso cuando se cansen en reproducir sus palabras, suenan vacías, son como el eco mecánico que devuelve la montaña lejana. Cuando las PALABRAS dejan de fluir de sus labios, el eco enmudece en las montañas, ELLOS SON COMPLETAMENTE VACÍOS, NO

TIENEN NADA PARA RECOGER ESAS PALABRAS Y RETENERLAS.

Ellos tienen la impresión de ser desiertos, tierras áridas. Es algo que no perciben claramente; la impresión está escondida allí en el fondo, como la mayoría de sus experiencias. Pero la conciencia de esta terrible situación está con ellos, innegable y dolorosa.

Hacen todos los esfuerzos de que son capaces para aprender las lecciones de Cristo y repetirlas. Pero pronto se dan cuenta de que no lo comprenden, ni están en condiciones de comprenderlo. Por eso parece expresarse por parábolas misteriosas. Cristo no es misterioso. Sólo les cuenta historias fáciles de entender, conmovedoras. Pero como están cerrados como ostras, lo juzgan misterioso, casi obscuro, distante, fugitivo, extraño, diferente, como si lo vieran a través de la oscuridad y la niebla. En realidad, la oscuridad y la niebla son de ellos y no de él. Darse cuenta de ello significaría reconocer que son muertos vivientes. Por eso es a él, y no a ellos, que la niebla parece envolverle.

Cuanto más agudas y directas son las observaciones de Cristo, más lo sienten distante. Y así sucede un fenómeno que se puede observar en todas las reuniones públicas: cuanto más simple y claro el discurso de un orador, más vacías son las intervenciones de los oyentes, más crece la distancia entre el auditorio y la tribuna y más aumenta la admiración mística de los oyentes por el orador.

El abismo que se abre nunca más se cierra: es el gran abismo entre la impotencia efectiva de la multitud y su identificación mística con el orador. En ese abismo, los Hitler, los Estalines, los Mussolinis, los Barrabases, los malhechores de todos los tiempos y de todos los países desprenden su influencia sobre la multitud. Esta no lo sabe cómo proceden, evidentemente. Ahí está, exactamente, el origen de la miseria que se abatió sobre el siglo XX. Pero nadie habla de eso.

La mistificación de Cristo, que comienza cuando los discípulos lo colocan tan lejos de ellos, no significa que ellos no lo amen profundamente, que no lo admiran ingenuamente, ya que no están dispuestos a morir por él. Sólo significa que ellos tienen la impresión de que nunca pueden asemejarse a Cristo, mientras Cristo tiene la impresión correcta de que ellos pueden ser como él. No es Cristo quien retrocede en relación a ellos, sino que son ellos quienes, lentamente, imperceptiblemente, lo colocan a distancia. Este es el primer paso para su instalación definitiva en el pedestal, donde parecerá intocable, inigualable. Él está, como suelen decir, «mil años delante de su tiempo», es decir, es ineficaz. Ellos intentan, imitarlo; y se quedan infelices porque hacen tantos esfuerzos vanos. A medida que renuevan sus intentos, los alcanza la convicción de su propia

indignidad. De esta convicción se origina un cierto sentimiento de odio, un odio casi imperceptible, que no suplanta el amor por Cristo, que nunca se manifiesta claramente en sus conciencias; pero este odio no se apagará a lo largo de los siglos. Cristo desafía su existencia emocional, social, económica, sexual, cósmica. Ahora bien, ellos son absolutamente incapaces de modificar o contrariar sus hábitos. Están rígidamente corrompidos, emocionalmente estériles, inmovilizados, refractarios al desarrollo.

No llegan, en realidad, a establecer contacto con las enseñanzas de Cristo. Sólo sienten el calor de sus palabras. La enseñanza de Cristo es para ellos un medio de mantenerse calientes en su desierto glacial. Esto, en sí, no tiene ningún sentido. Las palabras y los actos de Cristo constituyen sólo una nueva ocasión de escapar a la toma de conciencia de su verdadera naturaleza, de su nulidad, de su nada. Ninguna glorificación ulterior de ese «bravo pescador», de ese «campesino sin malicia», de ese cobrador de impuestos, encubrirá o podrá encubrir el vacío de esas personas insignificantes y la importancia que tenía para cada uno de ellos el encuentro con un ser vivo como Cristo.

No considerar la cuestión crucial del vacío emocional de los hombres y de la rutina equivale a abandonar cualquier esperanza de mejorar la suerte de la humanidad. Es trágico percibir lo que el pueblo hace con sus líderes en potencia, y la respuesta de los líderes, que, más tarde, hacen lo mismo: mistificación, idealización, hipocresía, glorificación del sufrimiento, falsa admiración por la ingenuidad. A través de estos métodos, los líderes intentan mantener en el pueblo el espíritu de inercia, en lugar de hacerlo salir de su inmovilidad; el pueblo, por su parte, relegando a los líderes al aislamiento, les impide realizar las reformas fundamentales que son siempre, y no pueden dejar de ser, desagradables y dolorosas. Es ese hábito de adulación recíproca, esa atmósfera de hipocresía entre el pueblo y sus líderes, que constituye la causa profunda de la fealdad de la política, de su agitación fútil y vacía, de las guerras que provoca, que no son otra cosa que el asesinato de Cristo a gran escala.

Como el pueblo es absolutamente incapaz de asumir lo que sea, corresponde al líder mostrarse poderoso y ayudarlo. Como el líder es, en general, un mortal como los demás, hay que colocarlo en un pedestal, aunque su poder y su esplendor sean falsos. Este falso poder y esplendor, los retratos inmensos, los uniformes, las condecoraciones y cosas del género, son accesorios indispensables a la poca importancia y a la nulidad del pueblo. Los líderes y los dirigidos se elevan recíprocamente a las alturas del falso poder del Estado y de la falsa grandeza nacional. Pensemos en el reinado «milenario» de Hitler, que sólo duró diez años, o incluso en los ochenta años del Reich alemán, que nada son

comparados con un único acontecimiento biológico. El misterio no está en el poder de los hombres del Kremlin, sino en la nada y en el vacío absoluto en el que se basa.

La diferencia entre un Jesucristo y un Hitler o un Stalin en cuanto a las trágicas relaciones entre el pueblo y sus líderes reside en esto: el dictador abusa tanto como puede del estado de incapacidad en que el pueblo se debate. Él no duda en decirlo abiertamente y es aclamado por eso. Dice a las masas que sólo sirven para ser sacrificadas por la gloria de la Patria, y ellas marchan. No porque el dictador les invita a morir, sino debido al poder de su personalidad, a su magnetismo, que les permite participar de su fuerza y mostrarse vigorosas. Ellos vienen a beber, y el dictador les da cuanto quieran. En realidad, no llegan a satisfacerse, pues son incapaces de retener lo que recibieron; pero se sienten animadas e intrigadas, y sienten la necesidad de marchar, de aclamar, de gritar, de identificarse con la grandeza de la nación. Ningún sociólogo de nuestro siglo se atrevió a explorar el caos profundo del comportamiento de las masas. Esto porque la peste cerró y disfrazó la salida de la prisión.

Stalin hace lo mismo, pero de una manera más sutil, más sofisticada. Él se queda en segundo plano y tira de los cordeles detrás de las cortinas. Son sus retratos que hablan por él. Su posición es modesta, él no ostenta condecoraciones, pero es precisamente esa modestia la que desfila mentirosamente en la plaza de Moscú. Su fondo es diferente del de Hitler, y es ese fondo de la gran revolución de 1917 que dicta su comportamiento. Al final, admira la acción más rápida y eficaz de Hitler, como prueba el hecho de haber firmado el pacto con Hitler, en 1939. Stalin sustituirá al exhibicionismo por la astucia. Y lo hace con mucho estilo. Pero, en un punto, no es diferente de Hitler: como éste, Stalin crea una imagen con la que el pueblo desorientado se identifica, queriendo adquirir la fuerza del líder, la cual pronto se desvanece.

Mientras dan al pueblo la oportunidad de contemplar los misterios del liderazgo, están garantizados. No serán asesinados. Pero muchos Cristos son asesinados, lo que se entiende muy bien.

Con Cristo las cosas son diferentes. Él no sucumbe a los atractivos de la mistificación. No acepta pronto el lugar de jefe que le ofrecen; y si, al final, se somete a ese papel, lo hace de tal manera que el asesinato se torna inevitable. Él acepta ser líder sin renunciar a su verdadera naturaleza, y es por eso que debe morir. Es aquí donde reside su verdadera grandeza cósmica.

Se pasará dos mil años antes de que el pensamiento humano alcance el punto

crucial del problema del asesinato de Cristo, tan escondido y disfrazado en medio de millones de páginas, llenas de palabras de admiración, de exasperación, de adulación, de interpretación, de conmiseración, de expectativas de salvación y de excitación. Se pasará dos mil años antes que, en las profundidades de la noche, un hombre solitario capte, en algún rincón en los confines del mundo, el horror del drama. Esto es lo que dice:

EL TRAGADOR

Soy rico como la Tierra negra y abundante.

Alimento las cosas que absorben.

El tragador no sabe lo que aspira.

Sin embargo:

La buena y vieja Tierra nunca se rebeló
cuando devastaron los campos,
cuando excavaron el suelo,
cuando cortaron cada árbol del bosque.

La tierra se cubrió de arena
cuando el suelo se fue.

Nunca reordenaron los campos:
¿el cachorro devuelve lo que succionó?

Me sacaron mi conocimiento
para curar el alma del enfermo,
y la herramienta que he construido
para captar la esencia misma de Dios.

Y lo tomaron en mi nombre
y lo amarraron alrededor del pescuezo,
como protección contra el frío helado
que castigaba su carne dolorida.

No se interesaron por la gracia
de amar y cuidar.

No tenían ojos para ver,
ni manos para tocar;
ni sentido para vivir la gracia.

Devastaron simplemente los campos.

Y la Madre Tierra no se rebeló,
ni los arrojó.

Se cubrió sólo de luto
donde la multitud había habitado.

El suelo rico y bueno,
que había salido fértil,

se fue,
porque ellos nunca devolvieron la gracia.
No tenían almas:
ofrecieron para recibir;
para aprender, para sacar provecho;
y adoraron, para ganar.
Nunca, nunca buscaron el espacio
con los brazos, el corazón o el cerebro.
El movimiento de anhelo
se fue de sus pechos
excepto para AGARRAR.
Sus labios no podían besar,
su sonrisa estaba congelada.
A esto llamaron su «pecado»
y para ser libres de él,
predicaron a su redentor
en la cruz del hechicero.

Esta es la importancia universal del Asesinato de Cristo.

Cincuenta años de tecnología, después de doscientos cincuenta años de ciencia natural experimental, promovieron al hombre del carro tirado a caballo a la nave espacial. Ocho mil años, llenos de graves problemas de la naturaleza humana, no acercaron al hombre, ni un centímetro siquiera, a la comprensión de sí mismo.

Es evidente que el hombre nunca se comprendió a sí mismo, porque nunca se atrevió a hacerlo; cerró todos los accesos al conocimiento de sí mismo. Debe haber una razón para ello. Ya hemos visto algunas de las cosas que el hombre esconde de sí mismo. Pero ¿CÓMO CONSIGUIÓ ESCONDERLAS DURANTE TANTO TIEMPO Y TAN EFICAZMENTE?

De nada sirve proclamar que es indispensable comprender la naturaleza humana, crear grandes sociedades para estudiarla, reunirse en congresos para discutir el problema, sin tomar primero en cuenta que el HOMBRE HACE TODO PARA evitar la COMPRENSIÓN DE LA NATURALEZA HUMANA.

Entre las cosas que el hombre hace para evitar el conocimiento de sí mismo, están las engañosas conferencias sobre la naturaleza humana. El futuro social dependerá de que el hombre continúe o no huyendo de sí mismo y asesinando a Cristo.

Perpetuando el Asesinato de Cristo, el hombre está aserrando la rama bioenergética sobre la que está apoyado, privándose así de las fuentes básicas de todo lo que posee. Todo esto es ahora bien conocido, desde el estudio de la economía sexual que, a finales de los años veinte, refutó un cierto número de teorías psicoanalíticas y dio énfasis a la estructura del carácter de los individuos como factor sociológico decisivo de la historia. Pero ese descubrimiento ya no es novedad, ni impidió el Asesinato de Cristo, desde que algunos sociólogos se apropiaron de él y le vaciaron enteramente de su contenido esencial, la biogenitalidad del hombre. Por eso son hoy saludados como los grandes sociólogos de nuestro tiempo.

Sabemos hoy que el motor de toda la existencia humana es alimentado por la bioenergía (genital). Sabemos también que el magma total del cuerpo fue eliminado del hombre por la coraza que nuestra sociedad aplica a cada niño desde el nacimiento y que el hombre cerró así su única válvula realmente potente de autorregulación social y el único acceso emocional a su propia naturaleza. También observamos hechos de menor importancia, tales como la representación del ambiente familiar del bebé y del niño a través de la idea de dioses y diosas, que siguen sustituyendo la noción de padre y madre.

Pero todo eso serán sólo inutilidades teóricas si no vamos a la raíz del horrible mal que impide al hombre conocerse a sí mismo y dominar su Yo, tal como ha aprendido a dominar tan perfectamente el medio ambiente mecánico que lo rodea. Sin embargo, antes de hacer cualquier cosa para poner fin al Asesinato de Cristo, hay que detectar la manera como el hombre mantiene ese asesinato escondido. En caso contrario, el Asesinato de Cristo continuará impertérrito, a pesar de todo el conocimiento acumulado en los libros y de todos los congresos sobre la naturaleza humana. Sería como si conociéramos todos los detalles de un motor, pero no pudiéramos hacerlo funcionar. Para comprender las razones que permitieron al hombre cometer durante tanto tiempo el Asesinato de Cristo, es absolutamente indispensable conocer el modo de acción de la Energía Vital Cósmica y lo que ella puede hacer por el hombre si la dejan actuar libremente, sin la represión de la coraza del carácter.

Es de importancia capital comprender la razón por la cual el hombre colocó un ángel armado con una espada llameante delante de la entrada del paraíso. Para entrar en el paraíso, no basta saber cómo es; es necesario aún ser capaz de penetrar en su santuario más profundo. En cierto modo, está prohibido ver ese santuario; nadie -con excepción del más graduado de los pastores de Dios- tiene el derecho de penetrar en el templo tripartito. Moisés no debe mirar el rostro de Dios; Dios es mistificado en la creencia católica. Dios es sustraído de todo

contacto directo con el cuerpo y el espíritu del hombre, y está protegido por espadas llameantes y amenazadoras. En realidad, el guardián no es otro que el propio hombre: ÉL SE PROTEGE DEL DESASTRE. PUES LA HUMANIDAD SUCUMBIRÍA AL DESASTRE SI EL HOMBRE, TAL COMO ES HOY, ENCONTRASE Y CONOCIECE A DIOS. Él haría de Dios lo que hizo del amor, del conocimiento, de los recién nacidos, del socialismo y del intercambio de bienes a través de los tiempos: una porquería, una abominable porquería propia del *Zé-Ninguém* (don Nadie).

Todo esto parece extraño y sin sentido. ¿Por qué el conocimiento de Dios y su contacto con los cuerpos y los espíritus tendría que ser un desastre social? Si Dios es la Energía Vital que creó todas las formas de vida, y antes de todo el universo entero, porque es que tocarlo y conocerlo, lo que sería la mejor manera de vivir su vida, sería desastroso y estrictamente prohibido?

Para entender mejor este problema debemos primero observar algunas de las consecuencias de los métodos usados por el hombre para matar a Cristo.

Los asesinos de Cristo se impondrán victoriosamente contra la verdadera doctrina y las verdaderas intenciones de Cristo. Ellos asesinan el sentido de su enseñanza, lo mistifican; comenzarán por la desaparición de su cuerpo de la sepultura en que había sido colocado después de la crucifixión. Sólo dos mujeres, María Magdalena y María, madre de Jacobo, habían visto el lugar del sepulcro. Al día siguiente, cuando volvieron a embalsamar el cuerpo, había desaparecido.

La religión cristiana podría haber surgido simplemente de la manera como un líder espiritual como Cristo fue crucificado; de su irradiación y de su sabiduría límpida; de su lucha contra los escribas y los fariseos; de su nueva interpretación del Antiguo Testamento, tal como nos ha sido transmitida por los evangelios; de su gran amor por los hombres y por los niños, de la ayuda que él daba a los enfermos. Habría sido innecesario hablar de milagros, pues un hombre que irradiaba fuerza como él era ciertamente capaz de curar el alma enferma de sus contemporáneos. Todo buen psiquiatra del siglo XX logra realizar el «milagro» de aliviar la decadencia emocional, y, en ciertos casos, hasta el sufrimiento físico. De tal forma había ya suficientes experiencias emocionablemente intensas para que se desarrollara una religión.

Imaginemos, por un momento, lo que podría haber sido tal fe religiosa, si la transformación mística de Cristo, después de su muerte, no hubiera ocurrido.

Sus elementos esenciales habrían sido los de la actual doctrina de la fe cristiana:

amar al prójimo y perdonar, es decir, comprender los motivos del enemigo. Hacer el bien, como lo exige la mayoría de las religiones. Adorar a Dios, que es Vida, y cumplir fielmente la voluntad del creador de todos los seres. Revivir los elementos vivos de la antigua religión judía que los pastores corrompidos redujeron a fósiles. Llevar una vida moral y resistir las tentaciones del mal. Dar a los pobres y ayudar a los enfermos.

Los preceptos morales habrían sido los mismos que encontramos aún hoy en muchas iglesias cristianas, reformadas y modernizadas. El Cristo podría ser visto, al igual que Mahoma o Buda, como un Hijo de Dios. Pero lo que da a la Iglesia Cristiana su dinamismo particular no son los elementos que ella comparte con otras religiones y que poco varían de una a otra. La gran fuerza de la fe cristiana, y más especialmente del catolicismo, reside en la mistificación de Cristo.

Cualquiera que sean las formas de esta mistificación, observamos siempre un núcleo donde derivan los detalles y que confiere a esta religión su coloración típicamente cristiana:

LA DESENCARNACIÓN DE JESUCRISTO Y SU COMPLETA ESPÍRITUALIZACIÓN.

El horror físico de la última agonía estaba en flagrante contradicción con la fe ardiente de Cristo. La consideración hacia el cuerpo desaparece. El espíritu se elevó siempre más alto, hacia el cielo. Los cristianos se negaron a admitir que un hombre hubiera sido cruelmente mutilado. El propio cuerpo destrozado fue transformado espiritualmente.

Los herederos de Cristo tienen conciencia de la existencia del amor cósmico del cuerpo, pero, habiéndole aprisionado, exhorta a una humanidad melancólica a reencontrar a su Dios detrás de las rejas. Vive Dios en tu cuerpo, pero no pienses en tocarlo - dicen ellos a la humanidad.

Después de la desencarnación y la espiritualización completa de Cristo, el puro amor físico que él había vivido se perdió para siempre. Si la Iglesia Católica quisiera admitir de nuevo el puro amor físico de Cristo, distinguirlo del perverso «pecado de la carne», suprimiría de un solo golpe la mayoría de las contradicciones de sus aspectos cósmicos. Muchos artificios imposibles para rechazar el puro amor físico, como el «nacimiento virgen», «la condenación del amor físico», etc., perderían su razón de ser. El enorme abismo entre el aspecto cósmico del cristianismo y la exclusión de la única vía de que el hombre dispone para llegar a sus orígenes cósmicos, es una escandalosa discordia y una

contradicción peligrosa. ¿Pedir a los herederos de Cristo que reabren el camino del cielo es pedirles más? Si ellos rechazan, el “pecado” seguirá existiendo. El cielo quedará cerrado. Un gran error devastará millones de almas humanas. Y la peste continuará, año tras año, a flagelar la vida de los hombres.

Una cosa es evidente para todos los que vieron de cerca la transformación del deseo físico en ideas espirituales de pureza en los enfermos mentales y en los equilibrados que sufren las consecuencias de una frustración aguda: la transfiguración mística de Cristo emerge de la necesidad imperiosa de desviar la atención de las tremendas implicaciones biofísicas de su ser terreno y de sus enseñanzas. El mero hecho de que, en la más oscura doxa de todas las Iglesias, el credo católico, el pecado del deseo carnal sea el eje de toda la teología y de toda la espiritualidad cristiana, nos muestra claramente qué razón, y de qué manera, la doctrina de Cristo NECESITO de ser mistificada.

Si hubiera sido instaurada una religión cristiana conforme a la verdadera naturaleza biológica de Cristo, habríamos llegado directamente a lo que, en 1952, en el momento en que escribo este libro, son las tendencias de los actuales conocimientos bioenergéticos orgánicos.

Esta es una afirmación tan importante y tan llena de consecuencias que exige que se demuestre su exactitud a través de algunos razonamientos simples.

La existencia de Cristo fue -como subrayamos muchas veces- la de un hombre muy simple, dotado de un gran poder emocional, viviendo en medio de personas sencillas, en un contexto campesino. Todo trabajador social, todo el médico o educador que ha trabajado con lo que solemos llamar «gente sencilla», sabe que su miseria genital se encuentra en el centro de sus preocupaciones y de sus anhelos. En el mundo occidental no sólo es más frecuente que los anhelos económicos, sino también más difundidos, mientras que en las grandes comunidades asiáticas es la causa inmediata y la fuente de la miseria económica.

Cualquiera que sean los esfuerzos para aliviar la gran miseria económica de las masas asiáticas, nada se hará válido antes de remediar su miseria emocional y genital (ver LA REVOLUCIÓN SEXUAL). Es precisamente esa miseria lo que impide a esos millones de miserables combatir su miseria económica, o incluso de pensar en ello. Es una agonía, para esos millones de personas, escapar de su milenaria esclavitud, tan encadenadas están por la mistificación de su amor físico. Ello termina en nuevos desastres que los vendedores ambulantes de la libertad nunca dejan de explotar. Pero, colocado ante una civilización en declinación, ningún hombre de Estado se atreve a mencionarlo. No darse cuenta de ello es, en

sí, un nuevo ejemplo de una de las características fundamentales del Asesinato de Cristo. Pocos padres y madres, pocos educadores o adolescentes afirmarían que no es así.

La aterradora miseria económica de las grandes masas asiáticas nunca podrá ser aliviada si no se ataca de manera resuelta, y a fondo, su miseria genetal (superpoblación por falta de un eficaz control de natalidad, sistemas de moral rígidos, etc.) que es la base de la gran decadencia social. La estructura patriarcal de esas sociedades constituye el marco dentro del cual la miseria nace y se desarrolla. Y en ninguna parte el Asesinato de Cristo se impone a los ojos con tanta evidencia como en las grandes sociedades asiáticas. Ninguna región del mundo se arriesgó tanto a convertirse en presa del Fascismo Rojo, que es el tipo *per se* del Asesinato mecánico de Cristo, practicado bajo la capa de un superado sistema ideológico racionalista que ignora todo acerca de la naturaleza cósmica de las emociones humanas.

CAPITULO VI

EL GRAN ABISMO El Inmovilismo del Hombre

Cristo será finalmente asesinado en el año 30, no porque él haya sido bueno o malo, porque haya traicionado a su pueblo, o desafiado a los talmudistas del sinedrio, ni porque un celoso gobernante del emperador haya interpretado mal sus palabras y visto en él al «Rey de los Judíos»; no porque se haya rebelado contra la ocupación romana, o porque haya venido para morir en la cruz y rescatar los Pecados del Hombre. Él no es un simple mito que la jerarquía cristiana haya creado para «reinar más fácilmente sobre el alma de los hombres». Cristo no es el resultado de la evolución económica en una cierta fase de la sociedad; él podría vivir en todos los países, en cualquier situación y bajo cualquier condición social. Él siempre sería muerto de la misma manera. Él tendría que morir, cualquiera que fuera el tiempo o el lugar. Y ahí está la significación emocional de Cristo.

El mito de Cristo extrae su fuerza de realidades crueles pero bien disfrazadas en la existencia del hombre acorazado. En Cristo, el hombre ha buscado, durante dos mil años, la clave de su propia naturaleza y de su propio destino. En Cristo, el hombre descubrió la esperanza de la solución posible de la tragedia humana. Cristo había sido asesinado incluso antes de haber nacido. Y él sigue siendo muerto todos los días del año y a todas las horas del día. La masacre continuará sin parar mientras no se haya comprendido de manera total y concreta el destino de Cristo. **El destino de Cristo representa el secreto de la tragedia del animal humano.**

Cristo debía morir a lo largo de los siglos, y continúa muriendo porque es Vida. Hay, tanto en el pasado y en el presente, un ABISMO infranqueable entre el sueño de la Vida y la capacidad del hombre de vivir la VIDA. Cristo debía morir porque el hombre ama la vida más que su propia estructura se lo permite. Él es completamente incapaz de recibir la Vida tal como es creada por Dios, regida por las leyes de la Energía Vital Cósmica.

Una mujer fea, que se ve siempre hermosa en un espejo, como desearía ser y cómo sería si las condiciones de su crecimiento hubieran sido diferentes, será llevada a romper la imagen reflejada por el espejo. Nadie, ningún ser vivo podría soportar una existencia fea si tuviera siempre delante de los ojos, caminando

sobre dos graciosas piernas, la personificación de sus potencialidades plenamente desarrolladas.

Se puede seguir teniendo esperanza de salvación mientras la salvación consista sólo en una interpretación estéril del Talmud, mientras que ella es sólo una simple idea expresada en un cántico o una oración. En ese caso, hasta se apreciará la esperanza, la espera vibrante de un día futuro en que todo será como en nuestros sueños. La esperanza da fuerzas y hace irradiar un dulce fuego interior; es como una bebida alcohólica temida durante una subida difícil, en un atajo escarpado.

Con la esperanza orientada hacia un futuro lejano, desligada de toda la obligación de realizar esa esperanza paso a paso, en todas las horas de la vida, transformando esa esperanza en Vida, podemos instalarnos en el inmovilismo en que permanecemos hace veinte, treinta o cinco mil años.

INSTALARSE es la consecuencia lógica de la inmovilización humana. Desde el principio de la vida que cada uno se prepara para instalarse tan cómodamente como sea posible. La niña atraviesa rápidamente el período en que sueña con un héroe rubio en un caballo blanco que la arrancará de su servidumbre, o que la despertará de su sueño milenario para desposarle y hacerla feliz para siempre. Todas las películas le muestran la manera de llegar a una situación sosegada. Nadie le explica lo que sucede después de que el chico se casara con la chica. Nunca. Esto suscita una intensa emoción y, con ella, la acción.

La persona se instala como empleado, como médico del interior, como fiscal, como tintorero chino, aunque haya venido de China a Estados Unidos, o como restaurantero judío, vendiendo a los clientes de Nueva York el mismo «*gefüllte fisch*» (pescado relleno) que en Minsk. El inmovilismo favorece la calificación profesional y el trabajo, que, a su vez, le garantizan mayor seguridad. Todo esto no es reprobable; es absolutamente necesario. Sin tal inmovilidad, el hombre no podía, dadas las condiciones de vida, asegurar su subsistencia y la de su familia. Sin instalarse en el inmovilismo, el hombre no podría ser un buen ingeniero de puentes o un buen diseñador. Él no podría, si no se acostumbra a un género de vida inmóvil, ejercer la función de minero, de cobayo, de albañil, de montador de chapas de metal. La necesidad absoluta de acomodarse aparece claramente tanto en la existencia de un lavador de ventanas neoyorquino como en la de un chino que tira de su jinrikisha ⁴.

⁴ *Jinrikisha*; vehículo ligero de dos ruedas que se desplaza por tracción humana.

Es así perfectamente coherente que toda la evolución social se haya hecho hasta hoy bajo la presión de una conmoción exterior, de guerras o de revoluciones, que sacaron a las personas de las posiciones en que se habían instalado. Hasta hoy, no hubo ningún desarrollo que partió de un movimiento interno de los hombres. Todos los movimientos sociales siempre han sido de orden político, es decir, artificiales, impuestos por el exterior, y no productos de dentro del hombre. Para que el hombre sea capaz de un movimiento de su propia decisión, él deberá primero despertar internamente, sin ser llevado por estímulos exteriores. El impulso para moverse, para modificar lo que lo rodea, para acabar con su eterno inmovilismo, debería ser inculcado en la estructura del hombre desde el principio y hábilmente desarrollado como una característica básica de su ser, como sucedió, por necesidad, en el caso de los pioneros americanos o de los antiguos pueblos nómadas.

Ningún venado, ningún oso, ningún elefante, ninguna ballena, ningún pájaro se podría instalar en el inmovilismo como lo hacen los hombres. Ellos inmediatamente languidecerían y morirían. Una visita al parque zoológico nos mostrará los efectos de la inmovilidad sobre los animales salvajes.

La inmovilización provocada por la coraza física y emocional no sólo toma al hombre capaz de instalarse como suscita en él el deseo de instalarse. Cuando el alma y el cuerpo se vuelven rígidos, todo el movimiento es penoso. Puede observar a sus vecinos durante diez años, viendo que las mismas personas hacen las mismas cosas, en las mismas horas del día, año tras año. El inmovilismo debilita el metabolismo energético, impide toda la excitación viva. Él facilita las relaciones de «buena vecindad» con las personas, predispone a la amabilidad, a la aceptación de la rutina de todos los días, a una filosofía que no se perturba con los grandes o pequeños problemas de la vida. El inmovilismo es, para el hombre acorazado, civilizado, un «don de Dios». Permanecer instalado en el lugar es una de las adquisiciones, uno de los hábitos más preciosos de la humanidad.

El inmovilismo del hombre acorazado resulta en el inmovilismo de las naciones y de los cultivos. China se mantuvo inmóvil durante milenios, complacientemente, como un océano ligeramente ondulado y con tempestades ocasionales, que provocan olas de cincuenta a cien pies de altura. ¿Pero qué son esas ondas comparadas a una profundidad de cuatro millas? Nada. Nada podría entorpecer la meditación de un océano, y nada podría perturbar o confundir las culturas milenarias del hombre acorazado. Es verdad que las culturas nacen y mueren, que las civilizaciones se crean y desaparecen. Pero esto no tiene gran importancia a la luz de la tragedia fundamental de la humanidad, que culmina en el Asesinato permanente de Cristo. Es verdad que las civilizaciones desaparecen si sus hijos se

cansan de soportar el inmovilismo. Ellos organizan entonces pequeñas o grandes revoluciones, declaran guerra a las otras naciones, pero al final de cuentas todo regresa al orden; después de haber destruido con gran clamor alguna cultura milenaria, la nueva nación o nueva cultura, al fin de algunos decenios, vuelve a asemejarse a la que suplantó, actuando exactamente de la misma forma. Basta pensar en los pocos cambios que se produjeron entre la Primera y la Tercera Guerra Mundial.

Todo depende del punto de vista en que nos colocamos para juzgar tales acontecimientos. Después de todo, un pájaro se asemeja, en sus líneas generales, a una ballena. Si observamos el pájaro en relación al árbol en que él hizo el nido, todo lo que él emprende está de acuerdo con las proporciones de las hojas y del gusano que trae a los pichones. Pero esto pierde su detallada magnitud si se observa desde el punto de vista de una ballena.

Las discusiones filosóficas sobre la ciencia y la moral, que se oyen en ciertas reuniones universitarias, son complicadas y no les falta grandeza en la precisión minuciosa del lenguaje y del pensamiento. Pero comparadas con la importancia del problema de la existencia humana, que EVITAN, pierden gran parte de su significado. La distancia entre lo que es y lo que DEBERÍA SER es importante. Ahí entran las soluciones por el aplastamiento y matanza de las masas. Pero el misterio de la historia de Cristo, que tiene la clave de la existencia cósmica del hombre, es infinitamente más serio. Desde su punto de vista, LO que es y lo DEBE SER no son un problema. El es y el devenir están unidos a la solución de la cuestión cósmica.

Todas estas discusiones no se distinguen mucho de los diálogos de Platón o de las discusiones de Sócrates con sus discípulos. Evidentemente, hay diferencias, ya que tantas cosas cambiaron en dos mil quinientos años. Pero, básicamente, son lo mismo, y se descubre con sorpresa que desde el principio de la historia escrita de la humanidad todo permaneció inmóvil, en el mismo lugar.

Evidentemente, es sensible la diferencia entre un automóvil que circula en 1950 en Estados Unidos y un camello que atraviesa Palestina en el año 30 d. C. Las personas vivían y pensaban de otra manera, tenían otros problemas, otras costumbres y otras viviendas. Pero la época no nos es tan extraña como la superficie de la Luna. E incluso la superficie de la Luna debe parecerse un poco a las Dolomitas italianas.

El problema de Cristo es mucho más amplio, se refiere al conflicto entre el movimiento y las estructuras congeladas. Sólo el movimiento es infinito. La

estructura es finita y estrecha. En el fondo, hay identidad entre lo que el hombre hace y el destino que enfrenta. La historia, de cierta forma, permaneció inmóvil porque el hombre, que la escribe, está inmóvil. El Asesinato de Cristo podría suceder y sucede en nuestros días como sucedió entonces. Los actuales conflictos económicos y sociales reflejan exactamente los conflictos de aquel tiempo: emperadores y gobernadores extranjeros, una nación dominada, impuestos fiscales aplastantes, odio nacional, celo religioso, la colaboración de los líderes del pueblo oprimido con el opresor, etc. Para comprender la historia de Cristo, hay que empezar a pensar en dimensiones cósmicas.

De alguna manera. Cristo no se enmarca en esto. Él no se enmarca ya en su época; no se encuadraría hace seis mil años, como no se encuadraría hoy. ¿Podemos imaginar a Cristo vivo en la catedral de San Esteban o de San Pedro, caminando y hablando como habló, comiendo y viviendo con pecadores y prostitutas como él hizo? Esto es imposible. A pesar de eso, estas catedrales fueron construidas en su honor. ¿Por qué no podría caminar en estas catedrales? No es porque, como se dice, el hombre haya degenerado u olvidado a Cristo, o porque los pastores se hayan corrompido. Tenemos buenas razones para creer que el pueblo y los pastores y sus emociones, esperanzas y temores no han cambiado desde el tiempo en que adoraban a Cristo en persona hasta hoy, cuando adoran su espíritu. También esto permaneció inmóvil.

No, no es la posterior degeneración de la Iglesia que hizo al hombre olvidar a Cristo, pero es, hoy como hace miles de años, el GRAN ABISMO entre la gran esperanza y el Yo verdadero y real; entre la fantasía del Yo y la realidad del Yo; entre la energía móvil y productiva y la energía congelada.

Cuando Cristo comenzó su misión, a los treinta años, no perturbaba nada ni a nadie. Él sólo caminaba, lleno de gracia, por entre las personas y a ellas les gustaba mirar sus esperanzas en ese espejo. El Asesinato empezó a desarrollarse cuando la esperanza empezó a provocar movimiento. Cristo era móvil de más. No demasiado móvil en el sentido de la Vida viva. Por el contrario, a veces se tiene la impresión, a partir de lo que nos cuenta el evangelio, de que en ese punto él era un poco exigente, fijándose un poco más en principios. Él tenía el ser, por supuesto, y luego veremos por qué la vida viva desarrolla en el hombre —y por qué tiene que desarrollar— principios rígidos y una seriedad exagerada, si se pretende colocar contra la naturaleza inmóvil del hombre.

Pero Cristo, en toda su ingenuidad, pretendía acción. Él se tomaba tan en serio como un ciervo lo hace. “*Yo soy la Vida*”, ¡por supuesto! ¿Qué más podría yo ser?”, le escuchamos decir.

Cristo se rehusaba a quedarse en casa con sus hermanos y hermanas y con la madre, aunque los amó tiernamente. Prefería pasear por el campo, saludar al sol que se levantaba en el horizonte con su resplandor rosado. Le gusta ver a gente en diferentes lugares, aunque nunca ha abandonado Palestina. Nada nos permite suponer que Cristo, al principio de sus peregrinaciones, sintiera que era un salvador de la humanidad. Pero la historia de su vida y de todo lo que sabemos de la actividad humana en general nos muestra que al principio él era diferente de los demás y que se sentía diferente de los demás, ya que era incapaz de acomodarse. No tenía intención de pasar el resto de la vida atado a un banco de carpintero. Amaba a la gente. Se sentía benevolente para con ellas. Su familia era un campo muy restringido para su actividad desbordante y —podemos suponerlo, para su visión de la vida. Sabemos que la madre lo reprobaba por no restringirse más al ámbito de la familia. No tenía muy buenas relaciones con los hermanos y las hermanas. Más tarde, cuando se dejó seducir por el papel de líder mesiánico, invitaba a sus discípulos a dejar a los hermanos y hermanas, a los padres y madres para seguirlo. Él sabía que la vida familiar obligatoria impide cualquier movimiento que supere sus límites.

Esto también se comprende cuando se tiene en cuenta la contradicción entre la Vida en marcha y la Vida inmóvil. Si la Vida es verdaderamente Vida, se lanza a lo desconocido, pero no le gusta caminar sola. Ella no tiene necesidad de discípulos, de adeptos, de sumisos, de admiradores, de aduladores. Lo que le es necesario, lo que no le puede faltar, es el compañerismo, la camaradería, la amistad, la familia, la intimidad, el aliento de un alma comprensiva, la posibilidad de comunicarse con alguien y de abrir el corazón. No hay, en absoluto, nada sobrenatural o extraordinario. Es simplemente la expresión de la vida auténtica, de la naturaleza social de los hombres. A nadie le gusta o puede vivir en el aislamiento, sin arriesgarse a enloquecer.

Pero ese anhelo profundo por el compañerismo tiende a tornarse amargo, es decir, transformarse en una exigencia; incompatible con la vida viva, si los amigos y los compañeros permanecieran ligados a sus familias, a sus mujeres, a sus hijos, a su trabajo. Todas estas conexiones tienen sobre ellos el efecto de un freno. Nos retienen en el momento en que es necesario dar un gran salto. Todos los grandes líderes conocieron esta dificultad. Piden a sus fieles que abandonen todo y los sigan, sólo a ellos. Fue así, y será siempre así, tanto en la Iglesia Católica y como en el Fascismo Rojo. La misma regla se aplica a cualquier capitán y a su tripulación. Se aplica a cualquier jefe militar, a cualquier jefe de equipo encargado de un trabajo que exija movimiento y una gran libertad de acción.

La diferencia entre el llamamiento de Cristo y las exigencias de los demás arriba mencionados reside en que éstos disponen de unidades constituidas y organizadas según un esquema rígido, implicando la renuncia a toda forma de inmovilismo, mientras que Cristo no tenía, al principio, intención de fundar una iglesia o un movimiento político. Sólo quiere rodearse de amigos en sus peregrinaciones, y descubre que son insignificantes, incómodos, que lo retrasan e impiden su alegría de vivir. Esto no tendría mucha importancia si sus amigos no lo hubieran cautivado para ser un futuro Mesías. Poco a poco, son ellos, sus amigos, los que se transforman en admiradores y adeptos. Al principio son los adeptos quienes determinan las reglas que los líderes les imponen, y nunca lo contrario. No hay nada en nuestro mundo social, y nada puede haber, que no sea fundamentalmente y primordialmente determinado por el carácter y comportamiento del pueblo. No hay excepción para esta regla, sea para donde sea que se mire.

Para empezar, son los amigos de Cristo, ahora sus admiradores, que lo inducen a exigir que abandonen a sus familiares y sus actividades profesionales. No porque Cristo sea excepcional en su comportamiento, sino porque la vida viva actuará siempre, en todas las épocas, en cualquier contexto social, si tiene el deseo de avanzar resueltamente hacia lo desconocido sin quedarse aislada.

De esta manera, la vida se transforma en dominación, regla, exigencia, orden, restricción, sacrificio, así que enfrenta el inmovilismo de la multitud, de la «cultura», de la «civilización», de las opiniones establecidas en la ciencia, en la tecnología, en la educación, en la medicina. Si todas las personas se movían, no habría razón para todo eso. A ellos les gustaría hacer sus propios movimientos. Y serían ellas, y no algunos líderes o grupos, que cargarían la carga del progreso.

La gran mayoría de los hombres, en cualquier época o fase de la historia, nunca salió de su ciudad natal. Algunos no viajan porque son pobres. Pero la mayoría queda en el mismo lugar porque moverse les es penoso. Su energía Vital sólo les llega a alimentarse y a sus familias. Sólo algunos comerciantes y algunos bohemios viajan. Sólo a partir de mediados del siglo xx es que los viajes se convirtieron en un producto de consumo de masas y la gente empezó a ir al extranjero. Pero la inmensa mayoría pasa sus veranos en Nueva York, Chicago u otras ciudades como esas. No es cierto hablar de pueblos que viajan, si sólo una minoría lo hace, porque es la mayoría que determina todo lo que sucede. Y aunque todo el mundo viajara, esto no modificaría en nada la estructura fundamental de la humanidad.

No es porque viajar sea saludable y provechoso que se viaja hoy en día, sino

porque “está de moda”, porque el vecino miraría de lado si usted no hubiera visto los mismos países que los Jones. También se viaja porque «en Europa se puede comprar tanto con dólares». Sigue siendo inmovilismo.

Si Cristo va a Europa, no es porque allí el dólar compra más cosas que en los Estados Unidos. Él va para conocer a los pueblos europeos. Visita los museos como todo el mundo. Pero no los visita «por visitar», o «porque se debe ver» este o aquel cuadro. Va simplemente a ver la pintura. Y no es eso lo que generalmente se hace, de la misma forma que generalmente no se abraza un hombre o una mujer por el simple placer del abrazo, sino para hacer hijos. Esta actitud es extraña a Cristo. Por eso él será, y tendrá que ser finalmente asesinado.

El inmovilismo acompaña al viajero dondequiera que vaya. Por eso, se admira y venera a los que se mueven realmente. En sus viajes Cristo evita relacionarse con otras personas, a pesar de encontrar a muchas personas. Él viaja solo, con raros compañeros. Y aun cuando está con sus compañeros, se aleja un poco de ellos, precediéndolos de cincuenta o cien pasos, o aislándose en el bosque para meditar. Sus discípulos meditan muy raramente. La mayor parte del tiempo, hablan del Maestro, se preguntan sobre lo que él hace y porque puede hacer esto o aquello. Así, ellos siguen su propia imagen en un espejo, la imagen de lo que les gustaría ser pero no pueden ser.

En sus sueños, ellos ven en él al líder que, con su poder y su cólera divina, expulsará un día a los romanos de la ciudad santa. Por el momento, él espera y prepara el golpe. Pero el día de la venganza vendrá ciertamente. ¿No es él un líder? ¿No es su líder? Ellos están dispuestos a pasar por la prueba de fuego; por el momento el pensamiento de pasar con él la prueba de fuego los anima. Pero al final, lo abandonarán.

Intentan persuadirlo a hacer milagros, a hacer demostraciones de su poder divino. Para ellos, el poder divino es el rayo y el trueno, es el estruendo de miles de fanfarrias y de cañones, es el cielo que se estremece y la cortina del templo que se rasga. Los muertos saldrán de sus tumbas y el mayor de los milagros se producirá: las almas se unirán a los cuerpos y caminarán de nuevo, como lo hicieron hace mil años. Esto es lo mínimo que Cristo puede hacer por ellos.

En su futura religión no habrá más lugar para el Cristo auténtico, sino únicamente para los rayos y el trueno en el cielo y el temblor de tierra, junto con el retomo de los muertos.

Cristo no sabe nada de eso; nunca habló, nunca prometió enviar truenos, rayos,

temblores de tierra o rasgar colores. Él vive y viaja en otro mundo. La idea de una revuelta nunca germinó en su espíritu. El Reino que siente en sí mismo no es de este mundo: es lo que él les explicará poco antes de su muerte. Pero nadie comprende lo que él dice. Lo entienden literalmente. Un reino es un reino, ¿no es verdad? Y quien dice reino, dice rey, marchas, trompetas, cercos y conquistas de ciudades. Un líder dispone de poderes y los ejerce sobre los demás.

Esto es lo que esperan de Jesucristo. Por el momento, todavía se esconde. No quiso aún revelar su verdadera naturaleza. Y le instigan constantemente a revelarse, a darles una señal.

Cristo les pide no hablar a los demás de su influencia benéfica sobre las personas y los enfermos. Él nunca habla de milagros. Pero al final, cien años después de su muerte, los milagros ocuparán el primer plano, y no se hablará más de su negativa a hacer el papel de taumaturgo.

Cristo está contra la rebelión armada. Se niega a dirigir tal revuelta. Pregona la revolución espiritual, la revelación de las profundidades del alma. Cristo sabe que si las profundidades del alma no son liberadas y tornadas útiles, su generación no tardará en ver el día del Juicio Final. Cristo siente, más que sabe, que el hombre debe encontrar y amar el NUCLEO de su ser si quiere sobrevivir e instaurar el Reino de los Cielos.

Poco a poco, Cristo aprehende el abismo que separa su manera de ser de la de los otros. Dolorosamente comienza a percibir que deberá morir, tarde o temprano, y prepara a sus amigos para esa eventualidad. Sabe que debe morir, porque, a pesar de que cada pájaro tiene su nido, no hay lugar en este mundo donde el Hijo de Dios pueda descansar el cuerpo.

Si él cogiera la espada, como sus discípulos le pedían, no sería muerto o entonces sería muerto honradamente, combatiendo, y no ignominiosamente, en la cruz entre dos ladrones. Cristo sabe que debe morir, porque no hay lugar para él en el corazón o en el espíritu de los hombres. No saben absolutamente de lo que él les habla. Y él no se expresa en parábolas misteriosas. Sus propósitos son claros, como las cosas que él evoca. Pero ellos no tienen oídos para oír, o peor, se engañarán en cuanto al sentido de sus palabras, y por eso deberá morir.

Él cita a Isaías, que dijo:

“ Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí; en vano, pues, me honran, enseñando como doctrinas los mandamientos que vienen de los hombres ”

(Mateo, 14: 8,9)

Él sabe que la catástrofe no tardará en caer sobre él, que es *inevitable*. Y nadie vendrá en su socorro, porque, como dijo Isaías:

“Por más que oigan no entenderán, y por más que miren no verán. Este es un pueblo de conciencia endurecida. Sus oídos no saben escuchar, sus ojos están cerrados. No quieren ver con sus ojos, ni oír con sus oídos y comprender con su corazón... Pero con eso habría conversión y yo los sanaría”

(Mateo, 13: 14,15)

Esta es la CORAZA: ellos no oyen, ni ven, ni sienten con el corazón lo que ven, escuchan y perciben. No comprenderán jamás, y las palabras de todos los profetas de todos los tiempos resonaron en ellos en vano. Los mártires fueron muertos en vano, los santos fueron quemados en vano, el asesinato de Cristo sigue victorioso.

Todo lo que el corazón del hombre concibió, y el pensamiento humano abordó, todo lo que el sufrimiento humano reveló del secreto trágico del hombre fue pura pérdida. Los libros fueron apilados en un canto o castrados por una vana admiración. Los hombres sólo quieren ser llenados donde se sienten vacíos. *Nada puede llenarlos*. Dios fue irremediabilmente sepultado en ellos. Sólo será reencontrado en sus niños recién nacidos, si evitamos que sean injuriados por las manos de los acorazados. Pero Cristo tiene que morir, porque vio de cerca su secreto, porque se negó a aceptar la interpretación equivocada que *ellos* hacían del Reino de los Cielos, porque permaneció fiel a lo que sentía.

Y éste fue el modo en que acabaron por entregarlo a sus enemigos.

Él se resistió a las tentaciones del mal y del demonio. Resistió a la atracción del poder. Pero estaba ante una difícil elección, ante un dilema doloroso: ¿cómo ser líder del pueblo sin sucumbir a los vicios de los líderes del pueblo? Sabía que el poder no resolvería el problema, no podía resolverlo.

El poder es, en última instancia, el resultado del desamparo del pueblo. O los líderes toman el poder por la fuerza, o bien es el propio pueblo que los lleva a reinar sobre él. Un Calígula, un Hitler, un Djugashvilli mostraron un desprecio evidente por el pueblo al tomar el poder, porque habían comprendido lo que los hombres son y lo que hacen. Todo el poder de este género puede instalarse gracias a la inercia, a la complicidad o incluso a la admiración del pueblo.

El otro tipo de poder, *la seducción de los líderes para posiciones de poder, es una realización de los hombres vacíos e incapaces. Los hombres transforman las nuevas verdades liberadoras en un nuevo poder del hombre sobre los hombres.* Esto parece increíble. Sin embargo, se hace evidente cuando nos libramos de la actitud de conmiseración e idolatría del pueblo y de los hombres en general. Esta conmiseración y esa idolatría están entre los medios más eficaces con que la peste generalizada se protege. Mientras nos enorgullecemos de las personas, las alabamos y nos negamos a verlas como son, nunca descubriremos el atajo escondido que conduce a la comprensión de una montaña de miserables vetustas. La historia de Cristo sólo descubre este secreto porque Cristo no sucumbió a la seducción del poder.

He aquí los métodos que el pueblo usa para seducir a sus grandes líderes a ejercer poderes perniciosos.

Para empezar, las personas reverencian las ideas de lo que llamamos «progreso», saludando a los promotores de tales ideas, pero permaneciendo ellas mismas instaladas en el inmovilismo. Si no mataron inmediatamente la nueva idea, les queda calumniar o, entonces, torturar al pionero hasta la muerte. El abismo entre la capacidad de *tener esperanza* y la capacidad de *actuar* llevará, de todos modos, a sentir la nueva idea como una carga, como un recuerdo constante de su inercia, de su inmovilismo. Esta sensación de estar siempre trabado dará origen a un sentimiento de odio a todo lo que es nuevo, mutable y excitante. Visto por este ángulo, el odio a todo lo que vive es una manifestación racional por parte del hombre arruinado. La idea nueva, dinámica, hace temblar los hábitos de seguridad y comodidad emocional. *En este caso, la actitud conservadora se convierte en una actitud racional.* Esta seguridad, a pesar de ir matando al hombre poco a poco, es indispensable para su existencia. Sin ella, perecería. El alarde de los bufones y vendedores de la libertad no debería desviar la atención de este hecho. El bufón de la libertad que, por simple ignorancia o falta de espíritu de responsabilidad, reclama la libertad porque quiere hacer lo que bien entiende -con la intención de hacer *el mal*- después de haber matado al conservador que defiende el *statu quo*, sería absolutamente incapaz de asegurar el funcionamiento de las estructuras sociales y utilizará, para salvar la piel, procedimientos aún más crueles y violentos para suprimir la vida viva que los imaginados por los peores conservadores. Los imperialistas rusos del siglo xx, que vinieron de las capas populares, nos proporcionan un ejemplo histórico de este hecho que ha costado muchas vidas humanas.

Dadas las condiciones en que viven, los hombres son y necesitan ser conservadores. De nada sirve abandonar su ciudad y enfrentar lo desconocido si no tiene abrigo para protegerse del frío, ni pan para comer. Más vale, en esas

condiciones, quedarse instalado donde está, con una pequeña huerta detrás de la casa. Por la misma razón, las personas odian y deben odiar a los que perturban su seguridad emocional. Al hacer esta constatación, me vuelvo abogado del diablo, pero es poco útil combatir al diablo, a menos que se sepa primero porque está el mundo poblado de diablos.

El perturbador de los seguros hábitos del inmovilismo puede tornarse víctima de la aclamación de su grandeza e instalarse también en el inmovilismo. Esto sucede muy a menudo. En este caso no se ha realizado ningún avance real. Algunos hombres y mujeres habrán sentido una pequeña conmoción, un pequeño estremecimiento en sus órganos genitales dormidos, pero nada sucedió que pudiera perturbar la paz de la comunidad. Observad un poco a los orientales «instalados» y comprenderemos y veremos lo que quiero decir.

También puede suceder que el perturbador de la seguridad emocional no sucumba a la presión del inmovilismo del hombre. En este caso, será perseguido, tendrá que ser perseguido como un animal salvaje. O bien muere, y no le impedirá arrastrarse de la rutina. Una vez más, la situación de la comunidad no sufrirá muchos cambios; un poco de polvo será levantado en la carretera, o durante una pelea sin importancia en alguna taberna.

La existencia del hombre estará seriamente amenazada si el innovador o profeta no acepta instalarse con los demás, ni morir en silencio. **El peligro real se deriva del éxito del profeta.** Estas son las etapas para el desastre social general:

1. *La masa de hombres inertes se aferra, por intermedio de algunos pequeños grandes hombres, a una gran esperanza transmitida por un nuevo mensaje.*
2. *Estos pequeños grandes hombres no son tan inertes como el resto del rebaño humano. Ellos están vivos, son emprendedores, ávidos de éxito y de poder; no de poder sobre las personas, como hasta entonces.*
3. *Los profetas, que condenaron la vida pecaminosa y vieron nuevas tierras, mantienen sus promesas sin ver que crean así los fundamentos de un nuevo poder maléfico que ellos hubieran sido los primeros en condenar. A menos que hayan alcanzado un alto grado de abnegación y de sagacidad que les permita ver con toda claridad el abismo que separa, en el hombre, la esperanza del acto, la catástrofe social será inevitable.*
4. *Los pequeños grandes hombres se aferran a la nueva idea. Se quedarán embriagados con las potencialidades de la nueva visión. No tendrán la experiencia, ni la paciencia necesaria para percibir el peligro, ni para adquirir el conocimiento necesario para manejar la nueva visión. La gran visión los hará inevitablemente embriagados con sueños de poder, y ellos conocerán las embriagues del poder. Estos pequeños grandes hombres no van a querer el poder de inmediato. La*

embriaguez del poder es el resultado involuntario, pero cierto, de la mezcla de grandes visiones y poco conocimiento. De esta forma, un mal nuevo y peor se crea a partir de la espléndida visión de redención. Esta transformación de la visión en embriaguez de poder ganó importancia a lo largo de los siglos, a medida que el número de profetas aumentaba y más individuos que abandonaban el rebaño aparecían en el escenario social. *El inmovilismo del hombre, la visión del profeta y la transformación de la visión en embriaguez de poder* en los pequeños apóstoles de los grandes profetas es la tríada de donde procede toda la miseria humana.

Este pasaje de la visión del poder sobre los hombres es inevitable; se producirá mientras dure el abismo entre el gran sueño y la impotencia efectiva del hombre. Juan y Caifás, Cristo y el Inquisidor surgen de ese abismo en la naturaleza del hombre.

Es el dinamismo de este círculo vicioso que hizo de cada líder *socialista* de la primera mitad del siglo xx un burócrata del poder estatal sobre los hombres. La secuencia de estos acontecimientos es inevitable mientras el abismo no se cierra. La embriaguez del poder no es culpa de nadie, sino que es responsabilidad de todos. *No hay mayor peligro para los pueblos futuros que la conmisericordia y la piedad.* La piedad no quitará en el hombre el abismo que separa el sueño de la acción. Ella sólo lo hará perpetuarse. *En el sentido de la perpetuación de la miseria del hombre, los socialistas son enemigos de los hombres.* El conservador no tiene la pretensión de mejorar la suerte del hombre. Él proclama abiertamente que está a favor del *statu quo*. El socialista se presenta como el «líder progresista» que aspira a la «libertad». En realidad, él es el artífice de la esclavitud: no porque sea ésta su intención, sino porque sucumbe a la atracción del poder; es víctima de las masas humanas místicamente esperanzadas, pero, de hecho, impotentes.

Los sentimientos socialistas conducen necesariamente a la estatización. Así sucedió en todos los lugares donde la idea socialista fue tomada en serio. En los lugares donde el socialismo fue sólo un ideal humanitario, como en los países escandinavos en el siglo xx, la estatización no surgió como consecuencia. Pero en Inglaterra el socialismo naufragó; fue una catástrofe en Rusia, en la misma proporción en que el ideal socialista fue tomado en serio.

Nadie culparía a un líder socialista por no ver el abismo o por confundir la esperanza del pueblo de alcanzar la libertad con su capacidad para construir esta libertad. Pero podemos culparlos de oprimir, de maltratar y de matar a todos los que advirtieron el abismo y propusieron medidas -buenas o malas- para cerrarlo. Esto se aplica, en primer lugar, a los imperialistas rusos. Para ellos, el inmovilismo patológico del pueblo significa un «sabotaje» consciente de los

intentos del Estado. La abominable crueldad de los imperialistas rusos en relación al hombre sólo puede ser explicada por el choque que les causó el descubrimiento de la inercia humana, en el momento en que habían partido para construir «el cielo sobre la Tierra». No son las esperanzas de la humanidad que diferencian el credo de los Católicos Romanos del de los imperialistas rusos, ni la degeneración de una doctrina noble en un mísero engaño. Lo que distingue los dos sistemas es su diferente actitud frente a la debilidad humana. Sin embargo, durante la Edad Media, el Catolicismo presentó las mismas características del fascismo del siglo xx.

Es evidente que todo esto es trágico. El hecho de ser más agradable para el hombre NO tomar en serio sus ideales, que tomarlos en serio, es sólo una de las muchas paradojas creadas por la gran contradicción en la estructura humana, la contradicción entre los deseos del hombre y su inercia.

Cristo no sucumbe a la solicitud del rebaño que le propone llevarlo al poder. Él no crea, durante su vida, ningún gran movimiento, ni siquiera abandona el Judaísmo. No transforma ni siquiera su profecía en embriaguez de poder. Este será el papel de Pablo de Tarso. En la época moderna, Stalin es para Marx, lo que Pablo es para Cristo. Lenin está fuera de eso. No soportó el dolor de ver abortar el sueño ruso que él había vivido en el principio. Tuvo un ataque apoplético, así como Franklin D. Roosevelt en 1945, cuando comprendió lo que el Modju (*) de Moscú había hecho con sus actitudes amigables. *El verdadero Pablo del Fascismo Rojo es Stalin, el astuto Modju de Georgia, Rusia, incluso en los detalles del lenguaje, la doctrina, la crueldad, y la conversión de Saulo en Pablo.* Para Stalin, sucumbir a la embriaguez del poder fue más fácil que para Pablo porque no había en el tiempo de Pablo millones de hombres implicados en el desastre, pero ambos mostraron cada uno a su modo la misma crueldad.

Cristo nunca organizó facciones en los diferentes países. No pretende convertir a los pagos al Cristianismo; apenas incluye a los paganos entre los hijos de Dios, y nunca tuvo la menor intención de convertir a las personas contra su voluntad. Él no lleva al cristianismo a la gente. Espera que la gente venga a él. Entonces dice simplemente que el Reino de los Cielos en la Tierra es posible y está próximo. Él cree -como lo harán los liberales y los socialistas, dos mil años más tarde- que el hombre es bueno, y que son sólo las fuerzas exteriores que lo aplastan le impiden vivir su bondad. Él cree -cómo harán muchos después de él- que el Reino vendrá si el hombre se obstina en rezar seria y verdaderamente. Comete -como muchos antes y después de él- el error de pensar que la masa humana puede ser subyugada por los pocos emperadores y escribas talmudistas, contra su voluntad. Ignora completamente el hecho de que son los propios hombres que proceden a

la supresión de la vida. Siglos de crueldad, de muerte, de desesperación, de errores y de crímenes hediondos transcurridos antes de que una ínfima minoría empiece a tomar conciencia de que el hombre está emocionalmente enfermo. Y, aun entonces, los pocos que lo saben se adhieren al error y se rehúsan a ver la verdad clara, cara a cara. Creerán que los mentalmente enfermos lo son por herencia, como sus predecesores creyeron que eran poseídos por el demonio y, como tal, debían ser quemados vivos.

La gran evasiva de Cristo, que es Vida, traerá billones de crímenes a través de los tiempos. Convertirán naciones extranjeras al cristianismo por la fuerza, ignorando lo que Cristo quiso decir cuando habló del Reino de los Cielos dentro de nosotros. En el nombre del Cristianismo, con el fin de evitar a Cristo, la sangre será derramada, ahorcados penderán de los árboles, gritos resonarán por los muros espesos de las prisiones, y los insanos, que conservan el contacto con Cristo, serán encarcelados para siempre, todo en nombre de Cristo.

Y la pesadilla continuará bajo otro nombre, esta vez bajo el disfraz del Anticristo que pretenderá exterminar la fe cristiana por su crueldad e ignorancia, al mismo tiempo que sobrepasará, en cuanto al método y al número, cualquier cosa que cualquier inquisidor jamás pueda haber imaginado hacer. Ocho años fueron necesarios para llevar a Giordano Bruno a la hoguera; hoy, algunas horas son suficientes para fusilar a centenares de hombres y mujeres inocentes.

El odio reinará en el mundo, al mismo tiempo que palabras de amor y paz saldrán de labios fríos. Cristo no sabe nada del odio estructural, consecuencia del sentimiento de frustración del hombre. Serán necesarios cientos de años, y cientos de santos y de sabios, para ocultar el hecho de que alguien podría poner fin a la pesadilla, haciendo parar el Asesinato de Cristo en el vientre de billones de mujeres sedientas de amor que generan niños.

La catástrofe es *grande de más, estúpida de más y odiosa de más* en su monstruosidad para que incluso Cristo haya tenido conciencia de sus dimensiones. Él ama a las personas. Él cree demasiado en ellas. Con un amor tan profundo y sincero en el corazón, no es posible concebir al hombre como un ser rencoroso, abominable. El hombre no muestra abiertamente su odio. Lo disimula y lo vive, clandestinamente, de manera magistral. Su odio es bien disfrazado bajo la forma de odio al enemigo eterno, al emperador, al enemigo extranjero, de manera que ninguna alma llena de amor y confianza quiera o pueda soñar que ese odio exista en el hombre virtuoso. No es menos cierto que el amor posesivo de la madre por su hijo es verdadero odio; que la fidelidad rígida de la mujer a su marido es verdadero odio; en realidad, ella está llena de deseo por otros hombres. La

atención solícita de los hombres por sus familias es real odio. La admiración de la multitud por sus queridos líderes es auténtico odio, es un asesinato en potencia. Si dejamos al redentor darle la espalda a su rebaño, si dejamos al pastor abandonar a sus ovejas por un solo día, estas se convertirán en lobos hambrientos y despedazarán al pastor.

Todo esto es demasiado increíble para que pueda ser concebido y manejado. Pero es real. Es tan real que se sospecha, con razón, que este es el punto culminante de la gran evasiva de toda verdad, grande o pequeña. Para llegar a la verdad, esta gran mentira ha de ser descubierta. Y descubrir esta gran mentira significa el desastre para todas las almas involucradas.

El gran odio está muy bien escondido y controlado en la superficie, por lo que no puede hacer daño de inmediato. El niño lisiado emocionalmente por la madre en la primera infancia sólo reconocerá las consecuencias cuando, como hombre, se encuentre ante la tarea de amar a una mujer, o siendo mujer, se enfrente a los problemas de la educación de su hijo.

La distorsión de la gracia natural de una niña por la madre frígida y horrible sólo se develará cuando ella es madre y ha hecho infelices a su hombre y a sus hijos para siempre. El último pensamiento de tal madre, hasta su lecho de muerte, es la preocupación por la virginidad de su hija.

Esto es sólo una pequeña muestra de las escenas de miseria humana. El gran odio sólo será visible para el hombre o la mujer que luchan por la supervivencia digna de su amor y su tiempo de vida. Esto sólo será accesible para el cirujano que sabe abrir las emociones del alma humana sin matar el cuerpo con una ola de odio. La forma y el aspecto del odio varían de mil maneras, pero estos siempre permanecen ocultos. De hecho, todas las reglas de buena conducta y cortesía en la sociedad derivan de la necesidad de ocultar este inmenso odio. Cierta capa social desarrollará con el tiempo una etiqueta especial para engañar a todo el mundo, llevándola a olvidar la existencia del odio estructural. Los diplomáticos de la final de la era post-cristiana llegarán a una conferencia de paz, sabiendo que se enfrentan a un odio implacable, dispuesto a engañar, porque saben que esta es la única manera de controlar el odio. Nadie va a tener confianza en nadie, y todo el mundo sabrá lo que está pasando en la mente de los demás. Pero nadie lo mencionará. En las grandes convenciones de los principales consejos de higiene mental, cada hombre y mujer sabrá de la miseria de la pubertad a través de su propia experiencia y a través de la masa miserable que encontramos en los consultorios y centros médicos. **Todo educador sabe muy bien las causas de la delincuencia juvenil y su profunda significación: LA PRIVACIÓN SEXUAL EN**

EL APOGUEO DEL DESENVOLVIMIENTO GENITAL. Más nadie lo menciona. El gran odio se encuentra entre la miseria de los jóvenes y su potencial de desinfección. Y todos pretenden no ver este odio en el gran error de cortesía y convenciones sociales porque todo el mundo tiene miedo de unos a otros. Y, del mismo modo, continúan golpeando en la espalda de uno al otro, como si estuviesen domesticando animales salvajes.

Todo esto es la consecuencia inevitable del Asesinato permanente de Cristo.

El asesinato de Cristo es inevitable, no por causa del odio, sino porque **lo aman demasiado, de una manera que *no pueden satisfacer*.**

Cristo no quiere reconocer cuanto es diferente de ellos. Su amor por el prójimo lo imposibilita de tomar conciencia de la enorme diferencia, de que posee lo que no tienen, de que resuelve fácilmente las cosas que ellos intentan en vano resolver. Él es así porque siente y vive la Vida naturalmente, siguiendo su curso, mientras que ellos primero matan la vida dentro de sí mismos para después tratar de traerla de vuelta por la fuerza. La vida no puede ser forzada. No se puede forzar un árbol a crecer, esta es la gran esperanza contra los dictadores del mal.

Cristo sigue muy cerca de sus compañeros. Él sigue haciendo el bien a los demás. Los hombres y las mujeres que lo acompañan continúan aceptando sus dones y lo saben de tal manera que el hecho de estar cerca de él se convierte en una especie de segunda naturaleza.

Su continua presencia y su intimidad harán que ellos lo maten. Si él fuera remoto, distante por altivez o falsa dignidad, estaría a salvo. Pero él estaba siempre allí, humilde y simple, fácilmente accesible a todos, día y noche, en cualquier momento, un hombre como los demás en medio de la multitud. Secretamente ellos se preguntaban: ¿por qué el Maestro permite que nosotros, que tan poco sabemos y hacemos de su mensaje, quedamos siempre a su alrededor? Él es espléndido, pero un poco pesado para soportar. Ser solemne siempre y vivir la vida de Dios a toda hora es noble pero incómodo. Es verdad que el Maestro juega de vez en cuando, dice bromas cuando caminamos por montes y valles, y vemos a muchas personas y niños juntársenos y quedarse curiosos a nuestro respecto, pero no somos lo que parecemos ser. No somos santos, ni lo suficientemente perfectos; no somos discípulos verdaderamente dignos de él. ¿Alguien le oyó contar una broma sucia? Nunca. Sin embargo, él se da con prostitutas y cobradores de impuestos. Él es tan amable con todos; un poco de dignidad, de reserva en le haría mal. Un hombre más reservado será ciertamente su sucesor y representante después de su muerte.

Nada sabemos sobre su vida amorosa. Él nunca habla de eso, y es imposible saber con quién anda. Las mujeres lo aman, él es muy atractivo y viril. ¿Alguna vez le vio besar o cortejar a una mujer? Nunca. Él vino *ciertamente* del cielo. No puede ser un simple mortal. Los mortales juegan, beben, y a veces caen borrachos, y se reservan historias picantes sobre sus casos amorosos; joden torcidos y derecho y tienen sus pequeños secretos de los que todo el mundo sabe y habla. De vez en cuando van a un sitio lejano y se divierten a placer, para volver a ser, después, completamente virtuosos. Sólo viven para sus mujeres e hijos. Si, sabemos que muchos detestamos ese tipo de vida, pero ahí quedan, cultivando sus jardines, haciendo las cosechas, y durante la estación de las lluvias no hacen gran cosa, conversan un poco, sueñan o duermen la siesta. Se desconfían unos de otros y se desprecian, pero siempre son amables. De vez en cuando apedrean a una mujer que osó amar a un hombre que no era el suyo, pero en su totalidad su vida es tranquila y ordenada.

¿Por qué no tiene al Maestro una mujer? Dejó a su familia y pidió a los demás dejar a las suyas y que lo siguieran. Él siempre nos desvía de nuestra vida. Es penoso dejar nuestro mundo familiar y habitual para entrar en su... Nos gustan las emociones fuertes que nos proporciona, pero ¿cuándo se va a revelar?, ¿cuándo será el líder?, ¿cuándo dará una señal?, ¿cuándo aplastará a nuestros enemigos? Él siempre mantiene silencio sobre eso. Debería empezar a hacer algo. Algo grande. Mostrar al mundo su grandeza. Entonces, ser su discípulo sería mucho más fácil y cercano a nuestra manera de vivir. No podemos continuar para siempre andando por los campos, confortando a los pobres y llevando un poco de felicidad a los enfermos aquí y allá. Somos vistos como un grupo extravagante, extraño. Necesitamos algo grande, ruidoso, algo como fanfarrias, marchas, banderas y gritos, y mostraremos a los Romanos que somos sus enemigos.

El continuo amar, dar y llenar sus egos vacíos de nada sirvió. Ellos quieren vivir a su manera. Y Cristo no se dio cuenta de ello. Consiguieron convencerlo de hacer algo grande, estruendoso, impresionante, para ser reconocido como el Hijo de Dios. Y él, que resistió a la tentación del pecado y del poder, se deja llevar en una «Marcha sobre Jerusalén». Y como Cristo es muy diferente de Mussolini, que marchará mil años más tarde sobre Roma, y como esta marcha está en completa contradicción con su verdadera naturaleza, morirá miserablemente en la cruz.

A causa de su gran amor por los hombres. Cristo no comprende completamente al hombre. Él se siente como un líder que nunca debería abandonar su rebaño. Presiente una catástrofe inminente. Siente que su vida es incompatible con el

curso normal de las cosas. Nada sabe sobre la peste en el hombre, y durante dos mil años nadie percibirá la peste que amenaza al hombre. Y entonces él cedió. Sus enemigos sólo esperaban una oportunidad para matarlo. Estaba a salvo mientras vivió la vida de la vida. Se perdió en el momento en que comenzó a mezclar su vida con la vida de ellos.

Modosamente, él monta un asno y marcha delante de un puñado de discípulos a la gran ciudad, con el gran templo dominado por poderosos sacerdotes, y para la fortaleza del gobernador. Sabe que va a morir. “He aquí que vamos a Jerusalén; y el Hijo del Hombre será entregado a los príncipes de los sacerdotes, y a los escribas, que lo condenarán a la muerte. Y lo entregarán a los gentíos para ser escarnecido y crucificado, pero al tercer día resurgirá”. (Mateo, 20: 18,19) Él lo sabe y no obstante va. Él les dice que va a ser capturado y muerto, pero ellos no saben de lo que les habla. *Para ellos, se trata sólo de otra emoción.* Uno de esos misteriosos dichos que los llenan de una alegría ansiosa por un día o dos, hasta que les dé otra emoción. Nadie le dice que no vaya. Nadie lo retiene. Él ya está abandonado, aunque nadie lo ha notado. No tiene ni un único amigo con quien pueda contar. Los amigos habrían comprendido la situación, y no la habrían deseado. Los amigos habrían comprendido que sus modos no son los de este mundo de talmudismo y conquista, y que una ciudad inmensa no podría ser tomada de asalto por la Vida, montada en un burro. Los amigos le habrían dicho que tal iniciativa era ridícula y que así parecería a los ojos de todos; que la multitud vendría a verlo pasar, arrastrada por una curiosidad mórbida, como si se asistiera a un espectáculo de circo. Algunos gritarían «Hosanna en las Alturas», pero eso no cambiaría mucho.

Dos mil años más tarde, políticos organizarán marchas del hambre con los pobres de las grandes ciudades, durante el invierno helado, para exhibir a los futuros proletarios que regularán la sociedad. Algunos cantarán himnos a la libertad, otros gritarán «Abajo la burguesía», mientras algunos espectadores indiferentes se juntan en las aceras para ver desfilar esa procesión de fracaso, de pobreza y de miserias. Algunos de los participantes en la Marcha del Hambre intentarán en vano imitar la marcha de una gran parada militar. Tendrán incluso batidores delante de usted, y algunos tambores marcarán el ritmo de la marcha miserable. Soldados bien armados, en fila, de los dos lados de la columna, protegerán a los miserables del odio de la mayoría. Un día, la nación entera se llenará de piedad por los infelices ... y el final de todo será:

Y esto continuará:

Así como Cristo sabía bien que marchaba a la muerte, también esos

«libertadores» de la humanidad sabrán (y lo dirán en voz alta) que marchan al encuentro de la nada, y que caminan para establecer otro gobierno aún más cruel, más infernal que el precedente. Organizarán marchas de la miseria, plenamente conscientes de la inutilidad del emprendimiento. Marcharán porque no hay nada más que hacer, dadas las reglas que actualmente gobiernan la conducta humana.

Serán *contra* la revuelta, como Cristo lo fuera dos mil años antes de ellos. Sabrán muy bien que «aquello» está «dentro de ellos», para ser liberados de sus vidas oprimidas, y no para ser obtenido a través de marchas. Pero sus líderes no conocen ningún camino mejor. Se hará *de la manera usual*. Hacia fuera, en lugar de adentro.

CAPÍTULO VII

LA MARCHA SOBRE JERUSALÉN

La marcha sobre Jerusalén sirve para borrar el recuerdo constante del modo de vida de Cristo, que sigue golpeando fuertemente en nuestros corazones. Dos mil años más tarde, el flujo del amor y de la vida en el cuerpo será finalmente conocido y comprendido. La gente se reunirá en torno al que conoce esta vida e intentará obtener de él la potencia orgástica; intentará hacer que sea derramada sobre ellas. Tendrán que absorberla de su presencia y obtenerla a través de aquello a lo que se llama «terapia». Pero nadie sabe de qué habla, ya que nadie jamás sintió la excitación de la vida, y si la sintió, fue con horror. Desearán, pues, sentirla, pero no la dejarán crecer y desarrollarse en su vida total. Trabajarán arduamente en la cama para conseguirla; estudiarán libros para descubrirla; la buscarán en muchos abrazos de odio y de aversión; se matarán por no ser capaces de obtenerla, pero sofocarán el amor auténtico en el momento en que él toque sus sentidos o cuando lo vean en los bebés recién nacidos. Las madres se estremecerán de horror ante sus bebés: “¡Se mueve! ¡Él se mueve realmente! ¡Qué horror!”

Todo esto es, de alguna manera, conocido por los que marcharan a Jerusalén, como lo será para cada individuo dos mil años después, en las grandes ciudades de Europa, porque no hay camino que los haga más infelices que éste: no hay más nada que puedan llamar Dios, Vida o Cristo. Pero continúan matándolo, temiéndolo, prohibiéndolo, fusilándolo, colgándolo. Es un constante recuerdo de su verdadera miseria y por eso debe morir. La *American Medical Association* todavía no lo reconoció, y el Sanedrín continúa estudiando las palabras del profeta para encontrar el significado de la vida en 1950. Pero ellos matarán, tendrán que matar la vida, que en este momento marcha, montada en un burro, hacia Jerusalén, seducidos por el modo de vida aceptado, el modo asesino de vida. El hombre se apoderó de los caminos de Dios y de aquí en adelante los mantendrá prisioneros y fuera del alcance del cuerpo o de la mente, salvaguardados en letanías mecánicas, transformados en cruces muertas y catedrales imponentes.

La ridícula marcha en el dorso del asno debe ser borrada para siempre.

Ellos seducen a Cristo a marchar sobre Jerusalén, no porque no vean cómo es en realidad, ni porque entiendan el significado de su existencia. Ellos son seducidos por causa DE LA IDEA QUE TIENEN DE COMO UN PROFETA DEBERÍA SER Y ACTUAR. ¿Los libros de los profetas no anuncian lo que se debe hacer?

“Digan a la hija de Sión: ‘Mira que tu rey viene a ti con toda sencillez, montado en una burra, un animal de carga’”. (Mateo, 21: 5)

Este no es el camino de Cristo. Es el camino de ellos. Entonces ellos anuncian al mundo que éste era el camino DE ÉL, lo que no es verdad. Y aun los sueños eran muy pesados. Alguien tendría que soñar por ellos, para librarlos de toda responsabilidad. Cristo nunca soñó con conquistar Jerusalén. Este nunca fue su propósito. Muchas veces él reprobó los métodos de los Barrabases y de los emperadores en vano. Pero no había salida para él.

Dos mil años después, la energía vital cósmica será finalmente descubierta y puesta al servicio del hombre. Ella transformará milenios de pensamiento. Llenará las viejas lagunas del conocimiento humano, colmado de errores. Revelará el significado de Dios que se ha vuelto inaccesible a través de un misterioso proceso de cambio y de fanatismo. Llenará el espacio cósmico que se ha declarado vacío. Establecerá la legítima armonía del universo. Abrirá a las almas humanas sus propias fuentes de fe y de consuelo. Tendrá un gran poder terapéutico que ejercerá de manera sencilla. Creará nuevas maneras de pensar, que no serán místicas ni mecanicistas, sino maneras vivas, de acuerdo con el lugar del hombre en el esquema general de las cosas. Este será el camino de la Energía Vital.

Pero ellos no permitirán que esto suceda. Arrastrarán al descubridor para un inútil departamento bacteriológico y exigirán la confirmación de sus descubrimientos. Solicitarán a los físicos que pasaron sus vidas investigando, que apaguen cualquier vestigio de la existencia de tal energía cósmica, que «controlen» el descubrimiento de la vida. Desearán tener artículos elogiosos en los periódicos en que los matadores de la vida mantienen al público en la ignorancia de la Vida.

Los “libertadores de la clase obrera” explicarán al público que el descubridor no es miembro de las asociaciones psiquiátricas que les difaman en la tierra natal de los proletarios. Preguntarán por qué el nombre del descubridor de la Vida no está en *Who's Who*, y la razón por la que el fabricante de frigoríficos nunca ha oído hablar de él. Le invitarán a una gran confitería en la Academia de Medicina,

donde generalmente sólo se oye hablar de *Dolson*, la droga que, según la propaganda de la radio, lo cura todo.

En resumen, sólo quieren la *imagen* del cambio y desearán retener lo que detestan. Ellos sepultarán su gran esperanza antes de que nazca, exactamente como matan la vida de los recién nacidos antes del nacimiento para tener bebés tranquilos, bellos y fáciles de tratar.

Aspirarán a la redención sin darse el trabajo de cambiar y sin la molestia de conocerse primero a sí mismos. Cada palabra se convertirá en un *slogan hueco*, cada movimiento del cuerpo en una suma de movimientos mecánicos. Sus palabras serán los cadáveres de los pensamientos. En los libros de contabilidad y en el universo del espacio vacío, el cero es igual a cero, y nada se dice sobre los verdaderos problemas humanos.

Como el amor sólo va hacia dentro de ellos y nunca hacia fuera, acaban odiando al donante y al redentor. Perder la fuente de energía revitalizante significa perder la vida. Después del contacto con el Maestro, es intolerable sentir el propio vacío y la árida existencia. A partir de eso muchas ideas perniciosas se esparcieron entre los hombres, desarrollándose y persistiendo a través de los tiempos.

Se acentúa la idea de que el hombre tiene el derecho de andar libremente, elegir su lugar de trabajo, elegir su profesión, ir y venir como bien le convenga. Este hombre común no confiere el mismo derecho al pueblo, cuando se convierte en dictador; él rechazará ese derecho a su líder. El líder, ya sea funcionario del Estado, dirigente comercial o jefe militar, no debe, en ninguna hipótesis, dejar su rebaño o abandonarlo a su suerte. Él tiene que estar siempre allí, para servir al pueblo; un capitán nunca debe abandonar el barco que naufraga. Cualquier otra persona, sobre todo el héroe de las calles, puede, evidentemente, abandonar lo que quiera.

De esta mentalidad de aspiradores deriva la ideología del MÁRTIR. La necesidad de mártires creció a lo largo de los siglos. El descubridor tiene que sufrir por el bien que trae al pueblo. “Siempre ha sido así”, lo que quiere decir, por supuesto, que debe permanecer así: ¿no necesita «el pueblo» de alguien que pueda admirar, venerar, imitar? El sufrimiento del mártir debe ser visible y perceptible en todo; si este sufrimiento se pasa en silencio, nadie se molestará. Para convertirse en un héroe, un niño debe caer en un pozo bien estrecho, quedarse atrapado allí por muchos días y ser socorrido por un equipo de técnicos. La nación entera seguirá de cerca el acontecimiento. Pero cuando miles de niños sufren por la frustración de sus deseos no les interesa a nadie; y hasta se prohíbe que el asunto sea

mencionado en las escuelas y universidades, donde futuros padres y profesores se formen a millares.

El gran hombre debe sufrir. Nadie culpará a la plaga emocional que hace sufrir a los grandes realizadores. El hombre generoso, debe sufrir sin abandonar la lucha o el público le condenará severamente. El público tiene necesidad del héroe para provocar en las almas vacías una chispa de admiración. ¿Podemos imaginar al general americano, al vencedor de la Segunda Guerra Mundial, rehusándose a ir a pacificar, con el sudor de su rostro, las discusiones de los europeos que preparan la Tercera Guerra Mundial? Imposible. El general no tiene el derecho de reposar, de jubilarse, debe servir al pueblo. Si se niega, será calumniado y caerá en desgracia.

Otro ideal que deriva de todo esto es el “Ama a tu Enemigo”. Esto es extremadamente práctico y útil —*para el enemigo*. Cristo no ama a sus enemigos. Él condena a los escribas y los Fariseos en términos que no dejan dudas. Ataca a los mercaderes, voltea las mesas y esparce el dinero por el suelo.

“ Por lo tanto, ¡ay de ustedes, maestros de la Ley y fariseos, que son unos hipócritas! Ustedes cierran a la gente el Reino de los Cielos. No entran ustedes, ni dejan entrar a los que querrían hacerlo. ¡Ay de ustedes, maestros de la Ley y fariseos, que son unos hipócritas! Ustedes recorren mar y tierra para ganar un pagano, y cuando se ha convertido, lo transforman en un hijo del demonio, mucho peor que ustedes.

¡Ay de ustedes, que son guías ciegos! Ustedes dicen: Jurar por el Templo no obliga, pero jurar por el tesoro del Templo, sí. ¡Torpes y ciegos! ¿Qué vale más, el oro mismo, o el Templo que hace del oro una cosa sagrada? Ustedes dicen: Si alguno jura por el altar, no queda obligado; pero si jura por las ofrendas puestas sobre el altar, queda obligado. ¡Ciegos! ¿Qué vale más, lo que se ofrece sobre el altar, o el altar que hace santa la ofrenda? El que jura por el altar, jura por el altar y por lo que se pone sobre él. El que jura por el Templo, jura por él y por Dios que habita en el Templo. El que jura por el Cielo, jura por el trono de Dios y por Aquel que está sentado en él.

¡Ay de ustedes, maestros de la Ley y fariseos, que son unos hipócritas! Ustedes pagan el diezmo hasta sobre la menta, el anís y el comino, pero no cumplen la Ley en lo que realmente tiene peso: la justicia, la misericordia y la fe. Ahí está lo que ustedes debían poner por obra, sin descartar lo otro. ¡Guías ciegos! Ustedes cuegan un mosquito, pero se tragan un camello. ¡Ay de ustedes, maestros de la Ley y fariseos, que son unos hipócritas! Ustedes purifican el exterior del plato y de la

copa, después que la llenaron de robos y violencias. ¡Fariseo ciego! Purifica primero lo que está dentro, y después purificarás también el exterior.

¡Ay de ustedes, maestros de la Ley y fariseos, que son unos hipócritas! Ustedes son como sepulcros bien pintados, que se ven maravillosos, pero que por dentro están llenos de huesos y de toda clase de podredumbre. Ustedes también aparentan como que fueran personas muy correctas, pero en su interior están llenos de falsedad y de maldad.

¡Ay de ustedes, maestros de la Ley y fariseos, que son unos hipócritas! Ustedes construyen sepulcros para los profetas y adornan los monumentos de los hombres santos. También dicen: Si nosotros hubiéramos vivido en tiempos de nuestros padres, no habríamos consentido que mataran a los profetas. Así ustedes se proclaman hijos de quienes asesinaron a los profetas. ¡Terminen, pues, de hacer lo que sus padres comenzaron! ¡Serpientes, raza de víboras!, ¿cómo lograrán escapar de la condenación del infierno? Desde ahora les voy a enviar profetas, sabios y maestros, pero ustedes los degollarán y crucificarán, y a otros los azotarán en las sinagogas o los perseguirán de una ciudad a otra. Al final recaerá sobre ustedes toda la sangre inocente que ha sido derramada sobre la tierra, desde la sangre del justo Abel hasta la sangre de Zacarías, hijo de Baraquías, al que ustedes mataron ante el altar, dentro del Templo. En verdad les digo: esta generación pagará por todo eso.

¡Jerusalén, Jerusalén! ¡Qué bien matas a los profetas y apedreas a los que Dios te envía! ¡Cuántas veces he querido reunir a tus hijos, como la gallina reúne a sus pollitos bajo las alas, y tú no has querido! Por eso se van a quedar ustedes con su templo vacío. Y les digo que ya no me volverán a ver hasta que digan: ¡Bendito sea el que viene en nombre del Señor!”

(Mateo, 23:13-39)

La propuesta de Cristo “*perdonad a vuestros enemigos*”, que en verdad quiere decir, “*comprended a vuestros enemigos*”, ha sido distorsionada, así como ha sido distorsionado y descaracterizado todo lo que cae en manos de almas vacías. La peste jamás perdonará a sus enemigos; el mejor y el más seguro de los medios de represalia es ser amado por la víctima. Un procurador distrital, atacado por la peste, arrestará a un hombre inocente, sabiendo exactamente lo que está haciendo; él aislará a un padre o un marido durante veinte años, encerrándolo en una fortaleza de ventanas enrejadas. Alguien descubre el error después de veinte años y, a veces, puede ser que el inocente sea liberado. Después de soltarle, debe decir públicamente —es lo que se espera de él, so pena de algunas persecuciones

de la ley— que no guarda rencor a nadie. El carácter pestilente estará libre para cometer otro crimen contra otro inocente, que de nuevo deberá amar a su enemigo y no guardar rencor.

De esta forma, una gran idea nacida de una gran alma fue transformada en arma mortífera. A partir de la idea de que el líder nunca debe abandonar su rebaño de hombres desamparados, se encontrará, después de que el líder haya sido clavado en la cruz, otra idea, mucho más monstruosa: el líder *tuvo* que morir para redimir a todos los hombres de la humanidad. Es claro como el agua, y es por eso que nadie menciona esta pequeña joya de verdad: *ellos pueden seguir pecando, que el crucificado será siempre misericordioso y tomará sobre él, en su gran gracia, todos los pecados.*

¡Qué pesadilla de injunción moral! *Crucificar a un inocente para liberarse de los propios pecados.*

Cristo siente todo esto cuando entra en Jerusalén. Pero su amor por las personas obstaculiza. Él está prisionero, hacen con él lo que quieren; un líder debería morir por ellos. No es el estilo de Cristo. Esto no tiene nada que ver con Cristo, con su misión o con su manera de vivir. Es la manera de ellos. Y esto va a matarlo.

Aunque supiera toda la historia de la peste, cómo actúa y cómo captura a sus víctimas, no podría hacer nada. Percibió luego que la peste supo protegerse de cualquier ataque, que ella cerró por dentro todas las entradas de su dominio maléfico.

LA PESTE ES PROTEGIDA POR SUS PROPIAS VÍCTIMAS.

Durante milenios, nadie supo nada sobre la peste que infesta a las almas vivas, matando, calumniando, asesinando a las claras y clandestinamente, causando guerras, difamando, mutilando a los niños, distorsionando las grandes creencias religiosas, jodiendo, robando, engañando, apropiándose de los frutos del trabajo de los demás, mintiendo, apuñalando por la espalda, sujetando todo lo que es puro y translucido, confundiendo todos los pensamientos claros, deformando y aniquilando cualquier tenor de mejorar la suerte del hombre, saqueando la tierra, esclavizando a pueblos libres, trastocándolos para que no puedan hablar o quejarse, haciendo leyes para protegerse y proteger sus actos sucios, vanagloriándose, creando uniformes, medallas, usando la diplomacia, condecorando, siempre visibles para todos los ojos y, sin embargo, no siendo vistos por nadie.

Las almas vacías nunca beben los grandes pensamientos para cambiar el mundo para mejor. Sólo beben esos pensamientos para llenar sus almas vacías. Nada se hará contra la miseria. Los hombres honran, cuando no matan, a sus grandes sabios y profetas, no para mejorar sus vidas, sino por la ESPERANZA de calentar sus almas frías y estériles. Nunca acusaron a la peste que devasta la tierra y sus propias vidas. Acusan al tirano, pero no al pueblo que hace el tirano poderoso. Acusan a los legisladores, pero no al pueblo que, instalado en su eterno inmovilismo, hace posibles las malas leyes. Condenarán la usura, pero nada harán para acabar con ella. ¿Para qué molestarse? Aplaudirán a Cristo por atacar a los mercaderes, pero ellos mismos nunca dijeron una palabra.

La multitud extendió sus mantos en la calle, algunos cortaron ramas y las pusieron en el camino de Cristo a Jerusalem. Y la multitud gritaba: “¡Hosanna al Hijo de David! ¡Bendito sea el que viene en el nombre del Señor! ¡Hossana, en las alturas!”. Y cuando Cristo toma el camino del Gólgota, no vendrán a cantar Hossana en las Alturas. ¿POR QUÉ? ¿PORQUE ES QUE, en nombre de los cielos y del demonio, nunca nadie mencionó o apuntó esta discrepancia? Porque el pueblo gritará Hossana en las Alturas y volverá la espalda después, cuando la víctima, de los gritos de Hossana, está de rodillas en el suelo. Eso no tiene sentido, y sólo quien defiende la peste hallará eso natural. Racional y emocionalmente, debería ser lo inverso.

Cuando un líder está en camino de una posible victoria, debe ser seguido en silencio. Las personas deberían esperar y ver lo que es y cómo actúa en situaciones difíciles. Si el mismo líder se mostró digno de confianza, ¿no debería “el pueblo” correr en su socorro cantando HOSSANA EN LAS ALTURAS y entonces liberarlo y apoyarlo? ¡NO! ¿POR QUÉ? Ellos siempre estarán ausentes cuando el líder alabado cuando todo va bien, tenga problemas. *La peste entre los hombres del pueblo* consiste en esto. Esta manera de actuar es desventajosa para ellos mismos. Ella perjudica sus propias vidas, y no sólo para el líder.

De esta forma, la peste está protegida contra cualquier especie de ataque. Y como la peste habita y actúa en medio del pueblo, se deduce lógicamente que el pueblo no debe ser criticado. ¿Se oyó a alguien criticar al pueblo? Es claro que se puede ridiculizarlo en piezas y películas, podemos decir genéricamente que el pueblo es malo, así como podemos hablar sobre el pecado de manera general. Pero empecemos a ser concretos, digamos al pueblo como él es *en realidad*, y veamos lo que pasa. El pueblo no debe ser criticado en esta época de enaltecimiento del “pueblo”. El propio pueblo no quiere eso, y los políticos son suficientemente poderosos para castigar a los críticos del pueblo.

Además, no hay nada más importante, nada más crucial para la vida del pueblo, que saber la mala situación en que se encuentra. Él, y nadie más, es el responsable de lo que le sucede.

Cristo se rehusó a reconocer las diferencias y a hablar a los hombres como en realidad eran, y por eso tuvo que morir. No eligió ninguna de las maneras que un líder seducido debe adoptar. Las maneras serían las siguientes:

Despreciar al pueblo, no haber tenido de principio ninguna esperanza en él y ejercer poderes realmente maquiavélicos sobre él, como hicieron Gengis Khan, Hitler, Nerón, Stalin.

Aceptar los caminos y favores del pueblo, después de un inicio independiente.

Abstenerse de cualquier intento de mejorar su situación y ejercer solamente las funciones de administrador del pueblo.

Cristo, por el contrario, quedó preso a sus fundamentos básicos, sin atacar los métodos del pueblo, y murió por causa de su piedad. Murió y tuvo que morir porque se negó a reconocer el terrible hecho de que no sólo Judas, que se desenmascaró en la última cena, pero todos sus seguidores lo querían ver muerto; este hecho se concretó más tarde en el aislamiento total al que se redujo. La multitud que, unos días antes, gritaba «Hossana en las Alturas» fue apenas a observarlo mientras él cargaba la cruz hacia el Calvario, sin mover un dedo para socorrerlo. Le rechazaron lo que le dieron a Barrabás, es decir, una ayuda efectiva.

Hasta ahora, la historia no mostró otro medio de escapar al efecto del inmovilismo del pueblo. Pero también nadie hasta hoy ha intentado decir al pueblo de la Tierra toda la verdad sobre él mismo, rechazando al mismo tiempo aceptar el papel de líder del pueblo, en otras palabras, el papel de víctima de la mistificación compulsiva que es siempre el Asesinato de Cristo. Los resultados de tal procedimiento se manifestarán claramente y contarán su propia historia a su debido tiempo.

La masa de animales humanos no mata a sus líderes ni los derrumba con la intención de hacerles daño o por el placer de matar. Las personas, con raras excepciones, no son sádicas. Son inertes y morosas, pero no sádicas. Sin embargo, han ejercido una influencia decisiva en el desarrollo humano, impidiendo cualquier ataque contra su manera de vivir. Para empezar, fue el hombre quien creó sus religiones.

El inmovilismo, el absorber fuerzas y esperanzas, el conocimiento silencioso de su propia profundidad no son artificios. Esto es *estructural*. Automático. Esto es consecuencia de una naturaleza animal y, al mismo tiempo, inmovilizada por la coraza. El pueblo actúa, el pueblo no filosofa sobre las razones que lo llevan a actuar. Hace el mínimo necesario para su supervivencia. El pueblo es, por todas partes y siempre, el origen de todo el conservadurismo. El líder conservador puede confiar en sus hombres más que el líder que pretende edificar un futuro mejor. El zar, el emperador están más cerca de los verdaderos pensamientos del pueblo que el profeta; más cerca del su inmovilismo. Los profetas sólo reflejan los sueños y las expectativas silenciosas del pueblo. Es evidente porque es el profeta quien tiene que morir y no el emperador.

Comprender eso, y abandonar la adulación y el embellecimiento del pueblo, es la primera exigencia para cualquier abordaje válido de los asuntos sociales. Es muy característico de los escritores sociales ver apenas la realidad del comportamiento del pueblo, o bien sus sueños. Rara vez hablan de aquella y de éstos al mismo tiempo. Para el escritor social, en general, el pueblo es idealista, bueno, honesto, pero oprimido por fuerzas externas: es el socialismo. O bien el pueblo es una masa pasiva que puede ser moldeada a voluntad: es el fascismo. En cuanto al liberarismo, no tienen gran conocimiento de las poblaciones, pero guardan bien vivo su gran sueño.

El pueblo es el factor determinante de cualquier acontecimiento en el proceso social. Por eso, jamás ocurrirá algo importante —y no podría suceder— que no tenga su origen en el comportamiento del pueblo. Así, no importa mucho si el pueblo determina el curso de los acontecimientos sociales a través de una espera morosa, es decir, por el sufrimiento pascual, o por intervenciones activas, como en las revoluciones, lo que es social emerge del gran rebaño humano y a él retornará. Los pueblos son como los océanos en cuya superficie los buques, los políticos prostituidos, los zares, los ricos, los aliados sociales y los vendedores de la libertad provocan algunas olas. Estas olas pueden tener veinte metros de altura, pueden hundir pequeños barcos, pero nada son cuando se comparan a la inmensidad del océano. Las ondas emergen del océano y vuelven a él. Ellas no podrían formarse o existir sin él. Las profundidades del océano no toman parte en la formación de las olas de la superficie. Sin embargo, sin el océano no habría olas, y las profundidades del océano se agitan incluso cuando nada aparece en la superficie.

El océano de la vida humana sólo empezó a moverse hace más o menos cien años. Su calma fue erróneamente considerada, por las ondulaciones, como señal de que no había ningún océano. Las ondulaciones parecían moscas en la espalda

de un elefante. La mosca ignora la existencia del elefante, sobre todo si está durmiendo. Las revoluciones sociales de la primera mitad del siglo xx son sólo los primeros estremecimientos de la piel de un cachorro de elefante. Su piel gruesa no permite que se dé cuenta de la presencia de las moscas. Él simplemente no se da cuenta. Un solo estremecimiento puede causar un tumulto entre las moscas instaladas en la espalda de un cachorro de elefante. Y el cachorro crecerá y será un enorme animal salvaje. Este elefante vivirá en medio de una gran manada de elefantes. Y las grandes manadas de elefantes pastorearán por el campo, en busca de comida, de diversiones, de agua o de higos, o bien por el simple placer de pasear. Hay poco que hacer para cambiar esto. Nadie sabría decir el destino de los elefantes. Tal vez ellos no quieran tener ningún destino; tal vez quieran caminar por los campos, sin respetar las pequeñas cabañas de algunos extraños filósofos humanos. Los elefantes seguirán pastando, aspirando agua por sus trompas, gritando, apareándose y criando a los cachorros, matando tigres, aplastando y desenraizando árboles fuertes como mástiles, pisando las cabañas de más de un filósofo. Sin embargo, ningún filósofo y ningún sociólogo podrá cambiar lo que sea en esta secuencia. Ya es hora de reconocer el hecho: el océano humano comenzó a agitarse, nadie podrá impedirlo, ni orientar su movimiento, ni reprimirlo. Y nadie podrá, sensatamente, quejarse de que el océano comenzó a agitarse. No son los comunistas quienes están en el origen del cambio. Al contrario, el cambio suscitó a los comunistas, a los fascistas y todo su corte. Los fascistas fueron prohibidos por ese movimiento y los comunistas, que imaginan ser las verdaderas matrices del mundo, serán un día reducidos a polvo, bajo las patas de un solo elefante. Hay mucho más, infinitamente más para un elefante o un océano de lo que pueda soñar un escritor vulgar en una pequeña oficina en Moscú o Chicago. Ellos son ridículos y sólo impresionarán, como agitadores del océano o de los elefantes, a aquellos que se engañan en la perspectiva, tomando las ondulaciones de la superficie como efectos de los movimientos de la mosca. La diferencia entre las pequeñas moscas en el Kremlin, o cualquier otro lugar, y la masa de millones de personas no es mayor que entre un navío flotando en el océano y el propio océano. Las fuerzas que operan en el océano y alrededor de él son tales que a su lado el barco y la mosca son absolutamente despreciables. Esto es lo que el astuto abogado al frente del Comité de Actividades Anti-Americanas no comprende. Él promueve el poder de la manada proclamándolo como el propio océano. Ahora bien, no lo es; y el presidente del comité, por encima de todo, no era la persona indicada para deshacer el error con respecto a la manada.

La Iglesia Católica se desarrolló sobre un elefante adormecido y un océano inmóvil, y allí permaneció. Los padres imaginaban dominar el océano dormido y el elefante en reposo, sin darse cuenta de que el océano y el elefante ni siquiera

tenían conciencia de que estaban instalados en sus espaldas. La religión católica tenía, gracias a su origen en Cristo, una vaga idea de la profundidad del océano y de la potencia de una manada de elefantes. Pero todo terminaba en letanías mecanizadas, obra de un Don-Nadie. Y la letanía asesina a Cristo en cada una de sus invocaciones.

El movimiento comunista tuvo su origen en una pequeña ondulación, en una pequeña parte del océano. Se propagó a través de una pequeña agitación causada por un sueño que, después, se desvaneció. Y los Don-Nadie que en la época remaban el barco creen todavía que fueron ellos quienes causaron la agitación y, lo que es peor, algunos filósofos continúan pensando que son ellos los que todavía agitan las cosas con “un coraje, una determinación, una capacidad de conspirar, auténticamente bolchevista”. Esta idea tonta es difundida en todo el mundo por innumerables comentaristas de radio estadounidenses, del mismo modo que el periodista americano, impresionado, parece reverenciar al desaparecido emperador de Austria. Los grandes descendientes de los rudos pioneros de los bosques de Nueva Inglaterra y de las llanuras del Oeste no pasan de patos-bravos. Dejen de hablar sobre los Don-Nadie tontos del Kremlin, pero sigan informando al pueblo con precisión sobre lo que esos Don-Nadie están haciendo. Paren de difundir las pretensiones del emperador austríaco al trono austríaco. Observen el gigantesco elefante americano y el inconmensurable océano de las potencialidades americanas, o serán barridos y no dejarán ningún vestigio; lo que no molestará a nadie, cualesquiera que sean sus actividades o sus nombres.

Cristo no creía que estaba causando agitación en el océano. Él se decía Hijo del Hombre, lo que era rigurosamente verdadero. Él sabía lo que el océano esconde, conocía la manada de elefantes, sentía su propia sangre y sus propios sentidos, y hablaba en voz alta. Fueron las moscas, quienes no lo comprendían, que lo llevaron a combatir al emperador en Jerusalén. Cristo no sabía exactamente lo que ocurría, porque no era su intención luchar contra el emperador. Dejen que el emperador tenga lo que quiera. No desprecien el cobro de impuestos. El reino del emperador y la actividad de los cobradores son de poca importancia. Los emperadores y los impuestos serán sólo un recuerdo lejano, mucho antes que el Reino que Cristo se conozca, se instale y pase a reglamentar los destinos de la humanidad. Esto ocurrirá cuando el hombre sienta y conozca a Dios, cuando la ondulación de la superficie del océano se de cuenta de que es sólo una parte ínfima del océano, que viene y retorna a él, no más que un acontecimiento que tendrá vigor, dirección y movimiento sólo mientras dure. El significado de la existencia de la ondulación en la superficie de un océano es exactamente lo que ella hace: ser una onda, que se enrolla y esparce una hermosa cortina de agua

alrededor de sí misma y se deshace de nuevo. Pero el principio de este movimiento dura mientras dura el océano. Vamos entonces a tomar conciencia del principio de nuestra existencia.

Cristo sabe perfectamente que es una ola venida del océano y destinada a regresar al océano. Tiene una noción tan perfecta de que ese simple hecho es razón suficiente para que sea muerto. A las moscas en la espalda del elefante, no les gusta eso, perturba su filosofía de vida. Si Cristo no hubiera cometido el error de ceder, por un instante, a la manera de vivir de las moscas en la espalda del elefante, habría terminado sus días en paz.

Cristo es realmente el Hijo del Hombre y debe ser centrado como el Hijo de Dios. Él es *ambas cosas*, pues el hombre es el Hijo de Dios, y Dios es el Océano de Energía Cósmica del cual el hombre es una parte minúscula, un movimiento, venido de Dios y que va a Dios, retornando al seno del Gran Padre. Cristo conocía el significado profundo de ser una ola en el océano, es decir, de ser Hijo de Dios. Vosotros sois todos hijos de Dios y estáis todos en Dios, explicaba él; y lo mataron porque creyeron que gobernaban la Tierra, que podrían sobornar a Dios ofreciéndole sacrificios de sangre, matando animales, circuncidando a bebés recién nacidos, lavando sus manos sucias sin purificar el alma o intentando en un esfuerzo mórbido descubrir el sentido de Dios de manera literal, como aún hoy se hace. En las escuelas todavía obligan a los niños de dos o tres años a sentir a Dios como un padre severo, recurriendo a castigos crudos. Es un destino desgraciado realmente. Estos comportamientos no tienen nada que ver con la religión; se trata, sí, de una sádica compulsión neurótica, nacida de sus pelvis inertes. Los Don-Nadie hicieron de la religión lo que hicieron de todo: la adaptaban a su manera de ser. Pero un día habrá un profeta que comprenderá esto y no dará la mínima importancia al hecho de creer en él o no, de alcanzar el Reino de Dios o no, de dejarse matar a los billones o no, a través de los tiempos. Este profeta sólo se preocupará por una cosa: ver el Reino de Dios en ellos y adherirse a él. Él comprenderá el principio de las ondas como un acontecimiento que se repite, y no cada onda aisladamente o incluso un conjunto de ondas. Y la ola será para él una ligera agitación en pleno océano; para él, lo que contará será el océano y no la ridícula ondulación que pasa.

Este profeta sabe que las pequeñas ondulaciones, como las grandes olas, lo engullirán y lo ahogarán en silencio si se preocupa de ellas. Descubrió en ellas el océano, y no se interesa en saber si ellas lo saben o no. Esto es lo que puede salvarle la vida de la cólera de las moscas.

Lo interrogarán, como lo hicieron con Cristo, en Jerusalén: ¿Con qué autoridad haces estas cosas, y quién te ha dado la vida para ello?

Él no les hará una contrapregunta imposible de responder. Ni dirá: “tampoco voy a decir con qué autoridad hago estas cosas”.

Él hablará sin reservas. Dirá que eso no es de su incumbencia, que tiene autoridad para hacer lo que hace, que ellos son desagradables, que no le importa si se refieren a él o no, si lo reconocen o no, si predicán sus enseñanzas en sus escuelas y sus templos o no, si ellos lo “reconocen” como profeta o no, si le confieren la Medalla de Honor o no; que no está allí para convencer, que para él es indiferente, y lo único que le interesa es: *permanecer en contacto con el océano dentro y fuera de los hombres.*

Y como cada pequeña mosca trae en sí el océano, ella le respetará... y tal vez... lo deje vivir hasta el final de sus días.

Él sabrá exactamente, como Cristo sabe, por la experiencia de conocer la vida y por ser íntimo de sí mismo, que el cobrador de impuestos y las prostitutas van al Reino de Dios, pero no los Fariseos. Cristo no desprecia a las prostitutas. Sabe que ellas proporcionan al hombre un poco del océano de amor, aunque distorsionado y sucio. Pero los Asesinos de Cristo quemarán vivas a las prostitutas como si fueran hechiceras. Mucho peor va a suceder.

Si conocemos el océano, ya sea que esté dormido, agitado o completamente despierto, conocemos a Dios y sabemos de lo que todos los Cristos de la historia del hombre hablaron. Si no conocemos el océano, estamos simplemente perdidos, no importa quien sea que seamos. Podemos conocer el océano sólo como a través de un espejo, incluso tenemos miedo de sumergirnos en sus profundidades; pero nunca podremos dejar de ser parte del océano, emergiendo de sus profundidades y volviendo a su tranquilidad. Y, viniendo del océano y volviendo a él traemos con nosotros su profundidad; no una pequeña parte, comparada a la inmensa profundidad del océano. No un miligramo de profundidad, comparado a los miles de toneladas de profundidad. Profundidad es profundidad, independientemente de ser un gramo o una tonelada. Es una cualidad, no una cantidad. Ella desenvuelve toda su actividad en una luciérnaga o en un elefante, el minúsculo nervio de una mariposa es, básicamente, la misma cosa que el gran nervio de una ballena.

Y CONOCEMOS a Dios. Nos negamos a creer que es posible NO conocer a Dios, o no atreverse a conocerlo. Los hombres enfermos, solitarios, resacos, que

inventaron el cuento de hadas de un Dios que prohíbe a las personas ver, conocer, sentir, vivir. Fueron ellos quienes obligaron a los hombres infelices a buscar penosamente —confiando en rumores, creencias, esperanzas— lo que tan pronto abandonaron. Más una vez, el pueblo que lleva a Moisés a promulgar leyes severas prohibiendo que adorasen el becerro de oro, que se consumiera carne de cerdo y ordenando que se lavaran las manos antes de las comidas. Todo esto era necesario, porque habiendo perdido a Dios en el fondo de sí mismo, habiendo perdido el PRIMER sentido de la vida, comenzaron a adorar el oro.

Y hay algo que los escribas y los Fariseos nunca perdonarán a Cristo; es lo que les llevará a matarlo. En efecto, él contó a su pueblo lo que era y donde estaba el océano, mientras que ellos seguían buscando en los libros y construyeron pequeñas represas que agitaban con recuerdos para crear un simulacro de océano.

Cristo osó mostrarles la profundidad del océano. Y por eso *es necesario* que muera. Los Fariseos no son mejores ni peores que nuestros genetistas o bacteriólogos, patólogos o marxólogos, en materia de vida. Se unirán, de todas las divergencias, para matar a Cristo, el enemigo común que se atrevió a desafiar sus terribles tácticas de evasión. Él será muerto porque dijo al pueblo donde podría encontrarse la vida: en su propia alma, en sus propias entrañas, en los recién nacidos, en la dulzura sentida en los cuerpos durante el abrazo sexual, en sus frentes ardientes que queman cuando ellos piensan, en sus miembros extendidos hacia el sol vivificante. Lo matarán por todo esto, porque él no lo escondió en libros talmudistas.

Pero no lo matarán inmediatamente. No antes de acoger su crimen con todas las precauciones legales a su alcance. No pondrán las manos en él personal o directamente. Esto sacudía la dignidad que ostentan, como vestidos de seda, delante del pueblo. Harán dos cosas. Para empezar, atraparán a Cristo en una trampa preparada con el auxilio de uno de sus seguidores. A continuación, le llevarán ante el ministro del emperador, el peor enemigo y opresor de ellos mismos para crucificarlo de una manera “perfectamente legal”.

Este es el procedimiento utilizado desde entonces hasta nuestros días, y que continuará ocurriendo por bastante tiempo todavía. No cesará de matar de esta manera, a menos que se les quite el poder de matar el alma de cada ser humano en el seno materno antes de que vea la luz del día.

Matarán a Jesucristo por un crimen que ellos le imputa, que *ellos* inventaron, que *ellos* mismos cometieron miles de veces; un crimen que Cristo nunca soñó

cometer, que estaba fuera de su manera de ser, que él nunca podría haber premeditado.

Si ellos mismos son espías, matarán a Cristo por espía. Si son los espoliadores de los bienes del pueblo, matarán a Cristo por sabotaje a la propiedad pública. Si son ladrones de banco, matarán a Cristo por asalto a bancos. Si son charlatanes, matarán a Cristo por charlatanismo. Si son cerdos inmundos en lo que se refiere al sexo, acusarán a Cristo de inmoralidad y atentado al pudor. Y si para ganar dinero, fabrican drogas mortíferas a millares, acusarán a Cristo de promover curas. Si sueñan con gobernar el país como reyes, acusarán a Cristo de proclamarse Rey de los Judíos.

Ellos son los guardianes de la podredumbre del mundo y continuará realizando sus trabajos sucios. Escupirán palabras sobre la verdad, pero no están del lado de la verdad. Quieren matar la verdad dondequiera que la encuentren. Hablan sobre el ideal del espíritu, y matan al espíritu tan pronto como lo ven en los ojos de un niño o de una niña, organizarán congresos de higiene mental, y no mencionarán ni permitirán que se mencione la esencia de la sanidad mental —la sencillez de la dulzura de Dios en el cuerpo de los jóvenes.

Ellos son la maldición del mundo del hombre, pero su poder deriva de los propios hombres que destruyen.

El hombre conoce la verdad, pero el miedo lo arrastra a un silencio mortal. ¿Dónde estará la multitud que una vez gritó “Hosanna en las alturas”, cuando Cristo cargue su cruz hacia el Gólgota? Ausente. Pero después la Iglesia mandará pintar cuadros enormes mostrando a Cristo en camino al Gólgota, con la multitud mirando y admirando. ¿Porque no hacen nada para ayudar a su salvador? ¿Gritarán Hosanna en las alturas? *El salvador debería salvarse a sí mismo.* Ahora, Hijo del Hombre, haz tu milagro. Y le escupirán en las mejillas, le azotarán la espalda, reducirán a pedazos su honor y le harán sufrir agonías para destruir su amor por el pueblo y el amor del pueblo por él. De hecho, son fieras horribles, como ninguna fiera del bosque virgen, demonios crueles con la carne llena de odio, a la espera de la ocasión propicia para matar lo que nunca fueron capaces de sentir dentro de sí. Y todo eso será verdad, con una lógica inexorable y una constancia inevitable. No sólo en el año 30, sino a través de todos los tiempos.

CAPITULO VIII

JUDAS ISCARIOTE

Esto sucederá ante las narices, los oídos y los ojos de los grandes jueces y hombres sabios de todas las naciones, pero no lo mencionaran, salvo en casos especiales, cuando es cosa del pasado y sirve a sus fines. El pueblo guardará silencio, sabe muy bien cual es su juego y protegerá al maldito traidor de Cristo y no a la gracia del amor.

Podemos encontrar un Judas Iscariote en cada país, en cada asociación que se reúne alrededor de alguien rico y generoso, en cualquier época de la historia de la humanidad. Es el seguidor, el discípulo ardiente y fervoroso, el que está listo a morir por su maestro al frente de todos. Es el Don-Nadie de labios cerrados y cara pálida, ojos ardientes y corazón de acero. Es el niño acostado en el lodo, el alma despejada que por estructura crece para ser traidor. Él será el que odia y tira, en saco vacío y lleno de furia, la expectativa del cielo. Será aquel que no comprenderá con su cuerpo un solo movimiento, una sola palabra, una sola mirada, un solo abrazo de su maestro. Será el saco vacío que espera ser lleno con una alegría que él mismo jamás podrá crear en los demás. Será el admirador viperino de una grandeza que jamás alcanzará. No camina detrás de las treinta monedas del traidor. Busca apartar de su vista la gracia de Dios. Necesita poner fin a la tortura que le causa el encuentro diario con una gran alma. Sufrirá el martirio de tener que cambiar su envidia mordaz en amor hediondo, cada vez que se encuentra con Cristo, el Hijo de la Vida. Será el que perdió su alma y su vida, la alegría y la infancia, el amor por las mujeres y por los niños. Es el oportunista que quiere enriquecerse a costa del donante, obtener la gloria sin haberla merecido, tener el conocimiento sin esfuerzo y el amor sin la dulzura, pero, todo aquel que quiere llenar todos los días su alma vacía y triste. Se agarrará al generoso donante como una sanguijuela. Se desesperará si tiene que pasar una sola hora privada de las riquezas de su bienhechor. Se sentirá sucio como un ratón, pero no tendrá coraje de suicidarse. Por eso está obligado a matar al que le muestra sin cesar su propia miseria. Él debe destruir hasta la imagen, el último recuerdo de la fuerza viva que enfrenta y le tortura. No soporta más la mirada de un rostro honesto, límpido como un arroyo, animado por la expresión de un amor y comprensión calmados y pacientes.

Él nunca pensaría en matar a un verdugo de niños inocentes. Por las noches alimenta sus pesadillas de una vida perdida. Sabe que su alma nunca, nunca regresará del mundo de los muertos. Ella ya está muerta y no hay nada a donde volver. Para él no hay Reino de los Cielos; ¿por qué habría de esperar tanto tiempo? ¡Vamos, Maestro! Tórnate célebre, sé ya el Rey de los Judíos para consolar esta mi carcasa reseca, para llenarme de orgullo, aunque sea sólo por una hora. Deja que mi corazón endurecido se exalte de alegría al saber de tus triunfos. ¿Por qué hablas siempre de cosas que no puedo comprender, sentir, vivir, o al menos tener la esperanza de alcanzar? ¿Por qué no realizas cosas que yo *pueda* comprender: la demostración de poder, la sublevación del rebaño humano, la revuelta de los oprimidos con vistas a una súbita victoria del Cielo en la Tierra? ¿Por qué debo salir en busca de mi alma, arrepentirme, mutilar mis métodos, sufrir la agonía de los pensamientos aflictivos, someterme a la transformación de mi Yo?

Todo esto puede lograrse mucho más fácilmente, y mucho más a mi gusto, con trompetas y fanfarrias. Si eres el Hijo de Dios, ¿por qué no destruyes a los enemigos del honor nacional? ¿Por qué no llenas mi corazón de dulzura a la vista de mil soldados del emperador, despedazados por el puño armado de una espada llameante? Para mí, el paraíso está cerrado para siempre, y, atraveso la vida como un ser errante —sin destino, sin objetivo y sin amor— a espada, el fuego y la muerte son mi único consuelo. Mi Dios es un Dios de venganza y cólera fulminante. Si eres Hijo de Dios, ¿por qué no actúas como el Hijo de *mi* Dios? *Tu* Dios es extraño y está fuera de mi alcance. El amor no es de este mundo y nunca lo será. Si quieres instaurar el amor, será necesario forzar al hombre a amar. No puedo soportar tu amor. No puedo soportar más el rayo puro de la luz celeste. Necesito matarte, lo requiero, lo preciso, porque te amo, porque te necesito y no puedo vivir sin ti. Y tengo que vivir, así que *tu* tienes que morir.

No debo pasarme al lado del enemigo, pero lo haré. En nombre de los cielos, no debo traicionar a mi Maestro, pero seguramente lo traicionaré. No puedo renunciar a la excitante sensación del odio supremo, al remordimiento, a la emoción de sentirme como un ratón inmundado. Así que debo traicionar. Cristo debe probar y *demostrar* que es el Hijo de Dios. Él se rescatará a sí mismo. En el último momento, él hará el gran milagro que me dará la fe que tanto me falta.

En realidad, no le haré ningún mal. *Voy simplemente a forzarlo a revelarse como el verdadero Hijo de Dios.* Él es mi amado Maestro, ¿no es así? Tengo confianza en su fuerza, en su poder divino. No le haré ningún mal. Esta no es, en todo caso, mi intención. Pero debo ponerlo a prueba. Él es humilde de más; no es como yo quisiera que fuera, como debería ser. Él esconde su poder. Un día deberá

probarlo, demostrarlo, y entonces podré ser redimido y liberado de mi eterna miseria.

CAPITULO IX

PABLO DE TARSO

Cuerpo versus carne

Cristo reconoce todo esto con una sensación tranquila de amargura. Cristo intenta apartar ese conocimiento, pero él retoma e instiga. Ellos no son buenos. No entienden nada. Me odian porque les perturbo la vida. Huirán ciertamente cuando las cosas comiencen a correr mal. Debo morir. No hay otro camino. Mi mundo no es de este mundo. Este mundo tendría que cambiar o por lo menos estar listo para cambiar, de manera crucial, para poder aceptarme. Esto no puede ser hecho por la espada. Debe ser hecho por el amor. Pero el amor de Dios dejó hace mucho sus corazones. Por eso no entienden. Los niños todavía entienden, pero no tardan en perder esa capacidad.

Debo morir, ya que no puedo vencer *ahora*. Ellos me crucificarán. Tengo que decirles, prepararlos para el acontecimiento. Ellos no deben sufrir mucho. Pero no entienden realmente. Tengo que encontrarlos; hablaré con ellos en mi última cena.

Cristo no encuentra, en su amor desbordante, una forma de *vivir* para la salvación de su mundo, para añadir algunos años para acabar su misión de Vida viva. Para él, cada alma es todavía muy importante. Él no concluye la falta de importancia de una vida por la importancia del propio principio de la Vida, que preservará mil millones de vidas individuales. Él debería abandonar su rebaño. Escondarse. Retirarse hasta que pase la tempestad. Su sacrificio de nada valdrá. Todo seguirá como siempre. Él ha dispensado su gracia y su amor en vano. Ellos nunca comprenderán. Aprovechan una vez más, engañándose acerca del sentido de su muerte, creyendo que él murió para salvarlas *sus* almas y liberarlos de sus pecados. Ellos son y seguirán siendo egoístas en su corazón, vacíos de gracia y de amor. Él debe morir, morir para salvarlos de sus pecados. Debe morir “por ellos”. De otro modo, su misión no estaría cumplida.

¿Qué intensidad debe tener su amor por el hombre, para que Cristo se entregue a ese sacrificio por hombres inútiles e ingratos? ¿Vale la pena? Esta profunda inmoralidad valdrá una vida como la de Cristo?

Este sacrificio no salvará a un solo niño de la crueldad de una vida deformada. Por el contrario, agravará los sufrimientos de almas inocentes. Su amor, que abarca todo el amor, el cuerpo y el alma, se transformará en el Asesino del amor de Dios; y sólo quedará un rostro de trazos duros, una sonrisa falsa. La significación cósmica del hombre, que él sintió intuitivamente y que en vano intentó explicar a sus compañeros, se transformará en un reflejo en el espejo, y donde quiera que la verdad vuelva a aparecer, será cruel y despiadadamente exterminada por sus propios representantes. Cristo perdonó a la mujer adúltera porque conocía la miseria sexual de los hombres. Su Iglesia matará a la adúltera, como hacían los antiguos judíos. No habrá perdón. Él vivió con pecadores, prostitutas, taberneros y sabía que la vida perseguida vive sus migajas de alegría en cuevas escondidas, sombrías, inmundas. Sus representantes no sabrán de ello y serán despiadados para con los taberneros, los pecadores y las prostitutas. Harán del verdadero amor de Dios un pecado grave, no distinguir entre el amor de Dios y el amor del diablo. Dos mil años pasarán antes que los espíritus humanos oigan volver a acercarse al amor de Dios. ¿Y qué harán? ¿Irán a arrepentirse? ¿Cambiarán su modo de vida? ¿Descubrirán y admitirán su error? ¿Redescubrirán a Cristo? ¿Volverán a su gran amor? Imposible. Continuarán instalados en las catedrales de Pablo, como todos los de su especie hicieron a lo largo de los tiempos.

Prohibirán que la dulzura del amor de Dios sea sentida, hasta en el santo matrimonio que bendecimos delante del altar. Los maridos nunca en la vida verán los cuerpos de sus esposas. La oscuridad tragará sus sentidos. El amor de Dios será completamente prohibido en sus Iglesias durante siglos después del Calvario y el demonio reinará. Nuevas Iglesias se formarán en la búsqueda del amor de Dios. Los ojos restaurarán algunos de los caminos para el dulce amor de Dios, pero de nuevo este amor será sumergido por el Puritanismo. Ellos conocerán la verdad con mayor claridad, pero nunca lo dirán. Algunos se mostrarán clementes hacia el amor de Dios, perdonarán a los jóvenes por amar con el cuerpo, pero nunca restaurarán plenamente el Amor de Dios.

Ellos esconderán las pruebas del amor de Cristo por las mujeres —amor tal como Dios lo creó— en el fondo de sombrías catacumbas con pesadas cerraduras en las entradas y echando las llaves al río. Ninguna alma humana conocerá toda la verdad sobre el amor de Cristo por el cuerpo.

Los caminos de Cristo proveen las semillas para una religión futura. Es esencialmente una religión de amor. El amor abarca *todas* las especies de amor: el amor de los padres, el amor entre un hombre y una mujer, el amor por el vecino y el enemigo, por los niños y por los venados, el amor de Dios y el amor del

mundo entero. No se puede dissociar el amor, diciendo: tu flujo de amor debe apuntar a este objeto y evitar eso. Cuando niño, el hombre pudo amar a su madre de todo corazón, pero después de crecido ya no podrá amar a su novia plenamente, con todos sus sentidos. Los sentidos son malos, pecaminosos; hay que matarlos. Y el no a lo sensual prevalecerá en la vida de los hombres.

Nadie puede obligar a que el amor se revele en un determinado momento, y no en otro. Nadie puede decir; a un novio que ame a su futura esposa hasta las diez de la noche de una manera y después de las diez, cuando la ceremonia del matrimonio haya sido celebrada, amarla de otra. Esta no es la manera del amor de Dios, que no puede ser dividido en varias partes o limitado en el tiempo, de una forma u otra.

Si usted es un hombre y ama a una mujer, puede comenzar por amarla de manera total, queriendo fundirse con ella, como Dios estableció. ¿Cómo es posible interrumpir el flujo de amor? Cristo, según dicen sus apóstoles, es contra el adulterio; pero ¿verdaderamente dijo que desear a la mujer del prójimo, incluso en el pensamiento, es pecado grave? ¿Cuántas veces los narradores de la historia de Cristo pusieron en boca del Maestro cosas que él no tuvo la intención de decir?

Es perfectamente posible reunir características que se relacionan unas con otras y separar las que no tienen relación entre sí. Es muy posible que un hombre dotado de espíritu y amor haga felices a las mujeres pero esté en contra del adulterio, sobre todo del tipo practicado en la vida mediocre por hombres y mujeres mediocres. Sin embargo, es inconcebible que un hombre de cuerpo ardiente y una mente sana, que siempre ha hecho felices a mujeres jóvenes y deseables, debe predicar el ascetismo o restringir el amor a un tipo de matrimonio que no existe en su época en la forma en que aparece más tarde en la era marcada por su nombre. ¿Cómo se origina la batalla imperiosa contra el «pecado de la carne»? ¿Y qué significado tiene esa crueldad - la crueldad con que ese pecado ha sido especialmente castigado a través de los tiempos? ¿De dónde viene la leyenda del nacimiento virgen de Cristo, nunca mencionada por Cristo y ni siquiera por sus apóstoles en los cuatro evangelios?

La condena de la carne, tal como es hecha por el Catolicismo, apareció más tarde en la historia de la Iglesia Cristiana. Primero apareció con Pablo, el fundador del imperio de la Cristiandad, que llevó más allá de los límites de Palestina lo que antes era sólo una secta judía. La castidad estricta de los padres sólo se menciona cuatro siglos después de Cristo. Cristo nunca habló de ascetismo y nada de lo que sabemos de él, en los cuatro evangelios, nos autoriza a creer que ha proclamado

la abstención del abrazo genital, para él o para sus discípulos. *Nada indica, en efecto, que practique la continencia con las mujeres que conocía, y nada en su actitud lo hace plausible.* La idea que se puede hacer de un asceta se enmarca muy mal en la imagen de un hombre fuerte, joven, atractivo, deseable, rodeado de mujeres jóvenes y sanas, que frecuentaba taberneros, pecadores, prostitutas y que, como carpintero, conocía muy bien la vida de los pobres. Practicando plenamente el amor, él no podría ser el asceta que nos es presentado. Esta imagen ni le asentaría si hubiera sido concebido como un Dios en un mundo pauliano, impregnado de religiosidad griega. En el mundo de la antigua Grecia, los dioses nunca fueron presentados como seres continentes. Y si Pablo más tarde se lanza contra la «carne», piensa en la sexualidad obscena, y no en la sexualidad natural, es decir, en el «cuerpo». Pero esta distinción desaparecerá completamente en la iglesia de los Papas.

¿Cómo se explica entonces la condena del deseo sexual como núcleo dinámico del mundo católico actual, y con tal severidad?

Debemos suponer que los cristianos, empezando por Pablo, de acuerdo con lo que sabemos sobre las formas de amor en los animales y en los hombres, atacaron la estructura pornográfica del pueblo en general. Estas estructuras, que sólo conocían el amor bajo formas inmundas, depravadas, impuras, pronto se agarraron del pretexto de una religión de amor para justificar su propia bajeza. El mismo fenómeno se reproduce en el siglo XX, cuando se descubrió la función de la convulsión orgásmica del protoplasma vivo. El amor natural y el derecho natural de vivir ese amor fueron recuperados por el espíritu pervertido, por los deseos frustrados del hombre acorazado, y puestos al servicio de sus perversiones. **Es imposible delimitar lo que es Divino y lo que es diabólico, cuando el flujo divino empieza a brotar. Esto es porque lo diabólico es sólo la perversión de lo divino. La obra del Diablo es entonces, de inicio, difícil de distinguir de la obra de Dios, y frecuentemente el amor diabólico pasará por momentos por el verdadero amor.** Al final, estas dos maneras serán incompatibles, exclusivas. Pero al principio, en el surgimiento del flujo del amor, la distinción no será nítida.

NADA MÁS FÁCIL QUE CREAR UNA RELIGIÓN DE SEXO PARA TODOS A PARTIR DE UNA DOCTRINA DE AMOR QUE DEFIENDE EL ABRAZO GENITAL NATURAL.

Y sería el mayor desastre para la humanidad si tal religión de burdel se desarrollara a partir de un mensaje de amor que defendiera el abrazo genital. El fundador de un movimiento de ese tipo se vería en la necesidad absoluta de hacer una cosa, antes y por encima

de todas las demás. Sería obligado a contener, por todos los medios posibles, la marea pornográfica de una epidemia de joda libertina. Esta sería necesaria en cualquier lugar, en cualquier época de la historia y en cualquier contexto histórico, ya que la acción genital de los animales, incluido el hombre, es una función bioenergética y la válvula de la propia energía vital. Toda la excitación del organismo vivo aumentará necesariamente la tensión interna y disminuirá la resistencia natural del mecanismo de la válvula. En tiempos de crisis, como guerras, hambrunas, inundaciones y otras catástrofes, en tiempos de grandes revoluciones ideológicas, como la fundación de una nueva religión, la presión interna de la Vida aumenta un millón de veces.

En condiciones naturales, cuando la estructura biológica es capaz de armonía y satisfacción, implicando la reducción temporal de la necesidad y la tranquilidad interna de la persona, habría poco peligro para el individuo o para la comunidad. Aquí y allá, alguien cometería exageraciones, pero no causaría gran daño.

La situación es totalmente diferente si los organismos son incapaces de satisfacción. La excitación del biosistema y el aumento de la presión interna no llevarían a la descarga y a la satisfacción, es decir, a la calma, pero resultaría infaliblemente en una progresiva elevación de la presión interna, sin vías de escape. Estando las válvulas cerradas, los diques se romper por todos lados. No hay duda de que tal período de joda libertina, como se observa en las guerras, barrería todos los vestigios de la existencia humana SIN PROPORCIONAR CUALQUIER FELICIDAD O GRATIFICACIÓN.

Cuando la fe cristiana se extendió más allá de su área de influencia restringida y local, cuando empezó a dilatarse por otros territorios, especialmente cuando llegó a las tierras pagas, los antiguos cultos religiosos de la fertilidad y del falo se mezclaron con la nueva religión, amenazando con arruinar los fundamentos de la religión del AMOR DE CRISTO. Las antiguas civilizaciones paganas estaban en declive, mientras que la nueva religión cristiana estaba en su principio, en pleno crecimiento. Sin una acción severa contra el desarrollo de una religión de joda en el seno de las masas que se adhieren a la Iglesia, la fe cristiana habría sido incapaz de difundir su evangelio de Amor del Hombre por el Hombre. Habría sido llevada por el caos de la joda, por la relación sin amor, odiosa, cruel, por la fricción grosera de penes fríos en vaginas secas, con su cortejo de disgustos, remordimientos, odio, desprecio y asesinato del compañero o compañera.

Poco importa si los edificadores del Imperio Cristiano tenían o no conciencia de la naturaleza del peligro. Lo que es cierto es que sintieron el peligro, aparte de cualquier aversión personal que tuvieran por la plena realización del amor natural.

Deben haber visto o sentido, durante el período de declive del dominio romano, la marea de obscenidad y de abrazos sin amor que arruinaba las vidas humanas. Y fueron obligados a refrenar todo eso. Los procedimientos que Pablo utilizó para ello no son evidentes. En el siglo xx, después de que la Revolución rusa abrió las puertas del amor, se impusieron nuevas y más crueles restricciones por las mismas razones.

Pablo no tenía una idea clara de la naturaleza contradictoria de lo que él llamaba «cuerpo» y «carne». «¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo?» Eso es plenamente cierto, en el sentido de que Cristo es el amor de Dios, y el cuerpo un miembro de ese amor. «Cualquier otro pecado cometido por el hombre está fuera de su cuerpo, pero el hombre inmoral peca contra su propio cuerpo». El organomista moderno debe concordar completamente con este mandamiento, si el cuerpo es entendido como el ejecutor del amor natural completo. Un hombre o una mujer dotados de capacidad total de amor genital se sentirán infelices después de un acto sin gusto, vacío, desagradable, consistente en frotar un pene frío en las paredes secas de una vagina. Tendrán la impresión de haber cometido un acto malo, de haber ensuciado a sus miembros puros. ¿Será que Pablo quiso decir eso, que es verdadero y cierto? Tenemos razón para dudar.

Cristo no parece haber prestado particular atención al problema del amor físico y natural en el animal humano. Podemos deducir de lo que sabemos sobre el hombre que Cristo comprendió y vivió una manera limpia y natural de practicar un amor completamente satisfactorio, que él detestaba la joda obscena que conduce de la nada a la nada.

En Paulo, ese conocimiento también parece improbable. Él no estaba preocupado por la economía sexual natural de las poblaciones. **No sabía que la frustración del amor natural lleva a la enfermedad mental**; probablemente no tenía la mínima idea de las consecuencias físicas de una religión de amor puro. Por «puro», debemos entender aquí lo contrario de sucio, pornográfico, frío y vacío, cruel y brutal. Pero la pureza del corazón y la pureza del amor tampoco excluyen los órganos genitales de los hombres, al menos no explícitamente.

La condena de los órganos genitales del hombre, incluso en el marco del santo matrimonio, sólo aparece mucho más tarde, cuando la Iglesia comenzó a instaurar su poder social, es decir, cuando ya reunía a millones de seres humanos. En este punto, la represión católica de los órganos genitales comienza a tener sentido, aunque lleve fatalmente a un impasse, sin ninguna esperanza de solución a este problema capital de la existencia humana.

ES LA ESTRUCTURA PORNOGRÁFICA DEL CARACTER DEL HOMBRE ACORAZADO QUE CAUSA EL QUE APAREZCA LA IDEOLOGÍA CATÓLICA DEL PECADO DEL CUERPO Y DE LA REPRESIÓN DEL DESEO DE LA CARNE.

El amor universal y global de Cristo debe ser contenido, refrenado; los órganos genitales deben ser excluidos, e incluso la agradable sensación de las entrañas debe ser condenada, no vaya el primer estremecimiento de las entrañas del hombre a conducirlo a una vida de joda libertina.

Esta es probablemente la enseñanza más importante dada a la humanidad desde el principio de la historia escrita. *El amor natural, derramado en órganos genitales muertos, se transforma en odio y asesinato de la vida social.* Así comienza la gran miseria y el hombre queda enmarañado en las complicaciones de una vida llena de tabúes.

Todos los fundadores de religiones han enfrentado el mismo problema, estando mal equipados para lidiar con él: se nota claramente en las enseñanzas de Gautama Buda y en la fe de Mahoma. El gran error no consiste en refrenar los deseos perversos del hombre de coger libertinamente con los órganos muertos. El gran error consiste en enterrar las fuerzas naturales del cuerpo humano, las únicas capaces de derrotar la sexualidad pervertida de la humanidad. La alternativa a la genitalidad pornográfica de los padres católicos de la Edad Media no era el Puritanismo de origen luterano, sino la pureza de la vida amorosa de los primeros cristianos.

La distinción nítida entre los deseos y necesidades genitales *primarios*, naturales, fecundos, socialmente útiles, y los impulsos *secundarios*, estériles, inmundos, crueles, poco satisfactorios, pervertidos, sólo será establecida después de veinte siglos: y será una tarea dolorosa desenredar miles de años de ruinas. La primera gran y profunda psicología de la historia del hombre sustituirá a la gran confusión que existe entre los impulsos primarios y secundarios, implantando la gran liberación en el espíritu de miles de médicos, educadores, amas de casa y padres. Nadie osará tocar el grave problema del fin del orgasmo, que continuará ligado a los aspectos sucios de la sexualidad.

Los sexólogos de principios del siglo xx estudiarán la sexualidad pervertida del hombre como si fuera un don natural. Nadie desconfiará de que la perversión de la sexualidad natural es consecuencia de la represión del flujo de amor en la infancia y en el adolescencia. No habrá, en principio, ningún órgano capaz de sentir lo que es la dulzura del flujo del amor. Hablarán de los homosexuales

como de un tercer sexo. Se interesarán, hasta el agotamiento, por consoladores, condones y técnicas indias de amor. Darán consejos al ignorante y al impotente sobre la manera de lograr éxito (atención al término «éxito») en el «rendimiento» (atención al término «rendimiento») del acto sexual. Enseñarán «técnicas» de amor (atención al término «técnicas»); como jugar con los órganos de los otros, cómo excitarse recíprocamente, qué hacer y que no hacer, qué posiciones adoptar en el acto sexual. Procurarán acertadamente, reducir el gran sentimiento de culpa que alcanza toda la actividad sexual, desde la primera auto satisfacción sexual del adolescente hasta el primer abrazo después del matrimonio. Pero nunca tocarán y nunca permitirán que se toque el flujo de amor en el cuerpo de los niños, de los adolescentes y en el acto natural pleno. La Iglesia Católica lanzará advertencias y declaraciones pontificales contra los intentos de poner fin a la mayor tragedia que jamás alcanzó una especie viva entera, el Hombre. La Iglesia Cristiana intentará por todos los medios mantener en su territorio, que se basa en la condena de la carne, que equivale, en un sentido profundo, al Asesinato crónico de Cristo.

Los políticos aprovechará la ocasión que se ofrece para prometer a las «masas» la «libertad del amor». Ellos poco sabrán acerca del amor, como funciona, o lo que le sucedió en el pasado; prohibirán desde sus tribunas toda la investigación sobre las leyes del cuerpo, cuando el inmenso impacto de este problema amenaza con sofocar el clamor de su propaganda económica. Durante la gran revolución rusa, promulgaron leyes para liberar sexualmente al hombre; pero pronto apareció la joda desenfrenada, epidémica, y ellos comenzaron a suprimir, para mantener un poco de orden, el CUALQUIER especie de amor, prohibieron la enseñanza y el aprendizaje del amor y acabaron por dictar leyes sobre el matrimonio, mucho peores que las del zar.

Todo esto será horrible, pero necesario e inevitable. Y así será hasta que el hombre permita de nuevo a sus entrañas sentir el flujo de la Vida; hasta que los órganos sexuales femeninos cesen de prestarse, reseca y muertos, a la investidura y a la fricción de órganos masculinos fríos y penetrantes, fuente de toda frustración y objeto de horror para todo el verdadero amor, al que dieron el nombre de Amor de Cristo.

Todo esto explica, de una manera perfectamente satisfactoria, la severa proscripción de todos los actos genitales que signifiquen felicidad y satisfacción, incluso en el seno del matrimonio bendecido por la Iglesia. Es imposible sentir el principio del movimiento de la vida, sin experimentar la necesidad imperiosa de fusionarse con otro cuerpo. No se puede esperar que la naturaleza siga su curso, sin poner la vida humana en peligro, si la excitación se vuelve miedo y el miedo en una joda apresurada para «aliviar la tensión». No hay odio mayor que el que

nace del amor de Cristo frustrado y contrariado. La tentación de matar nunca es mayor que cuando parte de un sentimiento de que la Vida viva es inalcanzable, de que ella se escapa siempre entre los dedos. Y todo esto estaba implícitamente contenido en la preparación del Asesinato de Cristo en el año 30.

CAPÍTULO X

PROTEGIENDO A LOS ASESINOS DE CRISTO

Este es el hecho más fantástico, más perverso e increíble: el asesinato de Cristo ha sido protegido a través de los siglos por las mismas personas que más lo sufren. Lo que protege el asesinato de Cristo es:

EL SILENCIO por parte de las multitudes; el pueblo conoce la verdad.... ¿por qué no habla?

LA DEFENSA ABIERTA DEL ASESINO cuando alguien decide señalarle; esta defensa está asegurada principalmente por los llamados “liberales”;

LA CALUMNIA Y LA PERSECUCIÓN DE CRISTO por parte de los pequeños y pestilentes Führers, que crecen en el seno del pueblo;

TODO EL SISTEMA DE PROCEDIMIENTOS EN LOS TRIBUNALES Y EN LA FORMACIÓN DE LA OPINIÓN PÚBLICA: SILENCIO, A TRAVÉS DE LOS TIEMPOS, SOBRE LOS MÉTODOS Y LA ACTUACIÓN DE LA PESTE EMOCIONAL, en los libros de estudio de todas las naciones.

NADIE JAMÁS OSÓ ATACAR LA PESTE EMOCIONAL COMO UN PRINCIPIO INTEGRAL DE LA ORGANIZACIÓN BÁSICA DE LA HUMANIDAD. NO HAY LEYES QUE PROTEJAN DIRECTAMENTE EL AMOR Y LA VERDAD.

Increíblemente perversa como es la protección del asesinato de Cristo por sus propias víctimas, *la respuesta del profeta es perfectamente correcta*, siguiendo una lógica cruel.

Si el profeta no se compromete con la opinión pública, si se niega a obedecer las exigencias del pueblo de enfrentarse a su opresor, si persiste en su modo de vida y en sus creencias, si no es capaz de satisfacer la curiosidad de la multitud por sus milagros, necesariamente debe morir. La razón es válida, pero cruel: si las exigencias del profeta se cumplieran inmediatamente, la condición del hombre y de la sociedad sería mucho peor que la inmovilidad y la podredumbre a la que se opone. **La imposibilidad de realizar los sueños del profeta tiene su causa en la estructura del carácter del hombre, lo que le hace imposible vivir, continuar e**

incluso comprender y ser consciente del mundo del profeta, sin ser tomado por una angustia devastadora.

En esta trágica confusión del hombre están las raíces de todo lo que protege el *statu quo*; todo lo que está directamente contra el sueño del paraíso, el cual, desde el punto de vista del profeta, es racional y realizable. En este trágico nudo gordiano, todo está atado en una intrincada tela, que hace racional lo irracional, que instaura y mantiene el imperio del Diablo, que es el amor pervertido de Cristo, la Peste Emocional de los siglos. El soldado de la Peste Emocional es, generalmente, la promesa abortada de un gran hombre de acción o de un gran amante.

Toda esta situación es tan increíble y fantástica que los sabios de todos los tiempos no la han visto. La «lógica de lo ilógico» comienza por el hecho de que, dentro del imperio del diablo, todo es perfectamente racional y exacto. Todo es como debería ser, y todo está de acuerdo con las leyes y las instituciones. Los hombres defienden y protegen esta situación; a no ser así, desaparecerían como personas investidas "de ciertas funciones.

Sólo un líder que, teniendo conciencia de la situación, abandone la ambición y resista la tentación de convertirse en un líder de hombres, puede ser la verdadera guía. Mantente a distancia, SIN EL DESEO DE MEJORAR LA SUERTE DE LAS GENERACIONES PRESENTES, tal líder será capaz de preparar los caminos que conducirán a la humanidad lejos de la confusión y de la rutina. El pensamiento y la acción del verdadero líder están más allá de su propio tiempo, más allá de la era de la historia escrita, más allá de la era de la sociedad antigua como un todo. Si él desea ver al hombre desde el punto de vista de lo que él llama a Dios, debe, sin remordimientos y sin vacilación, apagar al hombre tal como era y tal como es.

Una vez más, por más fantástico que parezca, es el amor cristiano del hombre en el sentido cósmico del término, es el principio mismo de Cristo prescribiendo el amor al prójimo como a sí mismo, que es pervertido y, como todo lo demás, transformado en una arma potente para matar a Cristo mismo. El principio divino se ha utilizado para proteger al asesino de Cristo. Las razones se encuentran una vez más en el interior de la estructura del hombre, de lo que es y de lo que debe ser. El destino cósmico y trágico de Cristo reside en el hecho de que su muerte es una consecuencia perfectamente lógica de la estructura de carácter del hombre que, una vez constituida, ya no puede ser modificada. A partir del momento en que un árbol es forzado a crecer torcido, ninguna fuerza del mundo podrá hacerla enderezar. Como en el hombre, el tronco torcido viene

siendo transmitido de generación en generación por la simple adaptación a la existencia de troncos torcidos, el Asesinato de Cristo será necesario mientras el tronco continúe deformado. El tronco del árbol torta odiará y asesinará necesariamente el tronco derecho, hasta que otros troncos empiecen a crecer erectos y no más inspiran horror a los troncos deformados. Es precisamente aquí donde comienza la tarea de nuestros «Niños del futuro».

Los métodos del asesinato crónico de Cristo son numéricos y variados, como veremos.

Es imposible comprender el vergonzoso final, la crucifixión de Cristo, si no se han comprendido completamente los métodos secretos, tortuosos y bien organizados de la Peste Emocional. El propio hecho de que el secreto del asesinato de Cristo sólo haya sido desvelado después de que la ciencia humana haya logrado penetrar más allá de los dominios del hombre armado, alcanzando el *núcleo* de su principio de Vida, es una expresiva demostración de la racionalidad diabólica de la Peste. Los protectores del secreto eran:

El principio de Amor Cristiano al enemigo, o sea, al asesino de Cristo.

La represión de la *verdad*, como principio.

La represión de las experiencias infantiles a lo largo de los tiempos.

La coraza que envuelve el sistema de Vida del hombre, que no le permite encontrar la solución de la tragedia de Cristo dentro de sí mismo.

La transformación de todo lo que es real en la vida y en las enseñanzas de Cristo en algo místico, o sea, la inaccesibilidad de la imagen en el espejo.

Y finalmente, para coronar todo, bien arraigada en su lógica interna, la suma total de las ideas humanas sobre moral y ética, ley y Estado, además del destino cósmico, todas ellas parcelas de la gran evasiva del hombre en relación a su origen y raíz en los órganos genitales, símbolos de fecundidad y creatividad en las antiguas religiones paganas.

Al menos la milésima parte de los esfuerzos inútiles hechos a través de los tiempos para comprender la tragedia de Cristo podría haber sido utilizada para aclarar si los religiosos monoteístas, comenzando por la religión judía, no fueron tentativas heroicas para hacer frente a una estructura de carácter obscena, indecente, calumniadora, maligna, inmóvil, aburrida, asesina, celosa, envidiosa,

estúpida, desarrollada en los grandes imperios patriarcales de Asia y del Mediterráneo. Para salvar a los judíos de la persecución de los egipcios, Moisés se vio confiado a organizarlos y a civilizarlos. ¿No habrá sido eso lo que lo llevó a formular los diez mandamientos y otras reglas de orden e higiene? Para conseguirlo, era necesario suprimir completamente la estructura *secundaria* del carácter, esencialmente mala. Se trataba de sustituirla por una ética que, por la crueldad y rigidez de sus exigencias, sólo conservara, de entre los impulsos pervertidos, aquellos que sirvieran para combatir, con la mayor severidad y brutalidad posibles, los impulsos indeseables. La regla de la circuncisión, una de las creencias más sagradas de los judíos, indica claramente que los órganos genitales eran considerados la fuente del mal.

Cristo reaccionó contra eso, como muchos profetas antes que él. Pero el hecho es que nadie antes que él disponía de una estructura de carácter que no sólo tuviera en cuenta el problema central del origen del hombre, sino que VIVIESE LA VIDA DE DIOS, tal como ella es comprendida aquí, como *Vida de la Naturaleza, incluyendo los genitales no mutilados* y el AMOR al PROPIO AMOR.

No se puede imaginar que los judíos de la época de Cristo fueran capaces de convertirse en masa y rápidamente a las enseñanzas de Cristo. Podrían haberle admirado y desearle éxito; podrían haber creído en la utilidad y en la racionalidad de su crítica revolucionaria al judaísmo de su tiempo, pero nunca habrían sido capaces de VIVIR la vida de Cristo. Su sociedad y su rutina diaria se habrían desintegrado en el primer intento.

Vista desde este prisma, la extrema animosidad que la orgonomía encontró en el siglo xx se vuelve perfectamente comprensible. ¿Podría imaginarse que hombres del siglo de Hitler, de Stalin, de Mussolini viviesen la vida de acuerdo con las enseñanzas del inconsciente y de la importancia de la genitalidad orgánica natural? Esto es imposible. La estructura del carácter del hombre del siglo xx parece predisponiéndolo a escuchar la nueva enseñanza, pero no a vivirla. Así, el psicoanálisis degeneró en una filosofía cultural perniciosa, tres décadas después de su nacimiento, y la Economía Sexual tuvo que luchar por su supervivencia por más de tres décadas, defendiéndose de asesinatos, calumnias, difamaciones y persecuciones policiales. Ella sólo puede implantarse cuando la miseria sexual se imponga a los ojos de todos, cuando la medicina, militar americana tuvo que rechazar a un hombre de cada cuatro o cinco por presentar problemas mentales; cuando los adolescentes se lanzaron *en masa* a las drogas, para escapar, al inicio de la revolución sexual, de la penosa frustración genital; cuando la felicidad conyugal se ha convertido en el número uno de los intereses; cuando los tribunales y los periódicos se llenaron de crímenes pasionales. En esa época aún se estaba lejos

de discernir la relación entre la miseria individual y las grandes guerras, las masacres en Alemania, Rusia y Corea. Pero la revolución sexual tuvo su inicio. Así, la Economía Sexual pudo escapar, por ahora, de la suerte del Asesinato de Cristo. Ella encontró un apoyo poderoso en el descubrimiento, en 1936, de la Energía Vital, que atrajo la atención del público hacia la naturaleza BIOLÓGICA de los males que la humanidad sufre. La distinción muy clara, hecha por la Economía Sexual, entre los impulsos PRIMARIOS naturales y los impulsos SECUNDARIOS pervertidos encontró su expresión formal en una modificación de la terminología sexual, lo que contribuyó a mantener limpia la atmósfera. El término «relaciones sexuales» designa hoy, a los ojos de todos, una cosa inmunda; el término ABRAZO GENITAL distinguió el acto limpio del acto sucio. La palabra SEXO, mal empleada y gastada, designa hoy la pesadilla de la fricción de un pene frío contra una vagina insensible, y ha sido completamente abandonada; el descubrimiento del flujo de Vida ardiente en el organismo durante el abrazo recibió el nombre de FLUJO ORGÓNICO, que aún no ha sido maculado por las manos destructoras y crueles de la peste. Pero no hay duda de que la peste intentará, tarde o temprano, manchar la pureza de esta función. Pero en ese día, estaremos mejor preparados para luchar contra el mal.

No hay que decir que no será tan pronto que veremos el fin de las calumnias, difamaciones e intrigas de funcionarios de mentalidad pornográfica, de mujeres frustradas y hombres cerdos de espíritu. Pero su acción ha sido menos eficaz desde que se ha aprendido que se puede usar la VERDAD como un ARMA contra la peste; desde entonces, se ha vuelto posible superar el impasse y la prohibición, atacando al portador de la peste. Los principios cristianos del «Ama a tu prójimo como a ti mismo» y «perdona a tus enemigos», que rigen todas las grandes acciones, incluso las que sobrepasan los dominios de la Iglesia cristiana y se identifican con los principios de la vida, de la profundidad y de la verdad, con el objetivo de protegerse de Cristo, de Dios, del amor y de la genitalidad de los recién nacidos. Ya no es tan fácil proteger a los que asesinan a Cristo en millones de niños y adolescentes inocentes que sufren de frustración genital.

El asesino de Cristo fue reconocido; se arrancó la máscara de jovialidad y honestidad con que cubría su cara horrible. Su estructura básica, que consiste en una mezcla asesina de frustración, envidia e intolerancia hacia la vida viva, de impulsos que apuntan a fustigar, matar a la vida y arruinar todo lo que es puro y bello, de cara y miembros endurecidos, de mentes llenas de sueños obscenos, fue cuidadosamente estudiada y está siendo revelada al conocimiento de todos.

Esto es sólo el comienzo. El asesinato puede aún ocurrir, y todavía hay muchos escondrijos inaccesibles, incluso para las armas de la razón y el interés en la felicidad de las generaciones futuras. Los asesinatos de Cristo seguirán

ciertamente ocurriendo, y en abundancia. Pero la maldición fue efectivamente quebrada. El fin del asesinato de Cristo está cerca, no en la forma del Reino de Dios, no como un sueño, sino que gana la tarea crucial para generaciones de educadores y psiquiatras, médicos y administradores.

No se trata de proclamar más verdades, sino de salir en busca de los escondrijos de la peste. ¿Será que la peste conseguirá aún transformar esta tarea en otra pesadilla de sufrimiento humano? Es posible, pero no probable.

Vamos a aprender más sobre esto, estudiando una de las muchas maneras que la peste utilizó para matar a Cristo, siglos después de su asesinato: esta vez, bajo la forma de una gran filosofía natural que defendía la totalidad, la continuidad y la vitalidad del universo. El creador de esta filosofía natural y, por lo tanto, precursor de algunos de los pensamientos orgánicos fundamentales, fue Giordano Bruno.

CAPÍTULO XI

GIOVANNI MOCENIGO

El asesinato de Cristo en Giordano Bruno